Fray Mocho

REVISTA SEMANAL



"EL RETRATO"

N.° 844

AVENTURAS DE PIPIRI



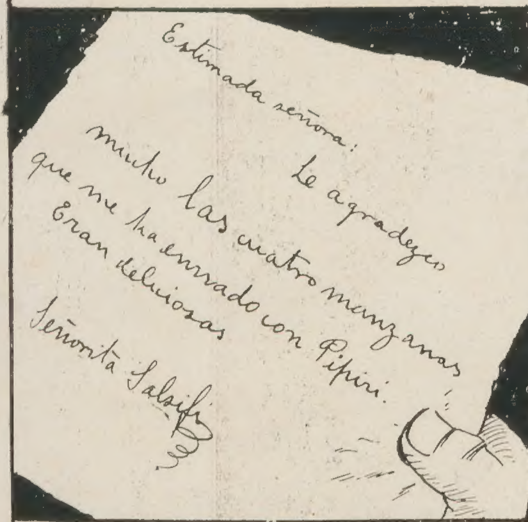


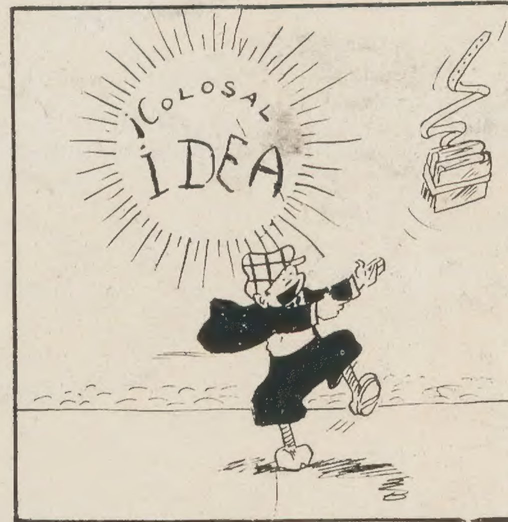








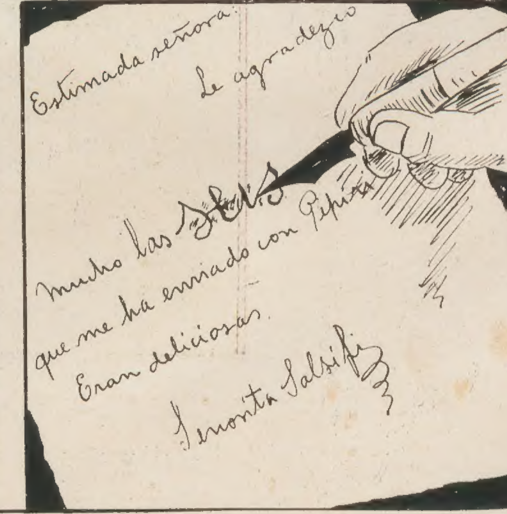














FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912. Redaccion y Administración. BOLIVAR 879

Año XVII Buenos Aires, junio 26 de 1928 N.º 844

DETRAS DE LA LIEBRE, por Rojas

Aunque faltan todavía
meses para alzar la veda;
impaciente la jauría,
se lanza a la cacería
sin que evitarlo se pueda.

La historia se repite

Por A. M. Burrage

I

Cuando todo el mundo, es decir, el mundo que puede divertirse y gastar dinero en cosas superfluas, empezó a darse cuenta de que el joven Francisco Wake cortejaba con asiduidad a Silvia Shoreby, comentó estas relaciones, augurando, no sin cierto placer, el fracaso del muchacho.

El joven Wake estaba empleado en uno de esos superfluos departamentos de la burocracia del Estado, llamados a desaparecer, pero que por milagro o por la fuerza de la inercia seguía aun funcionando.

Francisco vivía con su madre en un pequeño hotelito de Croydon, o quizás en Purley, en un arrabal de Londres, en uno de esos suburbios que nadie visita y por los que pasan los "autos" veloces, sin detenerse, ni sin echar una mirada los transeuntes.

El modesto funcionario era uno de esos jóvenes que sólo podía procurarse modestos placeres y modestísimas diversiones, las gratuitas o muy baratas, y únicamente viajaba en épocas de rebaja de tarifas en los trenes.

Buen tipo, sin llamar la atención, ni le abrumaba el cerebro ni le sobraban iniciativas. Ganaba quinientas libras esterlinas, y era probable que ya no ascendiese en su vida.

No se sabe a punto fijo dónde conoció a Silvia Shoreby; probablemente en algún partido de "golf" o en alguna playa veraniega, ni tampoco se explica nadie cómo pudo agradar y hacerse corresponder. A Silvia le gustó; le presentó a sus amistades, le metió en su círculo y le enseñaba en todas partes, como esos niños que quieren enseñar a todo el mundo un nuevo juguete o un nuevo amiguito.

Silvia era el prototipo de las jovencitas de la post-guerra, una muchacha como un espárrago, que cubría su cuerpo con poca más tela que una princesa caníbal. Era más que rodillera, llamaba a todo el mundo por su nombre de pila, gustaba del tuteo, se pintaba los labios en público y leía todos los libros que las personas mayores consideraban impropios para las jóvenes.

Metafóricamente podemos decir que llevaba a su novio de la mano, haciéndole que visitase los clubs hasta altas horas de la noche; le llevaba a los "dancings" elegantes a los restaurantes más caros de Londres, presentándole a personajes del gran mundo y pagando a escote su parte como los hombres.

El mundo que decimos toleraba sonriente a aquel joven de Croydon o de Purley, o de Marte, o de donde fuese, y todos comentaban lo que haría el joven Wake cuando Silvia se cansase de él y le dejase plantado.

Para los que veían y comentaban aquellas relaciones era claro que aquello era un juego en el que el recio y melancólico joven estaba enamorado y ella dispuesta a dejarlo por el primer venido que le agradase más, y, añadían, aunque Silvia se enamorase de aquel ser extraño que parecía de otro mundo, el viejo Herbert, pondría tarde o temprano fin a aquel noviazgo.

II

Silvia era la mayor de las tres hijas de Sir Herbert Shoreby, que también tenía dos hijos. El que más valía era oficial del Ejército, y el otro se había dedicado a la Bolsa.

Antes de la guerra, el estado financiero de Shoreby era mediano; pero en los días de peligro, fuera de su tierra hizo grandes negocios y tuvo la oportunidad de ser útil a su país, por lo que la nación, agradecida, le agració haciéndole caballero y dándole el título de "Sir".

Sir Herbert llevaba su título con dignidad; pero en el fondo consideraba la distinción como una injusticia, pues, como decía un amigo suyo que había hecho menos que él, había obtenido un título más alto.

Sir Herbert era viudo, alto grueso, colorado, francote y en el fondo bondadoso. Dió a Silvia toda la libertad que se quiso tomar, dinero en abundancia y un llavín para que entrase y saliese de casa a las horas que le agradase, de acuerdo con las modernas costumbres. Sentía por su hija mayor gran dificultad, y ambicionaba para ella un marido de la alta aristocracia. Soñaba con ver un día el retrato de su Silvia publicado en los aristocráticos periódicos "The Morning Post" y "The Tatler" y la noticia de que era la prometida o la esposa de Lord Zutano. No era hombre que consintiese en casar a su hija con uno de clase más baja que ella ni igual a ella; ambicionaba mucho, y en eso no cedería. Su hija no había nacido para ir a espectáculos baratos y vivir fuera de las más altas esferas entre lo más escogido de la más linajuda nobleza.

Pero si el "Mundo" veía muchas cosas, otras no se percataba de ellas; por ejemplo, no vió como Silvia y Francisco se metieron en un taxi cierta noche estrellada y se dirigieron a casa de sir Herbert. Si hubieran mirado a través de los cristales del alquilón, hubiesen visto cómo los finos brazos de la joven rodeaban el cuelo de Wake y cómo Francisco, cuyo rostro no indicaba falta de talento, tenía en aquellos momentos la expresión de un idiota y la sonrisa de un niño al que acaban de regalar un cartucho de caramelos.

—Esta misma noche hablaré a tu padre. ¿Quieres?—dijo Wake al oído de su novia.

—No, todavía no. No te precipites.

—Pero escucha, querida mía, yo no quiero que tu papá crea...

—Papá no creerá lo que tú te figuras. Yo hablaré con él y él te escribirá. Tú eres un corderito, un pedazo de pan y un conjunto de todo eso, y yo te quiero mucho. No comprendo cómo no eres el preferido de todos.

—Yo tampoco lo comprendo — y añadió—: Dime, cómo es tu padre: ya sabes que no le conozco ni de vista.

—Pues mira: es una especie de rey de la Edad Media, pero mucho más orgulloso aún.

—Entonces supongo que se opondrá a nuestras relaciones.

—¡Naturalmente! — exclamó Silvia bostezando—. Pero eso no importa. Después de todo, ya he cumplido los veintiún años, soy mayor de edad y puedo casarme con quien me dé la gana. El no lo puede evitar. Le molestará, pero no le quedará otro remedio que aguantarse.

—De todas maneras—dijo Francisco abrazándola con pasión—, tienes razón, no importa; aunque modestamente, puedo sostener una familia; si no, no me hubiese dirigido a tí ni te hubiese pretendido.

Silvia le miró con amor, pero un tanto horrorizada. Wake era un muchacho un poco raro, un poco al estilo antiguo.

—Mira, chiquillo—le dijo con tono serio—. Tú debías casarte con una muchacha que llevase las faldas hasta los tobillos y ropa interior de franela, que se pasase la noche haciendo calceta y te llama-

LA ENAMORADA

De sentir una canción,
me he sentido enamorada.
De quién me habré enamorado,
saberlo no se me alcanza...
Mi corazón me lo dice,
sé que estoy enamorada.

No para mí la canción
fué cantada
ni me privé de la voz,
ni envidié a la cortejada...
No sé de quién, ni sé cómo...
¡Sé que estoy enamorada!

El sentir de la canción
me ha penetrado hasta el alma,
y toda la noche en vela
yo siento una serenata,
que me la dá no sé quién...
¡Sé que estoy enamorada!

¿Quién eres tú que me tienes
desvelada?
¿Quién eres tú que en la noche
de mi corazón me cantas?
Te adoro y no sé quién eres...
¡Sé que estoy enamorada!

Yo no sé que es lo que tengo,
no sé lo que a mí me pasa
no sé cual es mi tristeza,
no sé cuales son mis ansias,
y veo que solamente
¡sé que estoy enamorada!

No sé cómo distraerme,
no sé a cuales fiestas vaya,
no sé en que ponga ilusión,
ni en que poner esperanza...
De mi vida y mi pensar
no sé nada...
Ya no sé ni como soy...
¡Sé que estoy enamorada!

Yo dormía...
la canción me despertara...
Aquella canción de amor
me mantiene desvelada...
No sé más. Sé que estoy triste...
¡Sé que estoy enamorada!

VICENTE MEDINA

se por tu apellido. ¿Crees tú, inocente corderillo, que si mi padre me cierra la bolsa vamos a ir muy lejos? ¿Y crees además que yo soy una de esas mujeres que van a vivir sólo con el dinero de su marido? No, tonto; yo trabajaré, pondré una tienda de sombreros. Casi todas mis amigas, las que no son muy ricas, han puesto tiendas de sombreros. Sin embargo, creo que papá se avendrá a un arreglo después de oirme.

Cuando el joven Wake oyó lo de la tienda de sombreros, dió un salto. Su espíritu, su manera de ser, del tiempo de la reina Victoria, anticuado, como decía su novia, no podía soportar la idea de una esposa tendera. Hijo, nieto, biznieto de caballeros de carrera, sentía como los de su época desprecio por los tenderos y horteras y no le convenían las amiguitas de Silvia; no le entraba en la cabeza que personas de buena familia fuesen mercachifles.

—Pero mira, Silvia de mi alma —dijo el joven—. Yo lo que no quiero es que tu padre vaya a creer que quiero casarme contigo por...

—¡Querido mío!—exclamó la muchacha dando un suspiro—. Tú no eres de estos tiempos; deberías llevar capa y espada. ¿Quién va a pensar que me quieres por ser rica? Ni mi padre; ya verás.

—Tampoco quiero, nena mía, que tú seas la primera que le hable. Seré yo, o seremos los dos juntos. No quiero que se ponga hecho una fiera contigo.

—No se pondrá—replicó Silvia—. No digo yo que le maneje a mi gusto; pero me quiere mucho y no se opone a mis gustos y caprichos. Si se enfada, le hago unas caricias y le doy un sopapito, así—y juntó la acción a la palabra.

No hablaron más del asunto, pues tenían otras cosas importantísimas de que hablar, como, por ejemplo, el que Francisco quería saber si Silvia le quería tanto como dos horas antes y si seguía teniendo deseos de ser su mujercita, y ella, después de contestarle, le preguntó otras cosas por el estilo, y satisfechos ambos, se abrazaron.

Silvia ronroneaba como un gato satisfecho, y soñaron despiertos un rato, pues la muchacha, aunque frívola a la moderna y aunque hacía burla de los prejuicios y romanticismos de su novio, tenía un corazoncito bastante parecido al de su abuelo, sensible y lleno de lirismos.

III

Aunque vivía en Croydon o en Purley, la madre de Francisco era una señora muy sensata y discreta. Estaba segura de que su hijo estaba enamorado, pero no sabía de quién. Nada le había preguntado, y esperaba que él se lo dijese sin impacientarse ni hacer cábalas.

Francisco, por su parte, no ignoraba que su madre sospechaba algo, y dos días después del paseo en "auto" de que hemos hablado, creyó que había llegado el momento oportuno de confesar todo a su madre, y así lo hizo mientras tomaban su desayuno, al recibir dos cartas con el mismo papel azul gris, el mismo escudo de armas, pero diferente letra en los sobres.

Naturalmente, el joven abrió la que venía escrita por Silvia. La epístola era corta y definitiva. Decía así:

"Mi querido Francisco. Según te figurabas, mi más próximo pariente se fué del gatillo. ¡Qué broncazo! Ha empuñado la pluma y te ha escrito para que vengas y tengas con él una entrevista. Yo no asistiré más que en espíritu, pues mis amigos los Dawney han venido y me llevan de paseo. No te dejes arrollar por papá. El sábado nos veremos. Montones de amor de tu Silvia."

La carta de sir Herberto era aún más lacónica, y el humor con que la había escrito se veía en las palabras, que más parecían grabadas que trazadas en el papel.

El joven leyó:

"Muy señor mío: Como resultado de una conversación que he tenido con mi hija sobre usted, le agradecería tuviese la bondad de venir a verme mañana a las siete. De usted atto. s. s., q. e. s. m., *Herberto Shoreby*".

La sequedad de aquella misiva no era nada tranquilizadora; para Francisco resultaba como una amenaza; desde luego, tenía en perspectiva una entrevista desagradabilísima, cuyo fin no prometía ser halagüeño. Aquel "Muy señor mío", aquella despedida "q. e. s. m.", eran bastante elocuentes y aquella seguridad de "mi hija", sin decir Silvia. La verdad, no era una carta como la hubiera escrito un futuro suegro a un futuro yerno.

Guardó las cartas en el bolsillo, y al levantar la cabeza vió que su madre le miraba fijamente.

—Mamá — le dijo — He pensado casarme.

La buena señora no hizo el menor signo de asombro. No era una sorpresa para ella, y sabía que llegaría el día en que su hijo pensara en ella: así es que sencillamente y con toda naturalidad le preguntó:

—¿Y quién es mi futura nuera?

Francisco se lo dijo, sin ponderaciones ni exageraciones, pues no quería sufrir las bromas de su madre, cuyo espíritu humorístico conocía y temía.

—Ahora mamá — terminó diciendo—, necesito de tus consejos porque es seguro que sir Herberto Shoreby se opondrá a nuestras relaciones, conclusión que no es difícil obtener a juzgar por el contenido de las cartas que acabo de recibir. Claro está que no tengo más remedio que ir a verle y quiero que me digas qué línea de conducta he de seguir, qué harías tú en mi caso. Yo no quiero a Silvia por su dinero: ya me conoces; pero, por otro lado, no es mi futura una de esas muchachas que se conforme a vivir en una casita modesta, con una sola criada para todo y a costa de mi sueldo, y sería cruel obligarla a ello, pues está acostumbrada a vivir de otra manera, y ella no puede avenirse a ello, y no porque no puede ser así, y está decidida, si su padre no la da nada, a poner una tienda de sombreros.

—¿Una tienda? — exclamó la dama—. ¡Tiene muchísima gracia! ¡Es una excelente idea!.

—¿Lo crees así? Pues yo no. Ya sé yo que una porción de amigas de Silvia tienen tiendas de sombreros, y supongo que vivirán comprándolos unas o otras; pero dice Silvia que eso es muy "chic" y que ahora se ha puesto de moda el comerciar. Yo, francamente, no opino de la misma forma; quizá tenga ideas y prejuicios anticuados, como Silvia asegura; pero me horroriza la idea de que mi mujer trabaje y de que sea tendera. Además, ella en la tienda y yo en mi oficina, apenas nos vamos a ver. Si su padre le quiere pasar un tanto al mes, no me opongo; será su dinero, no el mío, y no pienso tocar un céntimo de ello.

—Pues hijo mío, todo eso es lo que debes decir a ese señor. ¿Me quieres enseñar su carta?

—Sí, mamá; tómala — contestó entregándosela.

La buena señora examinó el sobre, se fijó en el escudo del sobre y luego en en de la carta.

—¿Qué clase de pájaro es éste? —dijo—. He observado que todos los nobles de nuevo cuño ponen algún pájaro en su blasón. Cuando yo le conocí no tenía escudo de armas.

—¿Tú le conociste, mamá? — exclamó Francisco—. Dime, cuéntame todo lo que sepas de él.

La señora Wake se sonrió, leyó detenidamente la carta que le había entregado su hijo, y cuando la terminó de leer se la devolvió y permaneció unos momentos en silencio.

IV

—Bueno, mamá, que estoy impaciente por oirte.

—Te diré, que desde dos o tres años antes de casarme con tu padre, le perdí de vista y no he vuelto a saber de él, que debe ignorar mi nombre de casada. Cuando le conocí era un muchacho bastante estúpido, mejor dicho, los dos éramos algo tontos.

Hizo una parada, volvió a sonreirse y exclamó:

—Llegamos a creer que estábamos enamorados uno de otro.

Francisco, los ojos fijos en su madre, dijo:

—No me habías dicha nada de eso, mamá.

—No me acuerdo si te lo dije o no; hay una porción de cosas en mi vida que no tienen en realidad importancia y no te las habré dicho porque no ha llegado el momento de sacarlas a relucir. En aquella época, Herberto era un don Nadie, sin un centavo y, como sabes, yo era hija de uno de los médicos más eminentes del país. Las



EL. — Y cantar, ¿no canta usted?
ELLA. — He cantado muchísimo; pero me lo tiene prohibido el médico.
EL. — ¿Es vecino?

LA LUNA

La luna es lo más complicado, lo más secreto, lo más variable, lo más impreciso. ¡Cuán bien la cantó Baudelaire al compararla con los deseos de las mujeres enamoradas! Todos los pueblos, todas las religiones, todas las magias han temblado ante su luz helada. Hay lugares de Oriente, donde las gentes, por la noche llevan paralunas, cual nosotros llevamos paraguas, para defenderse contra los rayos alucinadores del astro blanco. En la esfera astrológica, sin embargo, su lugar es muy pequeño. Muy pequeño o muy grande. Ella sola, en efecto, casi no influye en nada. Ella es la cómplice, la intermediaria, la deformadora, la complementadora, la que se une a los otros orbes, en suma, para modificar las influencias. Es el astro que hace temblar a sus hermanos, el astro femenino por excelencia...

E. GOMEZ CARRILLO

cosas ahora han cambiado. Ha llegado la hora del desquite.

Francisco empezó a desmigajar un pedazo de pan.

—Sigue, mamá, sigue — suplicó.

En aquella época iba yo todos los días a mi lección de música y me acompañaba ,siempre una vecina amiga mía; pero como ésta tenía novio, me solía dejar a medio camino y no iba a la clase; así es que yo iba y volvía sola todos los días.

—¿De veras? — preguntó sorprendido el joven—. ¿De manera que en aquella época ya las señoritas campaban así, por sus respetos?

—Sí—contestó la madre secamente—. Una tarde, al regresar a casa, un borracho me salió al encuentro y no había manera de que me dejase en paz. En esto apareció Herberto y de un puñetazo le tumbó al suelo. ¡Qué romántico !Me acompañó y así trabamos conocimiento. Seguimos viéndonos y acabamos por ser novios.

Hizo una pausa, Francisco siguió desmigajando pan e insistió:

—Sigue, mamá, sigue. ¿En qué para aquéllo?

—Pues verás; yo seguí saliendo de casa para ir a clase, pero rara vez me veía el profesor. Como si esto no fuera bastante, nos escribíamos con frecuencia. Mi madre cogió un día una de sus cartas y se la enseñó a papá, y como ahora el de tu tía Silvia, escribió a Herberto rogándole se pasase por nuestra casa. Lo mismo que te pasa a ti ahora. Herberto se presentó; la entrevista fué en presencia mía, y no puedes imaginarte lo borrascoso de la visita. Con aquello terminó todo y nuestras relaciones quedaron cortadas para siempre, a pesar del elocuente discurso de mi novio, del que papá no hizo caso.

—Sí ¿y qué dijo? ¿Te acuerdas de lo que dijo? — preguntó con gran interés.

—¡Qué si lo recuerdo! Y no lo olvidaré fácilmente. Herberto lo había escrito para aprenderlo de memoria, como lo hizo y me lo leyó tantas veces, que si no todo, aún recuerdo muchos de sus párrafos.

—Quisiera que me los dijeras, mamá.

La madre, complaciente, así lo hizo...

V

Sir Herberto Shoreby estaba tan nervioso como Francisco ante la espectativa de la entrevista. La situación no era para menos. ¿Qué solución daría a aquéllo? La prohibición absoluta, la oposición decidida, no permitir que Silvia y el joven se viesen. Esto se dice fácilmente; pero ya no estamos en tiempos de prohibiciones, y Silvia seguiría haciendo lo que le viniese en gana. Y al muchacho no se le podía tratar a puntapiés. ¿Qué hago, cómo le recibo? se preguntaba Sir Herberto. Le trataré como a mi amigo; le obsequiaré con un whisky soda y un buen habano y le abrumaré a palabras, no le dejaré hablar y le convenceré, le avergonzaré por sus pretensiones..., sí.

—¿Y qué le digo — se preguntaba—. ¿No sería mejor andar con menos requilorios y decirle de buenas a primeras: "Caballerito: supongo que no tendrá usted gran empeño en ingresar en una familia donde no se le necesita; ni tampoco querrá echar a perder el porvenir de mi hija Silvia. Si es necesario, también puede tocar la tecla de que lo que busca es el dinero de la heredera de millones, y también amenazarle con que no le daré un centavo y la desheredaré. En fin, veremos; lo mejor será un tira y afloja.

Francisco sólo contaba con un arma para atacar y la tenía bien escondida y bien aprendida la lección. Podía no dar resultado, pero el joven tenía grandes esperanzas. Se alegraba de que Sir Herberto fuese viudo, pues así, sólo tenía que vérselas con un solo enemigo. Una mujer, una futura suegra hubiese sido terrible, invencible.

A las siete, con toda puntualidad, se presentó en la magnífica y elegante mansión de Sir Herberto. Un criado uniformado necogió su sombrero y su bastón y le condujo al despacho de su señor, ricamente alfombrado con tapices de Persia y amueblado con gran lujo.

Sir Herberto saludó al joven con fría cortesía, midiéndole con la mirada de arriba abajo y sin alargarle la mano.

—Tenga usted la bondad de sentarse en esa butaca y hablaremos—le dijo al recién llegado—. ¿Fuma usted?, preguntó alargándole una caja de "Aguilas imperiales".—Ahora mismo iba a tomar un whicky, supongo que me acompañará usted.

Francisco, dando las gracias, aceptó la bebida y el habano sin hacerse repetir el ofrecimiento.

Esto, pensó, me pone en un plano de inferioridad, porque no se puede ser grosero ni hostil con un hombre cuyo whisky estoy bebiendo y que me fumo sus cigarros.

Servida la bebida y encendidos los habanos Sir Herberto se apoltronó cómodamente en un sillón y sin más preámbulos, empezó a hablar así:

—Mi hija me ha contado todo lo que pasa entre usted y ella; de manera que no hace falta que lo repitamos. Naturalmente, hasta que me lo dijo no sabía nada de usted ni de su existencia, por consiguiente, no puedo sentir hacia su persona animosidad alguna: pero creo que Silvia es demasiado joven para casarse, lo que podríamos discutir más tarde. Mientras tanto, aunque los padres no reciben hoy día la consideración debida y como en otros tiempos, usted me permitirá que antes de seguir, tengo derecho a saber quién es usted, quién su familia y con qué medios cuenta.

Francisco inclinó la cabeza en señal de asentimiento y replicó:

—Vamos, lo que desea usted es saber qué sueldo tengo.

Sin Herberto hizo un gesto al oír la seca frase.

—Pues bien, gano quinientas libras al año.

—¡Quinientas libras! ¿Sólo esa pequeñez? ¿Pero contará usted con algún capital particular?

—Con ninguno; ascenderé a ochocientas libras y cuando sea viejo, me jubilarán con la mitad o sea cuatrocientas.

Sir Herberto se sonrió despectivamente.

—Pero usted tendrá proyectos, ideas de mejorar—preguntó el padre de Silvia, con falsa simpatía—. ¿Vive su padre de usted?

—No, señor; murió hace diez años. Mi madre tiene una pensión que le permite vivir desahogadamente. Eso es todo lo que tengo y no espero heredar nada.

Sir Herberto se pasó una mano por la frente.

—No comprendo; me parece que no le he comprendido bien, porque, ¿cómo voy a creer que con solas quinientas libras esterlinas al año, vendría a pedir seriamente la mano de la hija de un millonario?

—Creía que Silvia ya le había dicho que...

El rostro de Sir Herberto, ya colorado naturalmente, se enrojeció aún más y exclamó con firmeza:

—Bueno, caballero; no es cosa de perder tiempo. Francamente, rotundamente le digo que me opongo a tales relaciones, que no doy mi consentimiento.

Francisco replicó tranquilamente:

—Lo siento señor.

—No, no lo sienta usted; no le importe nada mi oposición porque sabe que mi hija es mayor de edad y es dueña de hacer lo que quiera. No pretendo ofender a usted, pero un caballero, un verdadero caballero, no pretende ingresar en una familia en la que no se le quiere.

—Uno de los miembros de esa familia sí me quiere.

—¿Se refiere usted a la muchacha que ha embaucado?

Era risible pensar que nadie pudiera embaucar a Silvia, y los dos al mismo tiempo se dieron cuenta de ello.

—Yo no lo consideraría así; no lo tomaría por ahí; no es ese el camino — dijo Francisco—. Silvia y yo nos amamos mutuamente.

—Cuando me haya usted escuchado se convencerá de que no hay tal amor. Tengo un arma contra usted, y ésta es la vulgar del dinero, al que pretende hacer ver que desprecia; pero si Silvia persiste en su locura, no volverá a ver más un céntimo mío, y entonces puede suceder que su amor de usted no sea tan fuerte.

A Wake no le pareció oportuno mencionar la tienda de sombreros, y dijo:

—Usted hará lo que quiera, caballero, pero yo le aseguro que no necesito de su dinero; yo no he de tocar un centavo de lo que usted dé a Silvia.

Sin Herberto se sonrió, pensando que la ironía de aquella sonrisa haría saltar al joven, y preguntó:

—Entonces, ¿quiere decirme por

DESDE LEJOS

I

De todos los amores que he tenido,
de todas las caricias que he gustado,
de los viejos placeres que se han ido
y los graves dolores que han quedado,

sólo tu amor, por inconstante, ha sido
el que logró tenerme preocupado,
y sólo tus caricias han podido
dejar mi corazón tan fatigado.

¿Qué extraña ley mi sentimiento rige
que no he podido amar las que me amaron
y es sólo tu desdén lo que me aflije?

¡Ah, la revancha de los odios viejos!
son esas que por mi tanto lloraron
las que hoy se gozan de mirarnos lejos...

II

Te díste toda a mi pasión. Tu boca
que gustó de los plenos embelesos,
sabe el delirio de mi fiebre loca
y el jadeo triunfal de tus excesos.

Todo en la estancia tu recuerdo evoca,
todo canta la gloria de tus besos,
todo parece maldecir la poca
fe que pusiste en tus mejores rezos...

Está la casa solitaria y triste
sin el fulgor de tus ojazos negros
con que todas mis ansias encendiste;

pero no olvidarás que tu hermosura,
—del espasmo en los álgidos alegros,—
se santiguó, quizás, con mi locura.

M. CIRES IRIGOYEN

qué pretende casarse con mi hija?

—Porque nos queremos locamente.

El viejo siguió sonriéndose sardónicamente:

—¿Conque locamente, eh? ¡Locamente! Suena muy bien eso...

Francisco se sonrió a su vez. Había llegado el momento de emplear su arma, y exclamó:

—¡Ah! ¡Yo aguantaré todo por ella; su hija es más que mi amor; es mi vida!

V

Sir Herberto, al oír aquéllo, abrió la boca, asombrado; aquellas palabras le eran famiiares; las había oído, las había pronunciado iguales, exactas; sí, sí; él las había dicho hacía mucho tiempo.

—¡Ah, caballero; ella es mi todo! — prosiguió diciendo el joven con ardor—. Veo su cara retratada en todas las cosas. El dinero para mí no es nada. ¿Qué me importa el vil metal? Prefiero morir con ella, aunque muera de hambre en una buhardilla, que vivir en un palacio como un rey. No puedo vivir sin ella; es más; sin ella, no quiero vivir.

Sir Herberto escuchaba asombrado; a medida que hablaba Francisco, su boca y sus ojos se abrían más y más; el rojo color de su rostro se había trocado en púrpura y el sudor brotaba de su frente. Un hombre que ha hecho el ridículo una vez en la vida no gusta que se lo recuerden; quisiera que todos lo olvidasen, que lo olvidase el mismo, y ahora, al cabo de tantos años, aún despertaba algunas noches y recordaba la desairada escena, el ridículo que había pasado cuando, con un cursi discurso aprendido de memoria, fué a pedir la mano de la linda María Cartwright. Se consolaba pensando que el viejo Cartwright ya había muerto y probablemente también su hija María; y si vivía, se habría ya olvidado de aquel paso. Pero, ¿y ahora? aquellas palabras, dichas con aire zumbón, le hacía daño, mucho daño.

—Soy pobre — continuó diciendo el joven, haciendo esfuerzos por recordar el discurso pronunciado muchos años antes—, pero yo lucharé, y subiré, y llegaré, y triunfaré en el mundo. Ahora, por lo menos, soy un hombre honrado; antes de oponerse al amor de un hombre honrado, antes de pisotear mi amor y mi corazón...

Sir Herberto se levantó de un salto del sillón, y gritó:

—¡Basta, basta ya! ¡Cállese, por Dios! ¡Cállese, grandísimo demonio! ¡Cállese, o le tiro por la ventana!

Pero Francisco continuó:

—Voy a terminar con una citación de un conocido poeta: "El oro, sólo vale oro; el amor, vale amor"

Sir Herberto se inclinó hacia él y le preguntó:

—Pero, condenado, ¿cómo sabe usted eso?

—Muy sencillamente; mi madre se llama María Cartwright.

—¡María Cartwright!

Levantó las manos en alto y las dejó caer de golpe, exclamando:

—¡Ah, se acuerda! ¿Y se lo ha contado a usted? Eso no es legal...

—Todo es legal en ciertos casos. Hasta esta mañana, jamás me había hablado de tal cosa. ¿Ha visto usted, Sir Herberto, qué memoria tan prodigiosa? Yo le he tomado taquigráficamente y me he pasado todo el día aprendiendo de memoria. Conoce a un señor, que usted también conoce, socio de su mismo Casino, que se divertirá mucho cuando le repita el discursito. ¿Sabe quién le digo? Shinderby. ¡Cuánto goza con los chascarrillos y con estas cosas! ¡Y cómo le gusta reírse y burlarse de sus amigos! Luego, lo comenta y lo repite poniendo cosas de su parte, y lo hace con mucha gracia. También a Silvia le hará reír.

—Si usted le dice una palabra a Silvia, le aseguro que le...

—Sí, señor, se lo contaré. ¿Qué pretende usted hacer?

Con gran sorpresa de Francisco, Sir Herberto le alargó la mano y le dijo:

—Bueno, bueno, muchacho; me ha ganado la partida. Todos hemos hecho el tonto alguna vez, y usted también; supongo que cuando tenga mi edad no le agradará que se lo recuerden.

Francisco se levantó y estrechó la mano que le alargaban, satisfecho de haber ganado la batalla. Ya no quedaba más que hacer sino firmar el tratado de paz.

Sir Herberto, que tenía un buen corazón en el fondo, cuando Francisco le preguntó: "¿En qué quedamos", contestó: "En el asunto entre usted y Silvia, entro yo ahora como actor, y lo primero que voy a hacer es ir a ver a su mamá de usted para tratar de la boda. Deme usted sus señas..."

LA PUBLICIDAD

—¿Le asombra a usted que yo, artista sincero, que nunca viví sino de mi arte, elogie de este modo las ventajas de la publicidad? Es que sería un ingrato si no lo hiciese, porque a la publicidad debo mis primeros éxitos.

La historia data, como es natural, de mi juventud. Tenía entonces veinticinco años. Era un modesto violinista de una orquesta de un teatrillo parisién; pero soñaba con darme a conocer al público, y había intentado hacerlo organizando dos o tres conciertos, en que yo era el ejecutante. Pero todo había sido inútil. Hay demasiados violinistas célebres en París, y mis tentativas no lograron llamar la atención.

Se me ocurrió, entonces, la idea de dar conciertos en provincias. Tampoco tuve éxito; apenas lograba sufragar los gastos del concierto. Desalentado, iba a renunciar a la lucha, cuando el azar me hizo encontrar a un condiscípulo de colegio, un buen muchacho, Santiago Monloy. Se ocupaba en asuntos de publicidad.

Le expliqué el objeto de mi viaje.

—He alquilado el teatro — le dije — para dar un concierto el sábado. Supongo que irás a oirme.

Me lo prometió. Siempre que nos veíamos me preguntaba:

—¿Y ese concierto? ¿Se venden muchos billetes?

Tuve que confesarle que la venta dejaba bastante que desear. A pesar de los carteles y de los anuncios de los periódicos no se habían vendido, tres días antes del concierto, unos 500 francos. Estaba desesperado.

Santiago Monloy me dijo, entonces:

—No entiendes de publicidad, querido. Tus carteles y tus anuncios están muy bien; pero no es esa manera de anunciar en nuestros días. Hay que tener ideas nuevas. ¿Quieres que me encargue de tus intereses?

Acepté sin vacilar, y aguardé los acontecimientos con la angustia que es de suponer. Al día siguiente fuí a última hora al teatro, y quedé asombrado. Se habían vendido 2000 francos. Al otro día la venta ascendía a 5000. El sábado, día del concierto, se habían vendido más de 10.000 francos. No podía concebir aquel entusiasmo repentino por mi talento desconocido.

Cuando interrogaba a mi amigo me respondía:

—Una idea que se me ha ocurrido y que ya te diré. Ahora sólo debes pensar en tocar, y tocar bien.

Yo no sé si produje una impresión favorable en mi auditorio. Sólo sé que el teatro estaba atestado sin una localidad vacía, es decir, había una: el palco proscenio de la derecha. La única excepción.

Después del concierto, Monloy me llevó a cenar a un restaurante. Yo estaba satisfecho; él, loco de contento.

—Creo que hemos ganado la partida, querido Pedro — nos dijo. — ¿Creerás ahora que una publicidad bien hecha tiene su mérito y sirve para ayudar al arte?

—¿Me explicarás al fin?...

—Lee este anuncio — dijo, alargándome un periódico. — Se ha publicado durante tres días en los principales diarios de la región.

Y leí:

"Acaudalado propietario, sin relaciones, desearía casar a su hija única, bella, rubia, veinte años, un millón de dote. Los jóvenes, aun sin fortuna, de buen carácter y buena salud, que deseen conocer a la joven podrán verla el sábado 20 del actual en el concierto que dará el violinista Pedro Silvestre. Ocupará en el teatro el palco proscenio de la derecha".

¿Comprende usted? El anuncio había despertado la codicia de tantos aspirantes a la mano de la rica heredera imaginaria, que todas las localidades del teatro se vendieron excepto el famoso palco proscenio de la derecha, que estuvo vacío.

Hay que suponer la desilución de los espectadores; pero yo, gracias a la idea genial de mi amigo había visto el teatro lleno. Este medio lo empleé en otras localidades con el mismo éxito, hasta que mi solo nombre bastó para atraer al público. Comprenderá usted por qué me creo obligado a hacer el elogio de la publicidad.

Roger REGIS.

PELIGRO

Por F. B.

Al sonar las siete, Marcelina Berger descendió de un autobús en la plaza de San Sulpicio. Caminó presurosa a través de la lluviosa sombra, y pocos instantes después llegaba a su casa, situada en un segundo piso.

—¿Trabaja el señor? — preguntó a su vieja sirvienta.

—Sí, señora.

Marcelina se quitó el abrigo y el sombrero, se arregló un poco sus negros bucles y pasó a la pieza de trabajo de su marido. Al final de la gran estancia de paredes cubiertas de libros, detrás de una mesa iluminada por una pequeña lámpara de pie, el señor Leopoldo Berger descifraba un viejo texto.

A la entrada de Marcelina, él levantó su rostro pálido y grave. Ella se acercó a besarle.

—Buenas tardes, Leopoldo... Tenía miedo de llegar retrasada para la comida. Me ha sucedido una aventura...

—¿Cuál? Cuenta.

—¿No te importuno?

—En absoluto, querida. He trabajado toda la tarde.

Arregló sus papeles. Leopoldo Berger sólo tenía dos intereses en la vida: Marcelina, con quien estaba casado desde hacía diez años, y sus trabajos históricos, que sin aportarle la fortuna que no buscaba, habíanle dado una celebridad que no le desagradaba.

—Veamos la aventura...

—¡Me he encontrado con Lorenza Darcy! Recordarás quien es: una amiga de colegio, que fué mi damita de honor el día de nuestra boda y a quien perdí de vista en seguida... Salía yo de casa de mamá e iba hacia la plaza del teatro Francés cuando he visto descender de un "auto" a una señora joven. Nos miramos y nos reconocimos al mismo tiempo. Lorenza no ha cambiado; sigue tan bonita como hace diez años.

—Tú también, querida.

—Adulón!... ¡Si supieras qué elegante es! Ha querido a todo trance llevarme a tomar el té... Me ha contado su vida. Ya sabes que se casó con un colonial muy rico; su marido murió, y ella volvió a casarse en el extranjero. Se ha divorciado... Ahora vive en París, completamente sola. Habita cerca del Trocadero; es muy sociable; va a todas partes; a las veladas oficiales, a las recepciones de embajada, a fiestas, a bailes... Y ha estado muy gentil, muy afectuosa conmigo... Parecía tan contenta como yo de este nuevo encuentro, después de tantos años... Insistía en traerme hasta aquí en su "auto", pero yo no he querido; tenía miedo de hacerla retrasarse... Esta noche tiene una gran comida de gala... Pero hemos de volver a vernos, y... y le he rogado que viniese a comer con nosotros pasado mañana... ¿No te contraría, Leopoldo? — acabó Marcelina, un poco inquieta.

—Nada de eso. ¡Cómo ha de contrariarme! Temo únicamente que nuestra casa sencilla y mi trato austero resulten poco atrayentes a una mujer como la señora Darcy.

—¡Ah, eso sí que no! ¡Ya verás! Ella misma, en el fondo, se mantiene muy llana, a pesar de su fortuna y de su situación mundana. ¡Ah, qué contenta estoy de haberla encontrado!

La alegría de Marcelina aumentó aún, dos días después, cuando ella se percató de que su marido y Lorenza Darcy simpatizaban. Leopoldo Berger no pudo menos que admirar, en la amiga de su mujer, un perfecto ejemplo de la gracia y de la elegancia femeninas. Reconoció en seguida que Lorenza Darcy poseía una inteligencia viva, despierta, brillante. Se complugo en salir de su habitual reserva, y fué escuchado con vivo interés por la joven dama. La velada se prolongó. Lorenza se despidió por fin, declarando con evidente sinceridad que nunca había pasado unas horas tan agradables.

Entre la brillante mujer de mundo y la apacible pareja, establecióse bien pronto una intimidad que iba en aumento días tras día. Lorenza comía a menudo en la modesta casa de sus amigos y les invitaba a sus recepciones, "adonde iba todo París", decía Marcelina Berger, deslumbrada.

La simpatía entre Lorenza Darcy y Leopoldo Berger se acrecentaba. ¡Era él tan diferente, en su llaneza sincera, a los hombres que la cortejaban!... Y, para Leopoldo, Lorenza era la imagen misma de la feminidad triunfante...

Transcurrieron varias semanas. Poco a poco, la alegría que tenía Marcelina en frecuentar a su amiga, decreció, dió paso a la inquietud, a la tristeza. Y un día no tuvo ya la fuerza de disimular su angustia. Entonces se decidió a efectuar una gestión que juzgaba necesaria.

Una tarde, con el corazón oprimido, se presentó en casa de Lorenza Darcy, que la recibió en seguida.

—¡Marcelina, que buena sorpresa!

—Escucha, Lorenza. Tengo que hablarte. Tú eres muy buena, muy inteligente; me comprenderás... y me dispensarás por lo que voy a decirte... Es menester que nos veamos menos, Lorenza... mucho menos... Perdóname que te lo confiese, pero... tengo miedo de tí... ¡Sí!... Estoy celosa... En fin, temo que Leopoldo...

—¿Eh? ¿Tu marido?... ¿Crees que yo soy coqueta con tu marido?...

—Tú eres coqueta con todo el mundo... No; no te enfades. No es eso lo que yo quiero decir... Pero con tu sola presencia ya eres coqueta... Sí; eres tan atractiva, tan seductora... Si supieras cómo me habla Leopoldo de tí, cómo te admira... Y, forzosamente, te compara conmigo... Por eso tengo miedo de que ya no me quiera. ¡Y yo que le amo tanto!... ¡Es tan probo, tan bueno, tan superior a los otros!... ¡Ah, comprendo bien que te interese!... ¡Y, en ese caso, qué soy yo al lado tuyo!... He tratado (sí, lo confieso) de ser más elegante, más atrayente, más sociable... Pero me parece que, obrando así, dejo de ser yo misma; me encuentro ridícula y torpe... Lorenza, te lo suplico: ¡déjame mi felicidad!

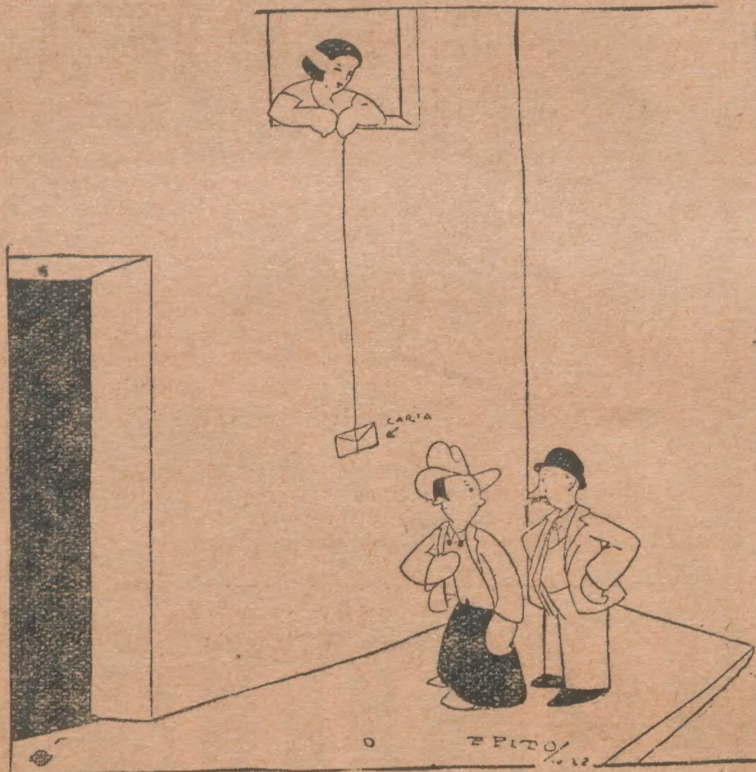
Se interrumpió porque lloraba. Lorenza Darcy la había escuchado, sorprendida al principio, luego ofendida, apiadada después... ¿Qué? ¿Había sido ella verdaderamente coqueta con Leopoldo Berger?... ¿y experimentaba él por ella algo distinto a una leal simpatía?...

Lorenza dirigió una breve y aguda mirada a Marcelina, que se enjugaba sus llorosos ojos.

Querida, tus sospechas son ridículas — dijo por fin, sin cólera;— pero por nada del mundo querría yo turbar tu felicidad, como tú misma dices... Sentiré no volver a verte más...

—No, no... Seguiremos viéndonos, pero menos...

—Sí, sí. Eso es, eso es...



EL PAPA DE LA NOVIA. — ¿Y usted qué está haciendo por aquí, jovencito?
EL NIÑO FIFI. — Pues ya lo ve usted fomentando el uso del servicio postal aéreo...

LA CRUZ DEL SUD

Cuando las carabelas voladoras
Al fin trazaron sobre el mar sus huellas;
Fueron rasgando por delante de ellas
La inmensidad con sus audaces proras.

Entonces, Dios, en los nocturnas horas,
Tras el misterio de las tardes bellas,
Una Cruz dibujó con cuatro estrellas
En el lienzo en que pinta sus auroras...

Brilló la cruz cual arjentado broche
Que la punta de un velo suspendiese
Dejando ver radiantes simbolismos;

Y hoy, sobre el paño negro de la noche,
Prendida se la ve, como si fuese
La condecoración de los abismos!...

José SANTOS CHOCANO.

Cuando Marcelina se hubo ido, Lorenza reflexionó un momento. Una leve sonrisa crispó su bonita boca. Pensó que esas sospechas injuriosas e infundadas merecerían, a los ojos de muchas mujeres, un castigo apropiado... ¡Pero, no! ¡Sería una venganza despreciable!... Sin embargo, no podía pasar por versátil y descortés a los ojos de Leopoldo Berger, que ignoraba el paso dado por esa tonta de Marcelina, indigna de él.

El historiador daba una conferencia aquel día. Lorenza sabía que podía encontrarlo en la Facultad de Ciencias Históricas, donde ya le había escuchado varias veces cuando trataba algún tema interesante.

—No esperaba verla hoy — díjole Leopoldo Berger, al terminar su exposición; — mi argumento era poco atrayente.

—Tengo algo que decirle, querido amigo...

—¡Qué casualidad! Yo también deseaba hablarle... Sí; desde hace varios días...

Se detuvo. Parecía cohibido.

"¿Irá precisamente a declarárseme hoy?", se preguntó ella divertida.

—Pues bien, amigo mío, hable, —dijo Lorenza mirándole de soslayo.

—Me resulta violento el decirlo... Pero usted es tan buena, tan inteligente... ("Empieza igual que ella" pensó Lorenza)... que no titubeo más... Se trata de Marcelina... Sin quererlo ya lo sé, usted tiene sobre ella una influencia peligrosa... Es usted tan atractiva, tan elegante, tan sociable..., que, forzosamente, ella se siente tentada de tomarla como modelo. Marcelina desea ahora cosas que antes no deseaba. Ya no es la mujer modesta y sencilla que yo he elegido y amo... ¡Oh! aun no es grave la cosa... Estoy seguro de que se corregirá fácilmente... Pero, para eso, sería menester que usted la viese menos... Usted me comprende y me disculpa... Mi felicidad está en juego... Yo no soy un hombre de sociedad... Soy un hombre sencillo, llano que no sabe disimular su pensamiento... No tengo necesidad de decirle hasta qué punto deploraré ver a usted menos a menudo. ¡Es usted una mujer tan admirable!... —agregó cortés.

Anonadada un momento, Lorenza recuperó en seguida su autodominio.

—Es precisamente lo mismo que yo iba a decirle — recupuso secamente. — En el propio interés de Marcelina, y de la tranquilidad de ustedes, es preferible que no nos veamos más... ¡Adiós, señor!

Se alejó rápidamente.

—"¡Qué estúpidos, con sus inquietudes egoístas y absurdas! ¡Qué par de estúpidos!... ¡Cuando pienso que he tenido la bondad de frecuentarlos asiduamente por espacio de meses!", — decíase Lorenza rabiosamente.

Pero, de repente, su vida personal, tan brillante, tan variada, tan circuída de homenajes, tan plena de triunfos, parecióle vana y vacía, y envidió el sereno destino de aquel hombre y de aquella mujer que vivían el uno para el otro... Y no fué sino por la noche — en una recepción oficial donde ella apareció, bella y esplendorosa, rodeada de agasajos — cuando Lorenza se despreció a sí misma por esas breves horas de debilidad sentimental.

PAISAJES PERUANOS

Para "Fray Mocho"

MOLLENDO

Compacto caserío de dos o de tres plantas
hecho en frágil madera. Continuo trajinar
en inclinadas calles polvorientas. Un muelle
que en las olas se adentra. Fingiendo atalayar
las playas arenosas, castillejo grisáceo.
Rieles que junto al puerto van a finiquitar.
Grúas, lanchones, máquinas, barcos que cabecean
bajo el añil del cielo. Alborotado mar.

ANCON

Un marco de palmeras y de bambúes.
Calzadas que recubre la blanca arena.
"Ranchos" por cuyo frente corren umbrosos
corredores, en donde se balancean
las típicas hamacas acogedoras
en el diario bochorno de ardientes siestas.
El mar, que el sol irisa con sus cambiantes
matices de mil tonos. Unas ligeras
construcciones de playa, sobre pilares
semihundidos alzadas, cuya madera
se alegra con pinturas multicolores.
Arboles tropicales. Aves parleras.

Justo G. DESSEIN MERLO

Elogio de los perros

Me empeño en creer que si La Fontaine no dijo nada de los perros fué por temor a que se comprendiera claramente que hablaba de los hombres. Pero lo que yo escribo, no se puede aplicar sino a los perros y en modo alguno a los humanos, según váis a verlo.

Detestan la guerra porque son buenos por naturaleza. ¿Cómo ha podido pensar nadie que descienden del lobo, ladrón y voraz? Nada hay de común entre ellos salvo alguna apariencia exterior... Y, sin embargo de detestarla, los perros han ido también a la guerra. Pero aun allí, pese a la embriaguez de la sangre y a las ráfagas de la artillería, se han mostrado pacíficos y dulces. Va a buscar a los heridos; hacen centinela en una tronera de escucha y protegen la trinchera ni más ni menos que guardarían el umbral de una casa. Vigilan. Cuando descubren un herido o una amenaza de peligro gimen o se revuelven. Ni muerden ni ladran.

Tienen mucho miedo. No pueden acostumbrarse al bombardeo. Cada cañonazo, aunque lleven ya muchos meses en la línea de fuego, les obliga a bajar la cabeza y les hace temblar. Saben que esos golpes son mortales y que esa muerte, fríamente deseada por el hombre, el cual añade de este modo una miseria más a sus miserias, resulta una locura deplorable. Lo saben. Pero no protestan ni huyen. Se resignan. Continúan temblando y guardando fielmente el puesto.

Gustan del orden, de la disciplina y la obediencia. Aunque llueva o se eche la noche encima, no reclaman nada. Solamente cuando la niebla o la obscuridad se hacen cómplices del enemigo y de su conducta, dan muestras de mayor desasosiego, y recorren la trinchera con las orejas de punta, más llenos de angustias. Nunca se cansan. No se asombran porque se les recompense su trabajo y su sacrificio con juramentos y hasta con golpes; son excelentes soldados. Sabido es desde hace mucho tiempo. En Roma tenían perros y gansos para guardar el Capitolio. Sólo los gansos graznaron cuando los galos fueron a sorprender la ciudad. Los perros no ladraron, pues sabían que los rubios guerreros de las Galias, rudos y leales, eran en el fondo, amigos de Roma, y en vez de ladrar les lamieron las manos. Desde entonces pasearon por las siete colinas en ciertas fiestas, unos gansos blancos en un palanquín de púrpura en señal de honor, y un perro crucificado en señal de afrenta. ¡Pobres perros! Por una extraña injusticia sufrían ya, inocentes, la suerte que sufrió, inocente y divino, por toda la humanidad, el Hijo del Hombre. Fueron tan excelentes soldados que las legiones los llevaban consigo, empleándolos como auxiliares. Y Plinio dijo de ellos que los prefería a los auxiliares mismos porque nunca huyen ante el enemigo, no sueltan su presa, ni son exigentes en punto a honores, sueldos y ascensos.

Adriano BERTRAND.

El pago de una deuda

Por J. F. Sanmartín Aguirre

El rico caballero don Ramón Ariza era grande aficionado a la caza.

No dejaba ociosa su escopeta, ni en descanso su perro, en ninguna de las épocas del año en que es permitido por las ordenanzas del noble y antiguo ejercicio de Nemrod. Así es que siempre se le veía por campos y montes, andando, andando con su inseparable Huracán, hermoso perro que era su compañero de glorias y fatigas.

Cierto día de Otoño, salió, como de costumbre, de caza. El tiempo no se presentaba en realidad con muy buen aspecto, por lo cual hizo provisiones de boca en previsión de cualquier caso inesperado.

Ya en el campo, seguido de su perro, comenzó a caminar a buen paso, deteniéndose sólo cuando creía escuchar el tímido canto de algún pájaro.

Levantóse a poco un ligero vientecillo fresco, no del todo molesto, pero sí precursor de la tormenta; y no bien habían pasado algunos minutos cuando comenzaron a caer gruesas gotas de lluvia. Aligeró el cazador el paso, y ya cuando acertó a alcanzar una corpulenta encina, bajo cuya protectora techumbre de hojas se cobijó con su fiel perro, que le seguía, habíase desatado una terrible tempestad. Allí, en aquella forzosa choza natural, resistiéronle ambos durante dos horas que duró el período álgido de la misma; y habiendo cesado algo en su furia, y siendo entrada la tarde, sacó don Ramón las provisiones que llevaba, y púsose a almorzar con su compañero no sin darle los mejores bocados, que el animal aceptaba agradecido lamiendo la mano de su generoso bienhechor.

A media tarde redobláronse los furores de los elementos desencadenados. Los relámpagos vivísimos sucedíanse sin cesar, acompañados de truenos espantosos y resolviéndose algunos de ellos en formidables rayos.

Era imponentísimo el espectáculo: El mismo perro Huracán, animal valiente y ciego defensor de su amo, temblaba de miedo.

—Ven, ven acá, querido amigo mío, — le dijo don Ramón, cobijándose bajo su capote de monte.

Y como a un ser que se ama tiernamente, se lo arrimó a sí, envolviéndolo cuidadosamente en su abrigo.

Así permaneció largo tiempo, y viendo que el cielo amenazaba con prolongada borrasca, se puso a pensar cómo había de ponerse en salvo, antes de que se echara encima la noche.

Recordó, entónces, que no muy lejos debía hallarse una casa de campo antiquísima; y hacia ella, seguido de Huracán, encaminó sus pasos. Ya anochecido, llegó a la misma que estaba situada al borde de un camino, y desde la puerta pidió cortesmente hospitalidad.

—¡Adelante! — contestó una voz femenil.

—Buenas noches — dijo el cazador presentándose con su perro en la cocina, en cuyo testero principal, sobre ancha loza de piedra, ardía una brazada de leña, en torno de la cual estaban reunidos varios campesinos que, al amor de la lumbre, se confortaban de las inclemencias del tiempo.

Todos respondieron con amabilidad al saludo del cazador, y haciéndole sitio, debajo de la ancha campana de la chimenea, después de quitarse el capote que estaba chorreando, tomó el hombre asiento teniendo a su perro a los pies.

La dueña de la casa de campo, que era una labradora, ya entrada en años, se apresuró a ofrecerle cena.

Este agradeció la atención, diciendo:

—Yo con cualquier cosa me conformo; con que haya cena para mi perro, me doy por contento.

Los circunstantes no pudieron menos de sorprenderse de las palabras del recién llegado, de modo que uno de ellos se atrevió a decirle:

—¿Por qué prefiere usted al perro antes que su persona?

—Es extraño, — repuso don Ramón — pero muy justo. Si supiesen ustedes el motivo que tengo para tratarle bien, no me preguntarían si le quiero. Mi conducta para con él no es comprensible sin conocer una anécdota de mi vida.

Entonces, todos a una, llenos de curiosidad, le suplicaron que la contara, si en ello no había inconveniente.

—No lo hay, — repuso amablemente el caballero; — antes me congratulo siempre de contarla a quienes tienen interés en oírla.

Yo, señores míos, he corrido mucho mundo; y antes de reducirme a la honrosa y pacífica orden del matrimonio, he gustado de muchas clases de aventuras. Sin decir que he sido propiamente militar, he estado muy junto a la milicia, y tanto que he asistido a algunas batallas, poniendo mi vida al servicio de la causa que he creído mejor para la grandeza de mi patria.

Habiéndoseme pues, en cierta ocasión encomendado una misión tan delicada como peligrosa, me puse en marcha en compañía de este fiel e incomparable compañero mío, quiero decir de este hermoso perro que véis. Era yo entonces joven e iba bien armado y nada temía de los hombres.

Cogióme la noche por el camino, como ha sucedido ahora, y llamando a una venta, para mí desconocida, recibiéronme con grandes muestras de contento. Cenamos yo y mi perro a satisfacción; y diéronme, para dormir, un buen lecho instalado en un aposento del piso bajo con una ventana que daba al campo. Nada había en aquella habitación de misterioso ni que pudiera inspirar la más mínima sospecha. Era noche de verano y lucía una luna clarísima. Así es que me acosté sin luz, pues era bastante la que entraba por los cristales de la susodicha ventana.

Rendido por el cansancio iba a quedarme dormido, cuando sentí gruñir a mi perro, con un gruñido especial que sólo yo entiendo y que me indica siempre haber descubierto algo anormal.

Me incorporé, miré a mi amigo y vi que no quitaba los ojos de la parte del techo que caía encima de mi cama. En efecto; allí brillaba algo extraño que parecía dotado de movimiento descendente. Salté de un brinco de la cama y no bien habíalo hecho, cuando vi caer rápidamente una enorme cuchilla de acero, a manera de guillotina, que a haber estado yo debajo, hubiérame dividido en dos pedazos.

Me había acostado vestido; así es que no hice más que tomar mi escopeta, y saltar por la ventana seguido de mi perro. Cuando acordaron entrar los criminales, ya estaba yo en salvo.

A todos interesó la historia del cazador. Todos acariciaron al perro, que era en verdad un hermosísimo y noble ejemplar de su raza.

Y como alguno le objetara que era exagerada la gratitud que demostraba al animal, repuso con vehemencia el cazador:

—No, señores; no hago nada de extraordinario. No hago más que pagar una deuda de sangre; y una deuda como ésta, no se paga con nada... Acaso, sólo con la vida!

LAS GAVIOTAS

Las gaviotas siguen el arado. Cuando éste camina, bajan al surco; cuando se detiene, se levantan en un tumulto de alas y de gritos. Son las aves de los puertos. Caen al agua y surgen llevando en el pico un pececillo palpitante, que sobre su pecho negro brilla al sol como un aderezo. Giran alrededor de las inmóviles velas de los navíos cargados de arena dorada y de frutas bermejas. De los navíos que parecen grandes murciélagos caídos con un ala abierta.

Pero son también las aves de los campos. Y cada mañana vienen de la aurora a seguir el arado silencioso.

Primero son tres, luego diez, luego tantas, que se diría que tiene el arado un dosel de alas. Caen tan suavemente que están en el suelo y tienen todavía las alas abiertas. Pero en el suelo arrastran la lentitud de los cisnes.

Los grandes terrones de gleba húmeda vuelta al sol, están llenos de gusanos. Los hay de todos los matices: los blancos y anillados como rizos de niñas rubias, los rojizos como manchas de herrumbre en el rostro de una estatua. Y todos brillan al modo de piedras preciosas. Entonces las gaviotas se arrojan al surco en tropel y hacen festín.

El hombre del arado se vuelve y hace gritar en el aire el látigo con que apresura a los caballos unidos a la herramienta triptolémica.

Las gaviotas se levantan en bandadas, pero pertinaces, vuelven a caer sobre la tierra que empieza a exhalar un humo sutil en los rayos del sol.

Como se ara un campo que fué de batalla, a veces el arado rompe la espalda verde de un guerrero muerto. Entonces el labrador, sin asombrarse del horrible hallazgo, cruza las manos sobre el pecho y reza.

La paz campesina es también como una plegaria recitada sin cesar sobre los corazones sencillos.

Aún no se ha dado vuelta y ya las gaviotas se arrojan sobre el soldado muerto. Tiene un pueblo entero de gusanos palpitando en el flanco. Y son tan menuditos que parecen dientes de niño. Las gaviotas hacen fiesta. Caen unas sobre otras como las hojas que el viento amontona en los rincones de los jardines.

Una gaviota dice:

—Es un hombre, lo sé. El del arado debe tener como éste, muchos, muchísimos gusanos. ¿Lo asaltaremos?

No, dice otra, este es un muerto. Ved qué silencioso está. El hombre del arado no tiene gusanos: le he oído cantar.

Si, la gaviota ha oído la plegaria del labrador.

ENRIQUE BANCHS

"¿Eres tú, Susita?"

Por Henri Falk

El sol de junio, claro y alegre, asoma por el balcón abierto frente al cual Durapont, después del almuerzo, medio tumbado en un diván, fuma un cigarro excelente. A su lado, la señora bebe una copita de licor y, silenciosa, sueña o piensa. Según la opinión corriente ¿no tiene ella todo lo necesario para ser feliz? Es joven todavía (treinta y cinco años escasos), más bonita que nunca(dicen todas sus amigas), muy rica (su marido no hace nada), de excelente salud (come de todo) y, sin embargo, una sombra oscurece su vida. Jaime, su marido, apenas le hace caso; ha perdido el estímulo sensual de otro tiempo. Aún no ha cumplido cuarenta años y ni siquiera se fija en ella. "La Naturaleza, con respecto a nosotras, me parece bien injusta", suspira la señora repitiendo aproximadamente las palabras del inmortal fabulista.

—¿Qué estás refunfuñando? — dice Jaime.

—Nada, chiquito, estaba pensando.

El marido, poco curioso, no insiste y ella vuelve a su triste meditación.

"¿Me es fiel? No lo se. ¿No haré yo mal con serlo? Pero qué remedio, yo soy honrada aunque no quiera..."

Suena el teléfono. La señora alarga el brazo hacia el aparato que está sobre una mesa.

—"Al-ló"... Diga... ¿Cómo?... ¿Quién? No, señor...; no es aquí... Ya le digo que no, que se equivoca usted.

Cuelga el receptor.

—¿Qué es eso, nenita?

—Nada; un error de número.

El timbre de llamada suena otra vez. La señora coge el receptor. El señor alarga negligentemente el brazo hacia el otro receptor.

—"Al-ló"... Diga...— pronuncia la señora.

—¿Eres tú, Susita?—decía una voz de hombre.

—No, señor: le repito que no. Hay un error— contesta Luisa enérgicamente.

—¡Bueno, bueno! No estás sola... ¡Comprendido!

—Qué lata esto del teléfono! — murmuró Luisa—... ¿Por qué me miras así?

—¡Oh! Por nada... Me estaba preguntando quién será ese sujeto.

Yo sé lo mismo que tú.

—Sí, claro... Telefonea como amo. Sin duda tienen convenido que si el "estorbo" anda por la casa conteste la mujer. "Es un error",

—Puede ser — replica Luisa.

—¿Es el mismo que llamó la primera vez?

—El mismo.

—Es raro que en dos veces no haya notado que tu voz no es la de su cómplice.

—¡Oh! Ya sabes que en el teléfono es muy fácil confundirse... Y quizás la voz de aquella se parezca a la mía...

—Y su número al nuestro, ¿no?

—¡Oh! Sin parecerse cabe la equivocación

—...¿Susita es un diminutivo?

—Casualidades.

—¿Diminutivo de qué?

—Yo que sé. Tal vez de Susana; Susanita.

—Y de Luisa: Luisita, Sita, Susita, también.

—No veo la relación.

—¿Quién sabe?

—Jaime, ¿qué quieres decir?

Jaime, con brutalidad verdaderamente imprevista, contestó:

—¿Es que me tomas por tonto?

Luisa, ante el ultraje, enrojeció hasta los ojos. Una falsa imputación conmueve a veces más que un cargo justificado.

—¡Ah! ¿Vas a sospechar de mí?

—Contémplate en el espejo — dijo él. — Estás como la grana.

Y cogiéndola por las muñecas añadió:

—¡Vamos, vamos! ¿Cómo se llama ese hombre?

—Pero si no lo conozco.

—Está bien. Yo lo averiguaré.

Y salió dando un portazo. Al quedarse ella sola se dejó caer en un sillón con la frente entre las manos. "Pero no es posible... ¿Dudar de mí? Está loco... ¿Será que tenga celos? ¿Pero quién sabe si al tranquilizarse se desilusionará?... ¡Ah! Si yo tuviese valor..."

Y lo tuvo. Se vistió, tomó un coche y se hizo llevar a un "Palace" donde iba a veces a bailar.

—¿Está monsieur Manuel? — preguntó ella al portero del hotel.

No tardó en acudir su profesor de "charleston", guapo, fino, elegante, joven y negro.

—Monsieur Manuel, ¿quiere usted diez mil francos?

—Eso siempre, querida señora.

—Se trata de pasar a los ojos de mi marido por mi... mi "flirt".

—¿Y si me estropea la cara?

—Diez mil francos, monsieur Manuel.

El muchacho se había visto en cosas peores. Se inclinó y tomó el dinero. Luisa volvió a su casa. Su marido la estaba esperando.

—Has salido. ¿Vienes de verle? ¿No es verdad?

—Pues mira, sí — dijo ella rompiendo a llorar— Le he pedido que cese de perseguirme... Te juro por la vida de mamá, que hasta ahora no ha habido nada... aunque estuviera en peligro próximo de haber...

—¿Quién es él?

—Monsieur Manuel, el bailarín del Cric-Ket's.

Jaime salió como un bólido y volvió media hora después.

—Le he castigado como merecía. En cuanto a tí, si te vuelvo a pescar en otra...

—¡Oh!, Jaime, yo tengo muchas disculpas...

La tarde resultó encantadora. Después de esa alarma el marido no pensó en otra cosa sino en reconquistar a su mujer.

"¿Habré por casualidad encontrado ya el medio de reanimar el deseo agonizante?" — pensaba Luisa con asombro jovial.

Pasado algún tiempo, el director de la central telefónica recibió un obsequio con estas palabras: "Para las señoritas de esa central, una abonada agradecida".

Y el director se preguntará eternamente por qué.

DESDE PARIS

La primavera, las golondrinas y las elecciones

Frío y desapacible ha sido hogaño este mes de abril que siempre fué nuncio feliz del renacer de la naturaleza.

—Desde la guerra — dice sentenciosamente el francés de las viejas generaciones, — todo está cambiado. Ya no hay ni siquiera estaciones.

En verdad, el tiempo ha sufrido una resolución difícil de explicar y que no satisface a nadie. Ya no hay inviernos de nevadas copiosas, de frío intenso en que el Sena acarreaba bloques de hielo y hasta se helaba parodiano al Neva o al Dvina, inviernos en los que el Bosque de Bolonia hacía deambular las elegantes en trineos en tanto que los patinadores se deslizaban graciosamente sobre la superficie congelada del Gran Lago. Una transición brusca y el estío aparece abrumador, salpicado de chubascos, tormentas y alteraciones del termómetro que siembran a granel las bronquitis y las pulmonías.

Unos achacan ingenuamente el cambio a los innumerables cañoneos de la pasada guerra. Otros lo creen debido a las pobres ondas hertzianas que tanto traquetean los telefonistas sin hilos y que allá arriba deben vengarse provocando depresiones. Y a todos, al hablar, les apunta en los ojos la amargura de ser perdidos aquellos tiempos bonancibles que fueron los de su juventud.

El manido "cualquiera tiempo pasado fué mejor" encierra una verdad muy grande. Y ello porque la vida se nos presenta distinta según la vemos con ojos de joven o de viejo. Lo que rodeó nuestra juventud nos parece siempre más luminoso, más impregnado de frescura y de jugosidad... Es porque todo lo mirábamos a través del prisma de la ilusión que anidaba en nuestros corazones. Y ahí está el secreto: hay que conservar la ilusión para vivir siempre jóvenes y poder contemplar llenos de optimismo el panorama exterior que no es sino un reflejo del otro, subjetivo, que alienta en nosotros.

Este año la primavera, aunque a regañadientes, ha hecho también su aparición. Era necesario. Nos la han traído toda esa gama de pobres derrengados y harapientos que en cada esquina y a la entrada de cada "metro" nos ofrecen, por un franco, dicha para el año en un ramito de "muguet", esa humilde florecilla salvaje que el primero de mayo pone su albura sobre todos los pechos. La han traído las lilas que parecen querer embalsamar el humo de las fábricas. La han traído las mujeres que a pesar de lo inseguro del tiempo nos muestran ya la mayor cantidad posible de epidermis. Y la han traído dos golondrinas azules que hoy he visto y que, como dos flechas de carne, hendían el espacio como si quisieran tragárselo en un ansia de inmensidad. Y su vuelo fácil y raudo era como una rúbrica sin fin que la vida nueva hiciera en la Naturaleza.

* * *

También Germinal nos ha devuelto las otras golondrinas humanas que hace meses emigraron, mecidas sobre las mismas alas y guiadas por la misma sed de infinito, hacia esas tierras del Plata ópimas y acogedoras.

El éxito del "raid" de Coste y Le Brix era tan necesario para los franceses como la aparición de la Primavera. En la lucha por la supremacía aérea Francia, un tiempo triunfadora, había sufrido repetidos y dolorosos fracasos que acibaró más Lindbergh poniéndose de patitas en el Bourget, desde Nueva York, sin decir ¡allá voy! Bird y Chamberlin remacharon el clavo.

Aquello era insoportable para el francés que es como uno de esos niños mimados que en todos los juegos quieren llevar la dirección.

En los periódicos, en los libros, en las conversaciones, se trasluce constantemente ese prurito infantil e inocente de primacía. Ciencias modas, artes, proezas, cocina, amor... en todo quiere este buen pueblo llevar al ánimo de los demás el convencimiento de su superior eficiencia, cierta muchas veces. Y cuando no lo consigue se queda él mismo tan profundamente convencido de ella que eso le basta. Para un espíritu liberado de los anticuados prejuicios de razas y de fronteras este pecado es venial y mucho más simpático en su puerilidad que el obstinado nacionalismo alemán o la engolada y pomposa egolatría italiana, por ejemplo.

Más volvamos a nuestras golondrinas. El entusiasmo, demasiado tiempo dormido, estalló al fin clamoroso y delirante y Coste y Le Brix han tenido que soportar, sonrientes y emocionados, el zarandeo que la multitud reserva a sus ídolos y que es el premio de la victoria.

Estos dos muchachos llenos de vigor y rodeados de afecciones piensan ya, emborrachados por la gloria, tentar de nuevo la muerte en una nueva aventura.

Pero ya el "Bremen", la otra golondrina teutona, se ha posado, aunque trabajosamente, en el otro lado del Atlántico.

* * *

Las elecciones francesas, que se han deslizado sin incidentes, han dado al actual gobierno de concentración una mayoría compacta y decidida a continuar la política de "saneamiento" del franco que Poincaré ha desarrollado hasta aquí con tanta energía como buena fortuna.

La lucha, más social que política, ha beneficiado a los partidos de derecha en detrimento de los radicales-socialistas que han perdido una veintena de puestos y de los comunistas a los cuales se trataba de exterminar. Sin embargo aunque estos con el nuevo escrutinio de circunscripción pierden sobre el papel una docena de diputados, ganan, en relación con las anteriores elecciones, un crecido número de votos.

¿Durará mucho la unión del gobierno Poincaré? ¿No volverá a renacer la política de manejos, odios de partidos y zancadillas con sus mezquinas luchas de hombre a hombre y de bandería a bandería?

Mientras tanto, la vida, que subió con la libra y el dólar, no quiere apearse de su pedestal donde tan bonitamente se le va.

Y ese problema es el que interesa más al francés de clase media que tiene que hacer complicados cálculos a primeros de mes para saber a costa de qué milagros podrá estirar su sueldo hasta el treinta o el treinta y uno... Este domingo no irán al *cine*... las botas tendrán que "tirar" aún un par de meses... el nene se pasará sin sombrero nuevo este año... Y la mamá... ¡oh! la mamá debe comprarse imprescindiblemente un par de medias de seda.

¿Qué reserva el porvenir?

El vuelo de las golondrinas parece ahora hacer en el espacio un inmenso signo de interrogación.

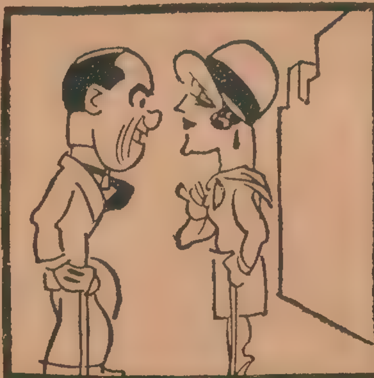
J. QUESADA NOFUENTES

París, Mayo 1928.

VISION DE ADOLESCENCIA

Yo he soñado con caricias y con zarpas infernales
en los trágicos delirios de mis noches invernales
bajo el pálio de las sombras que cruzaban en bandada
dibujando sus misterios en la tela de la Nada...
He sentido sobre el rostro, siempre en noche, siempre á (obscuras,
el aliento de las castas y el calor de las impuras,
y en los férvidos insomnios de mis noches infelices
he mirado las pupilas de calladas meretrices
que arrojaban á las mías el veneno de las suyas
y entonaban á mi oído traicioneras aleluyas...
Al conjuro pavoroso de infinitas sugestiones,
he pisado las arenas de recónditas regiones,
he surcado los oleajes de rabiosas marejadas
y he secado mis sandalias en la tierra de las hadas,
donde estallan en el aire floraciones femeninas
y suspiran en la selva su canción las mandolinas...
He seguido la honda huella de orientales caravanas
y he paseado las sonoras avenidas D'Annunzianas
á la luz de fulgurantes alboradas armoniosas
y entre pálidos tropeles de jazmines y de rosas...
Me he sentido entre la garra de una lúgubre caída
recibiendo de las turbas el sarcasmo y la escupida,
y he soñado que en los brazos luminosos de la Fama
desplegaba victorioso mi magnífica oriflama
y volcaba mis palabras como joyas cinceladas
sobre el haz de las absortas muchedumbres entregadas!

Belisario ROLDAN



—No me desaire. Mire que por usted tengo debilidad...



—Sí. Pues tome el "Hierro Quina Bisleri", y se le pasará de inmediato.



—Tiene razón. No hay nada mejor que sentirse fuerte Seguiré su consejo ahora mismo.

ELEGIA

Por Gloria de San Telmo

Obedeciendo a un naciente rencor se miraron hostiles. Estaban los dos frente a frente, en un lindo comedor con moblaje de roble, acomodados en sendas butaquitas junto a las puertas abiertas del balcón. La noche llegaba con lentitud exasperante. El azul del cielo se iba obscureciendo sin que apareciesen los taladros brilladores de las estrellas. De la calle ascendía cierto olor a humedad.

Ella lanzó, agresiva, la primera saeta.

—¡Qué fastidio! ¡Habla, dime algo! ¡Todo, menos permanecer silencioso mientras la lluvia cae!

El, frunció el ceño, pero no respondió.

Entonces ella, que apetecía la discusión, gritó destemplada:

—¡Estúpido!

Y fué a partir de este instante cuando empezó el diálogo decisivo, rotundamente franco y cruel, entre aquellos dos seres condenados a una convivencia inaguantable porque amor no lo quiso.

El habló enérgico. Sus palabras brotaron silbantes:

—¡Te odio mujer! Tú envenenas mi vida y entumeces mi pensamiento. Tú eres la causante de mi infelicidad; tú me martirizas con tu hastío sempiterno, que sólo es el disfraz de la tremenda decepción que sufriste al casarte conmigo. ¿Y quieres que hable? Miedo me inspira el hacerlo, porque a veces siento insanos deseos de estrujar tu cuello entre mis manos y apretar fuerte hasta romper el hilo de tu existencia maldita. Contemplo en silencio la lluvia, porque me figuro que esas gotas, que a la claridad del crepúsculo parecen de mercurio, son lágrimas de mis ojos que lloran la gran equivocación de un minuto fatal. No te importe que selle mis labios, que para el corazón es preferible el mutismo a la verdad cáustica y el comentario hiriéndote. Deja pasar las horas sin profundizar en las tinieblas de nuestro enlace, confía en que el tiempo borrará nuestros rencores igual que supo borrar tan rápido "aquello" que llamábamos cariño. Te odio, te maldigo...

Ella, que soportó enfurecida los anatemas, tuvo la osadía de sonreír desdeñosa:

—¡Te desprecio! Unicamente te falta echarme en cara que fui una obrera, que me encumbraste a tu nivel social para después pasar hambre por mi sola culpa, que impedí el amplio desarrollo de tus proyectos, que me educaste, que puliste mi alma; y que yo, en cambio, encenagué tu espíritu con mis afanes de mujer vulgar, te embrutecí con mis caricias y empañé con mi nombre el brillo acrisolado de esa redondela de latón pintada de colorines que tú llamas pomposamente el escudo glorioso de tus mayores. Repite cuanto quieras que sufrí una gran decepción al casarme contigo, con el "señorito" que tuvo a bien fijarse en una obrera sin más fortuna que unas manos útiles para el trabajo y una conciencia tranquila. Si todos los "señoritos" sois igual, compadezco a las pobres mujeres.

El hizo inauditos esfuerzoc por contenerse. Al fin, respondió sereno:

—Sabes mentir con asombroso cinismo. Te mofas de mi estirpe y me achacas groseras alusiones a tu origen. Preferible sería que recordases los preliminares de nuestro error y es posible que vieras claro la nobleza de mi conducta. Aunque tú no quieras; yo refrescaré tu memoria y te haré pensar contados instantes en lo que eras antes, lo que eres ahora y lo que serás si el destino no lo remedia. En este anochecer tiene que resolverse nuestra vida futura. Tarda la noche en llegar porque presiente que necesitaremos las últimas claridades del día para solventar nuestro grave conflicto, y esta luz difusa que evoca sentimentalismos y nos atempera, suaviza las asperezas del diálogo y promete una conclusión halagueña, si con un poco de buena voluntad removemos los rescoldos de la pasión que ce extingue, evitando que el infortunio los avente para siempre. Yo te quise, ¿sabes?, te quise locamente...

Ella inclinó la cabeza sobre el pecho, cual si comprendiera.

—Aún podemos ser felices, mujer. Olvida los escrúpulos que te sugiera nuestra diferencia de casta. Los dos somos luchadores, los dos pertenecemos a la honorable comunidad de los trabajadores — que yo no hago distingos entre intelectuales y manuales, — los dos debemos santificar el nido de nuestro hogar con las risas que sirven de ropajes a la ventura y los besos que son nuncios de alegrías. Recordemos, mujer; recitemos el canto triunfal de una dicha imperecedera y no la elegía sangrante y doliente de una unión desgraciada. ¡Si tú quisieras!... De sobra sabías que el atrayente "señorito" que se fijó en tí, laboraba sin descanso, robándole horas al sueño, para mantener el menguado esplendor de un apellido ilustre. Y con todas sus grandezas pretéritas y tradiciones familiares, te ofrendó su nombre — el nombre simbolizado por águilas de oro en campo de gules — para que tú lo lucieras con orgullo, mientras que el aristócrata se debatía inútilmente para levantar las ruinas de un blasón. Por amor fué a tus brazos y por amor también inculcó en tu



cerebro las galanuras exquisitas de un rancio abolengo. ¡Si tú quisieras!...

Ella, por única contestación, esbozó una sonrisa que parecía una promesa.

El, sintiendo que el momento de reconciliación se acercaba, insistió dulcificando su voz:

—Yo aliento la grata esperanza de que tú no querrás truncar el yugo que por amor nos uncimos. Yo espero de tí una saludable rectificación de conducta que lleve a su cauce primitivo el caudal de nuestro afecto y convierta en apacible y bendecido rincón este hogar triste donde los rosales de la felicidad se agotaron apenas florecidos. Es preciso que te compenetres bien en tu sagrada misión. Eres la esposa honesta de un obrero intelectual que en tí buscó a la recatada compañera, aliciente y recompensa de su vivir obscuro. Si en el árbol genealógico de los míos hubo ramas de fausto y poderío, en la actualidad ni me preocupa ni lo considero suficiente para que pueda sembrar la discordia y ser germen del peligroso divorcio de nuestros corazones. Te casaste con el prócer arruinado que ansiaba amar sobre todas las cosas, libre de prejuicios, ajeno por completo a su pasado y afanoso de lograr por la senda honorable del trabajo el menguado bienestar que es dable conseguir a los humanos. Creo, firmemente, que nos aguardan días mejores. Las privaciones de ahora — indispensables para mantener, no el fuego de mi vanidad, sino mi decencia de caballero — terminarán una vez realizada la comunión de nuestras almas en un mismo ideal. Yo sé que siendo buena y razonable matarás en tu pecho la simiente de aquella libertad de muchacha de taller, causa de la irascibilidad de tu carácter al verte trasplantada al ambiente severo que es norma inveterada en mi existencia...

Ella, centelleantes los ojos de ira, interrumpió al esposo:

—Eres divertido, por no llamarte idiota. Tus sermones insubstanciales me producen risa. Mezclas el concepto del amor, que es color y alegría, con las sombras y lamentaciones que te dicta tu impotencia ante la lucha. No acepto las paces que me ofreces. Estoy decidida a romper el hielo de nuestra falsa calma. Necesito vivir a mi modo, como viven y gozan los humildes que no están supeditados a la marcha cansina de proyectos irrealizables. Conforme en que tú despertaste mi inteligencia arrebatándome la modorra que embotaba mis sentidos, más conforme aún en que sea nobilísimo el afán que te guía, pero yo no quiero que el tiempo se lleve mi juventud y que en las miserias de mi cuerpo quede la inquieta interrogante de no haber saboreado los placeres del mundo. Volveré a trabajar, que talleres no faltan y mis manos son dóciles a su antigua práctica, volveré con los míos, con los que amasan su pan con gotas de sudor y lagrimones amargos...

El palideció intensamente y tuvo un minuto de rebeldía.

—Si yo fuera de tu casta estrecharía tu cuello con el cerco de mis garras, arrancaría tu lengua que tamaños ultrajes profiere, pisotearía tu cuerpo, y a zarpazos me arrancaría del pecho la ponzoña de tu recuerdo; pero eres mujer y te respeto, y temblando de coraje contengo mis impulsos y te condeno, ¿comprendes?, a soportar mi presencia, a humillarte ante el mundo reproche de mi silencio, a ser mi compañera ante la gente, al vivir severo que ordena mi conciencia. Y no te figures que tal sacrificio lo haré porque apetezca gozar de tu afecto, que desde hoy repudio, ni por martirizarte en justa sanción a tus desvíos, sino por no empañar la pureza de esa redondela de latón llena de colorines que es el emblema de mi estirpe y el santuario de olvidadas arrogancias...

La noche sumió en negruras la escena. Las gotas de lluvia seguían cayendo como saetas...

—Lágrimas del cielo o lágrimas de mis ojos — dijo el esposo — vosotras sois el principio y el epílogo de la doliente elegía de mi infelicidad...

EL DEBER

Nos presentamos el deber como un placer; lo damos en su desnudez, francamente, sin lisonja. La idea del deber es intermitente como el afecto. Se precisa considerarlo necesario en todas sus relaciones; es el principio operativo del orden, es la tendencia a sucesivo perfeccionamiento, es decir, a mejorar nuestras facultades, la inteligencia, la bondad, la libertad. El deber cuesta siempre esfuerzo, abnegación de la voluntad, limitación de los actos, pero al propio tiempo da al hombre energía suprema; da, al menos, el consuelo y la esperanza; redunda en ventaja nuestra hasta el deber más general, aquel de no hacer a los demás lo que no quisiéramos que nos hicieren a nosotros.

C. CANTU

REBELIÓN

Por Salvador Gotta

El dolor de Lorenzo era trágico por ser razonado, por estar contenido en la misma correcta elegancia de que el buen hombre hacía gala en todos los gestos y en todos los sentimientos de su vida.

Ninguna lágrima, ninguna debilidad. En la amplia casa donde ahora moraba la muerte, Lorenzo Fara impresionaba aún con su porte severo, con su semblante dulce y a la vez adusto. Las visitas—en su totalidad parientes y amigos íntimos de él y de la pobre Luisita—permanecían hieráticos de angustia en la pequeña sala. La presencia de Lorenzo les imponía un respeto mayor que el de la muerte. Asombrábanse de verlo tan sereno; de oírle pronunciar palabras tranquilas, reposadas; de no advertir ningún estremecimiento en sus manos ni en su voz.

—Estas eran sus muñecas — decía.—Y hay muchas, muchas más, desparramadas en toda la casa. Ha jugado con ellas hasta el último momento, como una niña. Y era, era una niña... Pero estas muñecas, estos pierrots, ya no sirven. Los arrojaré a la calle... Ella, ella, no jugará nunca, nunca más...

De tiempo en tiempo se alejaba para penetrar en la blanca estancia donde Luisita reposaba rodeada de flores y de cirios.

La miraba y le sonreía. Luisita estaba allí, rígida en su albo vestido de novia... ¡Qué hermosos brillaban sus cabellos a la temblequeante luz de los cirios!... ¡Qué puro era su rostro entre la cándida suavidad de las rosas!...

Mirándola, Lorenzo se convencía, sí, de que su Luisita había muerto, pero se resistía a creer que dentro de poco habrían de llevársela, que ya no volvería a ver aquellos ojos entornados en este sueño largo, larguísimo, eterno...

Alguien acudía a su lado cuantas veces Lorenzo se detenía a contemplar la dulce imagen dormida. Clara, Enriqueta, la Marquesa de Ingres. Se le acercaban de puntillas, sin mirar el ataúd, para decirle:

—Venga, Lorenzo... Venga con nosotras...

Pero él las detenía.

—Miren.. Mírenle las manos... Parecerían que quisieran cobijarse mútuamente, como amedrentadas.

Y al cabo de un rato preguntaba:

—¿Eh?... Ha venido alguien más?... Creo haber oído...

—No, no... No ha venido nadie...

Mientras tanto, en la sala, los amigos y las amigas comentaban:

—Quizá aún no lo sepa...

—¡Oh! Supongo que no tardará en venir...

—Anoche estuvo aquí hasta las cuatro... ¡Pobre muchacho!

—¡Feliz él si todavía no sabe la verdad!...

—Cuando despierte se enterará...

Al oír los pasos de la criada, todos se volvían a interrogarla con los ojos ansiosos. Nadie se atrevía a decirlo, pero todos lo pensaban:

—Quizá sea él... Es él..

De pronto se produjo un pesado silencio. Lorenzo acababa de cruzar la sala, seguido por el portero, con quien entró en su estudio.

Al rato, las visitas reanudaron su murmullo:

—Ya es tarde... Podríamos telefonearle.

—¡No! ¡Imposible!

—No a él, por supuesto. Preguntaríamos por la madre y le daríamos la noticia para que se la trasmitiese a su hijo...

—No es necesario. A esta hora todo el pueblo conoce la desgracia. No olvide que Lorenzo es diputado y que la enfermedad de su esposa ha interesado a toda la sociedad...

—No me explico su tardanza, entonces... No falta nadie, excepto él.

—El.. "galán joven"...

—¡Vamos!... ¡En estos momentos hay que saber contener la lengua!

—He dicho la pura verdad.

Este último cambio de frases sirvió para levantar un poco los ánimos de los circunstantes. Y, poco a poco, allí, allí mismo, en la salita contigua a la sala mortuoria, los visitantes reconstruyen el pasado.

—Una muchachita rubia, huérfana de padre y madre... Vivía con una tía en los alrededores del pueblo... Lorenzo la adoptó... Era su tutor, su amigo. Dedicándose a la política...

—¿Ya entonces?...

—¿Cómo "ya entonces"?... Lorenzo no es un niño. Tiene cincuenta años. Ella había cumplido veinticinco el mes pasado...

—Siga... siga usted.

—Lorenzo nunca pensó en casarse con ella. Quería a la niña como un padre... Fué ella, ella misma quien se enamoró de él...

—Recuerdo la ceremonia nupcial. ¡Luisita estaba tan hermosa!

—Y él también... Alto, apuesto, alegre, lleno de vida... Nadie hubiera dicho que tenía cuarenta y cuatro años...

—Y desde el día que se casó sólo tuvo un pensamiento: hacerla feliz. ¡Oh, él no puede albergar remordimientos!... ¡Pobre Lorenzo!... La trató siempre como a una niña... Una niña hermosa y dulce, a pesar de su enfermedad...

—¿Cuándo se declaró la enfermedad?

—No sé. Su madre murió muy joven, de lo mismo.

—Pero Lorenzo ensayó todas las curas; sanatorios célebres, viajes por el Adriático, veraneos en Madera, paseos por la Riviera...

—La complacía en todo... Seguía comprándole muñecas, todas esas muñecas...

—¡Ah, pero ella cometía imprudencias sin cuento!...

—¿Por ejemplo?...

—Por ejemplo... Cuando se enamoró de Claudio...

—¡Ah!... ¿Claudio...?

—Sí, Claudio era su amado... ¡Lo saben hasta las piedras de la calle!

—¿Y Lorenzo?...

—Lorenzo callaba... Claudio comenzó a frecuentar la casa. Es un muchacho jovial, inteligente... Lorenzo no se opuso a que aquel joven se convirtiese en amigo de la casa. Advertía el peligro, sin embargo. Pero quería demasiado a su Luisita, para depararle el menor disgusto... Yo fuí testigo de esa traición que se incubaba lentamente... Un día dije a Luisita que fuese más discreta, que la gente comenzaba a murmurar. Ella se encogió de hombros y me contestó: "¿Qué me importa la gente?".. Lorenzo seguía recibiendo a Claudio con afectuosa cordialidad...

—¿Y Lorenzo no sufría?... ¿No se rebelaba?...

—Nunca pude descubrir en él signo alguno de dolor... Su rostro fué siempre una máscara impenetrable...

—¿No temía el ridículo?

—Era demasiado fuerte para temerlo.

En el corredor se oyeron los pasos de Lorenzo.

—¡Chist, que viene!...

Lorenzo entró en la sala silenciosa. Pálido, pero sonriente, miró a sus amigos cual inquiriendo la causa de aquel súbito mutismo.

Avanzó algunos pasos en dirección a la capilla.

—No, Lorenzo... No vayas...

En ese momento el portero apareció en el umbral, trémulo y demudado. Al verlo, Lorenzo se irguió violento:

—¿Qué?... ¿Qué pasa?...

—Ahí... en el vestíbulo... está...

—¿Cómo? ¿Se ha atrevido a venir?... ¿No te he dado orden de...?

—Quiso entrar a la fuerza. Está llorando... Me dió lástima.

Lorenzo vibró:

—¿Lástima?... ¿Lástima?

Y entonces sucedió algo imprevisto. Lorenzo, desencajado de semblante, temblorosas las manos, se abalanzó hacia la puerta. Varios amigos lo rodearon y detuvieron:

—¡No Lorenzo!... ¡No!...

Y Lorenzo, debatiéndose entre los que lo sujetaban, gesticulando como un poseído, bramó:

—¡Que se marche!... ¡Díganle que se marche!... ¡No quiero verlo! ¡No quiero verlo nunca más! ¡Si entra, lo mato, lo despedazo como despadacé esas muñecas, todo lo que era de ella, todo lo que la divirtió, todo lo que me la robó durante siete años!... ¡Sí! ¡Hace siete años que callo! ¡Siete años que me he visto obligado a sonreír para no perderla! ¡Siete años que he satisfecho sus caprichos, para no verla sufrir!... ¡Lo acepté todo, todo, con una resignación que me ha envenenado el alma: el ridículo, el escándalo, la ignominia! ¡Porque la adoraba! Ahora es mía, únicamente mía... pues ha muerto en mis barzos y me sonrió con gratitud hasta exhalar el último suspiro... Mía, porque sé que nunca le causé el menor dolor... ¡Pero ahora, basta!... ¡Basta de muñecas y juguetes!... ¡Ve!... ¡Ve y dile a ese hombre que le he odiado con todas las fuerzas de mi alma!... ¡Y dile que se marche, que se marche si no quiere morir destrozado entre mis manos como aquellas muñecas y aquellos débiles juguetes!

—Cálmate... Cálmate...

La marquesa de Ingres salió al vestíbulo seguida por el portero.

Clara y Enriqueta siguieron, en cambio, a Lorenzo, que quería ver en seguida a su Luisita.

Y cuando la vió blanca, inmóvil, sonriente, se detuvo intimidado. Parecía arrepentido de lo que había hecho. Temblaba como alguien que quisiera pedir perdón y no se atreviese.

Pero una vez más tuvo valor suficiente para acercarse a la dulce, a la cándida muerta; y con voz desgarrada de sollozos murmuró:

—Perdóname... Perdóname, Luisita...

Las tres grandezas

Por Dolores Gonzalo Morón

Los salones de la condesa iban despejándose. Había terminado la elegante "matineé" con que obsequiaba los viernes a sus aristocráticos amigos. Casi toda la crema social desfilaba en estas tardes por delantes de la ilustre "prócer", cuyos blasones se remontaban a la época gloriosa. Aquelos nobles antepasados repreesntaban para ella un timbre de honor que no hubiese cambiado por todo el oro de nuestro siglo positivista.

Las hazañas de aquellos esforzados caballeros que habían defendido con su sangre, primero la Patria y más tarde la Religión, en las famosas guerras de las Cruzadas, le inspiraban una especie de culto... Era pues una "Grande", en toda la extensión de la palabra.

El mobilario era regio y severo como las costumbres de la noble dama que, aunque toleraba el modernismo, no entraba en ninguna de sus manifestaciones. Respetaba las corrientes de la época; pero no se amoldaba a ellas.

Terminada la fiesta, se quedaban siempre a discurrir y charlar con aquella digna representante de la nobleza, el grupo de sus predilectos, compuesto en su mayor parte de hombres y mujeres notables por su talento o por sus virtudes. Esa última parte de la fiesta, era para la Condesa la más amena.

Había escuchado indiferente las adulaciones de los que, cual se derrama el incienso en los templos, las arrojan a puñados ante el altar de los poderosos, esperando por ese medio participar de las gracias del poder. Miraba con desdén aquella turba de mujeres más o menos jóvenes y bellas, que delirantes se entregaban al baile para murmurarse al oído lo que no podían decirse en la conversación sosegada o lucir trajes, joyas y condecoraciones con más aparato y esplendor.

Los íntimos de la Condesa sentían por ella una especie de veneración; amaban y respetaban a la noble dama cual merecía. La conversación versaba casi siempre sobre puntos interesantes para la resolución del problema social, y todos admiraban a la Condesa, no sólo el talento, sino sus generosos ideales.

Uno de los más notables del grupo, discutía con calor la necesidad de poner pronto remedio a la lucha entablada tantos siglos ha, entre el noble y el plebeyo, el pobre y el rico.

¡Según su enteder, era preciso dar importancia a la dignidad humana! Había que acabar de una vez con repugnantes previlegios que conservan todavía la esclavitud, a pesar de estar abolida por las leyes.

Una señora respetable y poco devota del sociólogo, no pudo menos de tomar el asunto en serio. Su marido se había enriquecido en breve tiempo con su trabajo, según ella aseguraba, y por sus méritos le habían dado un título nobiliario, que ostentaba con todo el aparato necesario para que no pasase desapercibido.

—Me parece—dijo algo molestada—que a pesar de la opinión de nuestro contertulio, no existen ya desheredados, y que esos que tanto vociferan, gozan de todos los derechos, puesto que la ley los admite en concurrencia, pudiendo por tanto llegar a ser ricos y señores.

—No quiero contradecir a mi buena amiga—contestó el sociólogo—pero no puedo menos de decirle que, si medita bien, comprenderá que esa igualdad es solo aparente, porque, estrechado por la peor de todas las esclavitudes, la esclavitud del hambre, el pobre es siempre vencido.

Todos escuchaban atentos a los dos paladines sin atreverse a contradecir a ninguno. La situación se agravaba y el asunto había tomado aquella noche mal giro. Sólo el talento y discreción de la Condesa podría unir aquellos dos polos.

—Propongo un arbitraje — dijo un abogado ilustradísimo y gran admirador de la Condesa.

—Aceptado—contestaron los dos contricantes,—la Condesa será el amigable componedor a cuyo fallo nos sometemos.

Todos asintieron, y la Condesa no tuvo más que aceptar.

—Supongo, amigos míos,—dijo—que mi opinión no molestará a ninguno de ustedes y en esa confianza me atrevo a exponerla. Como representante de la nobleza opino que la cuestión debatida tiene soberbia solución. El noble, no lo es sólo por un legado de sus mayores, sino por la nobleza de su alma, la cual le manda amar y respetar a todos los hombres, que son sus hermanos. Como rica—continuó—acepto el Evangelio, que solo nos reconoce como administradores de los bienes que Dios quiere repartir entre sus hijos. Como ser racional, creo que solo la virtud y el talento merecen respeto. Cumpla el mimado por la fortuna su noble misión, amando, respetando y ayudando al desvalido; aleje este de su mente las ideas de utópica igualdad contrarias a la naturaleza que, en la diversidad de objetos que la componen, no ha formado dos iguales, sin que esta desigualdad implique menosprecio hacia ninguno, puesto que todos son necesarios para la armonía del conjunto. El día en que esto se realice, amigos míos, la cuestión habrá quedado resuelta por el convencimiento general de que la sociedad es una cadena cuyos eslabones son las llamadas clases sociales que no pueden vivir separadas, como no pueden separarse la cabeza del tronco para sostener la vida. Ese día, repito, habremos llegado a la perfección posible dentro de la humana imperfección, porque habrán desaparecido el egoísmo y el error, fuentes de toda humana desdicha; y brillarán la caridad y la inteligencia, cuyo reinado es el de Dios, que nos dió esta última como un destello de sus perfecciones, y nos impuso aquella como su propio amor.

Todos los concurrentes quedaron admirados. Los enemigos se reconciliaron y aquella íntima asamblea terminó declarando que la Condesa era "Grande" entre los "Grandes", puesto que en ella se encontraban unidas las tres "Grandezas humanas": la del "alma", la del "talento" y la de la "cuna".

LA MUÑECA

Por Emilio Henriot

La señora de Aronde tenía imaginación viva y un corazón excelente. Por eso obraba siempre bajo su primer impulso y sólo reflexionaba después. Le gustaba hacer felices a los demás y creía que en este bajo mundo las mujeres bonitas debían reemplazar a las hadas.

Aquel año, todo París había descubierto a España, debido a un establecimiento nocturno que hacía furor, en la calle Pigallo y donde la fantasía de un pintor de moda había hallado el medio de reconstruir a Sevilla en Montmartre. El espectáculo se componía de jotas y boleros, ejecutados sobre un pequeño escenario, por un grupo de bailarinas y bailarines españoles, entre los que se contaban el célebre Faico y la famosa Macarena. Hasta había un niñita de siete a ocho años, ya experta en los pasos más nerviosos, cuya gracia picante contrastaba con su rostro infantil, sus ojos puros y su encantadora sonrisa.

Aquella niña bailaba sola un momento en medio de sus compañeras y compañeros, sentados en semicírculo alrededor del escenario, quienes reían al considerar con afectuosa mirada las evoluciones de su pequeña camarada. Divertía su aire ingenuo y su agilidad felina y lo más encantador era que después de haberse parado en seco, con un golpe de talón y un "¡olé!", la cabeza altivamente erguida y las manos en las caderas, iba a sentarse juiciosamente en su lugar, donde se ponía a jugar con la muñeca que la esperaba sobre una sillita.

Aquel gracioso número tenía mucho éxito, un éxito de pureza, si así puede decirse en aquel medio singular. Los concurrentes al restaurante no eran sentimentales; pero las señoras se interesaban por la edad de la niña, por su muñeca, por su aire cándido, no obstante las contorsiones aprendidas y sus guiñadas inocentes.

Profundo conocedor del corazón humano, el empresario se aprovechaba del enternecimiento que despertaba su joven pensionista. Ella era quien hacía la colecta, de mesa en mesa, dentro de una servilleta doblada al sesgo sobre un plato. La niña desempeñaba esta obligación lo más gravemente del mundo, con la muñeca debajo de un brazo y el plato en la otra mano, con aire tímido, agradeciendo con una sonrisa pueril la generosidad de cada uno.

¡Qué lindos ojos tiene esta niña! —dijo la señora de Aronde, cuando la pequeña llegó a la mesa que ella ocupaba, en compañía de hermosas damas y elegantes caballeros.

Y dirigiéndose a la chica, le preguntó:

—¿Qué edad tienes?

—Siete años — contesto la niña.

Y con sus ojos demasiado graves, miraba con seriedad precoz a aquella linda señora.

—¡Siete años! ¡Pobrecita!—murmuró la señora de Aronde.

Lanzó un suspiro, conmovida de pronto. Y es que ella era madre, y muy buena madre, de la más linda niña que podía imaginarse. Pensó de pronto en su propia hija, su Mariana adorada, tal como la había dejado hacia un rato, en su camita, dormida, blanca y rosada, la boca entreabierta, los cabellos alborotados sobre la almohada. ¡Siete años..., como la pequeña bailarina! Y al contemplar a ésta, la señora de Aronde se sintió conmovida hasta las lágrimas. En seguida quiso hacer algo por la pequeña española.

—Escucha una cosa... — le dijo. — ¡Ven!..., no tengas miedo... ¿Te doy miedo, acaso?

Cautivada por aquella voz tan dulce, la niña hizo que no con la cabeza.

—¿Cómo haces para tener ojos tan lindos? ¿Te pones limón adentro para hacerlos brillar?... ¿Te gusta bailar?... Bailas maravillosamente. ¿Tienes hermanitas?... ¿No?... ¿Y hermanitos?... ¿Tampoco?... ¿Y mamá?... ¿Sí?... ¿Es esa que tiene el mantón verde?... Le dirás que tiene una hijita muy linda. Yo también tengo una hijita. Se llama Mariana. ¿Y tu muñeca? Muéstramela... ¡Oh, qué linda muñeca!... Pero es muy chiquita... ¿No tienes una muñeca grande? ¿Nunca la has tenido?... ¿Te gustaría tener una muñeca grande que hablara y cerrara los ojos?... ¿Sí?... ¡Contéstame!

La bailarina estaba hipnotizada. Aquel flujo de palabras la asombraba. ¡Pero aquella señora tenía una voz tan dulce y parecía tan buena! Se contentaba con mirarla siempre con sus grandes ojos negros, espléndidos y rasgados...

—Dime... ¿quieres una muñeca grande? — continuó la hermosa dama. — Bueno..., yo te regalaré.

La pequeña enrojeció de golpe, emocionada. Una promesa es algo. Pero una duda atravesó su espíritu, y de pronto se sintió valerosa. Comprendió que debía hablar, hizo un esfuerzo y preguntó:

—¿Cuándo?

—¿Cuándo? — repitió — ¿Seguramente mañana...

La música volvía a empezar. La niña fué a reunirse con sus compañeros y su madre.

La señora de Aronde estaba pensativa. Se sentía encantada de haber proporcionado placer con su promesa; pero su alegría no era completa porque comprendía que su amiguita podía no creerla. Y una frase espantosa acudió a su memoria: "Esperanza envenenada por un resto de duda..." Ya imaginaba ella un drama en aquel pequeño cerebro.

—Cree que me he burlado de ella— pensaba. — ¡Es atroz! ¡Si pudiera darle en seguida esa muñeca!... Lo que proporciona placer en la vida son las felicidades que se realizan en el instante en que uno las desea... La esperanza agota... Y todo llega demasiado tarde... Nada produce placer cuando se ha esperado demasiado tiempo... ¡Dios mío!... ¿Qué hacer?

La señora de Aronde se entristeció. Soñó un momento. Y luego, bruscamente, batió palmas, sonrió: había encontrado el medio. Ya estaba de pie, pedía su abrigo. Su marido se levantaba también.

—No, no... ¡Quédate!... Vuelvo enseguida.

Se había ido. En la calle llamó al primer taxi, dió su dirección, y ya en su casa, subió la escalera de una corrida, llegó a la habitación de su hija, y despacito, se acercó al armario de los juguetes. Tomó la muñeca más hermosa, la que hablaba y cerraba los ojos. Pero, en su felicidad, no se contuvo... Fué necesario que besara a la pequeña Mariana, dormida, blanca y rosada, con los cabellos alborotados sobre la almohada... La besó, como los ángeles, rozándola apenas, con el corazón palpitante de alegría al pensar en la sorpresa que iba a dar a la saltimbanqui... Pero Mariana abrió los ojos y gentilmente tendió sus bracitos a su mamá:

—¡Chit! Duerme... No te despiertes... Imagínate!... Hay una pobre niñita que jamás ha tenido una muñeca... Así que le voy a dar la tuya... Tú quieres, ¿verdad, mi tesorero?... Yo te compraré otra mucho más linda... Duerme, mi angelito querido...

Y se escapó encantada, con el corazón ebrio del placer de dar placer. ¡Ah, ricos! ¡Si supiérais el bien que hace hacer el bien!

Ya la señora Aronde golpeaba, impaciente con el pie en el auto que la volvía a llevar a la feria.

—¡Un cuento de hadas para esa chiquilla! ¡Un verdadero cuento de hadas!... — se repetía riendo de alegría.



—Mira hijo: Si me prometes no volver a decír esa palabrota, te doy cincuenta centavos.

—Dámelos... Y mañana te diré otra que lo menos vale un peso.

LA DULCE AÑORANZA

¡Cómo llueve, hermanita, cómo llueve!
Abre el libro, y comienza la historieta
de siempre... la del príncipe y Violeta,
o aquella de la reina Blanca-Nieve...

Qué dulce, hermana, es recordar ahora,
—en la paz de la alcoba ensombrecida,—
que alguna vez gustamos en la vida
las mieles de la infancia soñadora...

Eran tiempos de besos y consejas...
En el hogar, las abuelitas viejas
nos contaban los cuentos hechiceros...

Y a través del relato, imaginábamos
Y a través del rela rzo.
que éramos hombres grandes, y anhelábamos
ser piratas o ser aventureros!

Julio C. VIALE PAZ

El suicidio del profesor Bärmatt

Por Francisco Caravaca

Cuando la prensa mundial divulgó la sensacional noticia del fallecimiento del sabio físico alemán Von Barmatt, no dijo a los millones de seres que se interesaban por los experimentos de este grande hombre la verdadra causa de su muerte.

Realmente el profesor Hermann Von Barmatt no murió víctima de un experimento de laboratorio — como la prensa se encargó de propagar—, de uno de esos vulgarísimos accidentes profesionales con los que los hombres la credulidad del vulgo ignaro. El caso de Von Barmatt era muy otro.

En la época en que esto sucedió éramos nosotros corresponsales en Munich del The Universal Newspaper, el gran rotativo londinense, y conocemos hasta los menores detalles de la muerte del gran sabio teutón.

Por este motivo podemos hoy afirmar que Von Barmatt no fué víctima de ningún experimento, sino que, por el contrario, Hermann Von Barmatt, el célebre profesor de la Universidad de Gottingen, se suicidó...

Porque es preciso reconocer que la muerte de Hermann Von Barmatt envolvía en sí misma una gran tragedia, una inmensa tragedia profesional... En otros términos, la muerte del gran físico alemán fué la consecuencia de la inflexibilidad del espíritu germánico, lo que podríamos llamar el genio, el imperio de la raza.

Véanse algunos antecedentes:

La mayor gloria alcanzada por el gran sabio sajón se debía al extraordinario descubrimiento de los novísimos rayos intrasubmarinos, maravilloso aparato, de estructura muy parecida a la de una máquina cinematográfica, el cual, merced a un potente foco luminoso incandescente de incalculable energía, iluminaba con una claridad meridiana toda la densidad de las capas líquidas, descubriendo así todos los misterios, hasta los más profundos, y al parecer insondables, de la fauna y la flora abismal.

Claro está que mediante esta estupendísima visión submarina el descenso de los buzos al fondo de los mares en busca de los fabulosos tesoros que guarda el Océano en su vasto seno, ya no se hacía de manera aventurada y caprichosa, sino con una plena seguridad de descender en el preciso lugar donde se hallasen las riquezas que por cuenta del Gobierno alemán eran extraídas con la ayuda de los rayos intrasubmarinos.

Ocioso será decir que nadie, sino el propio profesor, conocía el manejo del aparato.

La visión oceánica se proyectaba con toda nitidez y evidencia de detalles sobre una placa de cartón suprasensible recubierta de una capa de cera de abeja diluída en una solución de aguarrás y nitrato de platino, y una vez visto el accidentado fondo del mar sólo restaba que los buzos descendiesen en el lugar indicado por el sabio profesor.

Cierto día el profesor Barmatt recibió un comunicado del Departamento de Marina encargándole practicar una minuciosa exploración junto a la desembocadura del Oder, donde se suponía la existencia de una antiquísima ciudad cuyo nombre se ignora (véanse Schulten y Frobenius), centro de la primitiva civilización germánica, según los Edda, y el profesor Hermann Barmatt dispuso su admirable aparato y se dispuso a llevar a cabo su dificilísimo cometido.

La operación escrutadora hacíase desde una lancha tripulada por ocho marineros, en la cual iban cuatro buzos provistos en sus correspondientes escafandras.

Ya llevaba el profesor algunas horas de paciente investigación recorriendo con el haz luminoso el fondo del mar, cuando de improviso Hermann Barmatt, lanzando un "Mein Gott!" de desesperación, dió un salto desde la lancha y se precipitó al océano.

Von Barmatt era un sabio; su vida estuvo demasiado consagrada a la ciencia para haberse preocupado lo más mínimo de aprender a nadar. Por esta razón y por la otra —más verosímil — de que quería morir, el hecho es que Hermann von Barmatt, el honorable profesor de la Universidad de Gottingen; se fué a fondo prontamente...

Los tripulantes de la lancha quedaron mudos de terror. La responsabilidad por la muerte del sabio recaería sobre ellos... Se podría sospechar un crimen... Por otra parte—y esto era lo más grave—, al momento de lanzarse el profesor al mar había, naturalmente, soltado el secreto resorte que hacía funcionar el aparato luminoso, y éste es había parado. ¿Quién conseguiría hacerlo funcionar de nuevo?... Forzosamente tenía que ser un alemán... ¿Quién sino un alemán puede descubrir lo que descubrió otro alemán?...

El Departamento de Marina encargó a una comisión de técnicos el estudio del aparato, con el fin de descubrir el funcionamiento del mismo y de poder proseguir la interrumpida exploración por los dominios de Neptuno.

Nadie dudará ya, en virtud de todos estos detalles, de que la muerte del ilustre von Barmatt fué un suicidio en toda regla, y sirva esto de ejemplo a los que aseguran que después de Werther ya ningún alemán es capaz de ese heroísmo "sui géneris", completamente latino, que se llama suicidio... Por una mujer de seguro que ningún germano es capaz del suicidio... ¡Pero hay tantas causas por las cuales un teutón puede anhelar la muerte!...

Sin embargo, ¿qué motivos pudieron impulsar a von Barmatt para adoptar tan enérgica como impropia resolución, desmintiendo así el espíritu de la raza?...

El misterio fué conocido algunos días después, cuando el profesor Karl Sehimmberg, de Breslau—que tras innumerables tentativas había conseguido descubrir el funcionamiento del aparato—, prosiguió la investigación en el Báltico y halló el cuerpo de su desdichado colega en el fondo del mar aprisionado entre un lecho muy consistente de madréporas y abrazado.... ¿no dirán usted a qué?...

Pues abrazado a otro aparato de rayos "intrasubmarinos" de remota fabricación...

LOS CAMELLOS

Dos lánguidos camellos, de elásticas cervices,
de verdes ojos claros, y piel sedosa y rubia,
los cuellos recogidos, hinchadas las narices,
a grandes pasos miden un arenal de Nubia.

Alzaron la cabeza para orientarse, y luego
el soñoliento avance de sus vellosas piernas
—bajo el rojizo dombo de aquel cenit de fuego—
pararon silenciosos, al pie de las cisternas...

Un lustro apenas cargan bajo el azul magnífico
y ya sus ojos quema la fiebre del tormento:
tal vez leyeron, sabios, borroso jeroglífico
perdido entre las ruinas de infausto monumento.

Vagando taciturnos por la dormida alfombra
cuando cierra los ojos el moribundo día,
bajo la virgen negra que los llevó en la sombra
copiaron el desfile de la Melancolía...

¡Son hijos del Desierto: prestóles la palmera
un largo cuello móvil que sus vaivenes finge,
y en sus marchitos rostros que esculpe la Quimera
sopló cansancio eterno la boca de la Esfinge!

Dijeron las pirámides que el viejo sol rescalda:
"—Amamos la fatiga con inquietud secreta..."
Y vieron desde entonces correr sobre una espalda,
tallada en carne viva, su triangular silueta.

Los átomos de oro que el torbellino esparce
quisieron en sus giros ser grácil vestidura,
y unidos en collares por invisible engarce
vistieron del giboso la escuálida figura.

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas..., huesos en blanquecino enjambre...,
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoroso de claros cascabeles,
alegran las miradas al rey de la fatiga.

¡Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dáctilo al son de las cadenas;
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre ya en las venas!

¡Oh, artistas! ¡Oh, camellos de la Llanura vasta,
que váis llevando a cuestas el sacro Monolito!
¡Tristes de Esfinge! ¡Novios de la Palmera Casta!
¡Sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

¿Qué pueden los ceñudos? ¿Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas;
sólo su artería rota la Humanidad redime.

Se pierde ya a lo lejos la errante caravana,
dejándome — camello que cabalgó el Excidio—...
¡Cómo buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas grises del lóbrego fastidio!

¡No! Buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy a mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente.

Y si a mi lado pasa la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

Guillermo VALENCIA

Curiosidades

El instinto de las plantas puede observarse colocando durante la sequía un cubo de agua cerca de donde crecen melones, sandías o zapallos; al cabo de unos cuantos días se verá que la planta endereza sus tallos hacia el agua y no para hasta llegar a ella.

***

El interior de los templos de Buda, en el Japón, puede ser reproducido por la cámara cinematográfica, siempre que las vidas de los sacerdotes y las ceremonias religiosas figuren en películas de propaganda misionera.

***

Uno de los caracteres más llamativos de las serpientes es la gran dilatabilidad de la boca; es frecuente ver que las serpientes ingieren presas de mucho mayor tamaño que ellas mismas.

***

Los sellos que se imprimen en Inglaterra para la República turca, representan la figura de un héroe legendario, con su lobo favorito a los pies.

***

El cocodrilo del Nilo es un animal lento y perezoso en tierra, y muy ágil en el agua donde nada con gran faciidad y rapidez ayudándose de la cola.

***

Entre Madagascar y la India hay más de 16.000 islas; de ellas, sólo 600 se sabe que están habitadas.

***

Las flores tienen, por lo general, uno y medio por ciento más de calor que el aire ambiente.

***

Un hombre de ciencia dice que por medio de un micrófono especial ha oído el sonido de los gusanos dentro de las manzanas.

***

Las islas Filipinas pueden producir 75.000 toneladas de caucho anualmente.

***

El árbol más antiguo del mundo, con historia auténtica, es el gran bohío de Birmania. Desde hace veinte siglos está consagrado a Buda, y no se le permite a ninguna persona que toque el tronco. Cuando caen sus hojas, los peregrinos se las lleva como veneradas reliquias.

***

El cinamómetro es un aparato para medir la intensidad del color azul del cielo o del mar.

***

Fué durante la guerra, en la Manchuria, en 1906, que los beligerantes hicieron uso por primera vez de la telegrafía sin hilos en el campo de batalla.

***

El museo científico más antiguo del mundo se encuentra en el Japón; cuenta mil doscientos años y está emplazado en Nara. No se abre al público más que tres veces al año.

***

El doctor Hans Salomón de Berlín, ha patentado una máquina... soporífera. Produce un zumbido semejante al de una colmena, durante cuarenta minutos; el sonido decrece gradualmente de intensidad hasta ser sólo un murmullo sordo y suave. El aparato ha dado resultado en el tratamiento de casos de insomnio.

El ochenta y cinco por ciento de los tullidos, presentan la afección en el lado izquierdo del cuerpo.

***

La nariz y no la boca es el órgano natural de la respiración. El aire que entra por aquélla está en mejores condiciones para penetrar en los pulmones que el que se aspira por la boca. La respiración bucal produce graves afecciones, como la laringitis y la bronquitis. En las ciudades y otros lugares donde el aire está cargado con millones de partículas diminutas de polvo, hollín y otras substancias, respirar por la boca es inmensamente malsano.

***

Noruega es uno de los países del mundo que vende mayor cantidad de aceite de ballena.

La isla de Wallarea, situada a dos horas de distancia de Londres, tiene cien habitantes y no cuenta con escuela ni iglesia.

***

William Crookes inventó un instrumento llamado spinthariscopo, para comprobar el desgaste continuo de la materia.

***

La temperatura más baja que se conoce es la del aire líquido, comparado con el cual el hielo es tan caliente, que lo hace hervir en seguida.

***

En la ciudad de Atenas se están realizando excavaciones para comprobar extremos de la civilización helénica y del arte.

Instituto de Maternidad de la Sociedad de Beneficencia





Con asistencia del presidente de la República, doctor Marcelo T de Alvear y de su señora esposa, doña Regina Paccini, de los ministros de Relaciones Exteriores, de Obras Públicas, de Guerra y de Marina, del arzobispo de Buenos Aires, monseñor Bottaro y de otras personas, realizóse la inauguración del Instituto de Maternidad de la Sociedad de Beneficencia, anexo al hospital Rivadavia. — A la izquierda: la presidenta de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, doña María Unzué de Alvear, leyendo su discurso. — A la derecha: la esposa del presidente de la República firmando el acta de la inauguración.

Colación de grados en la Facultad de Ingeniería



El decano de la Facultad de Ingeniería, ingeniero Enrique Butty, pronunciando su discurso en el acto de la distribución de premios y colación de grados



Vista parcial de las familias que concurrieron a la entrega de los respectivos diplomas a los alumnos egresados de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales



Alumnos de las diversas escuelas de la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, que terminaron sus estudios, y a quienes se les hizo entrega de los diplomas correspondientes.

Bodas de oro forenses



El doctor Carlos Malagarriga, distinguido abogado español, que el día 22 del corriente mes cumplió cincuenta años de vida profesional, o sea desde que obtuviera el doctorado en leyes en la Universidad de Barcelona, alcanzando el premio extraordinario de su curso; título que, once años después, revalidara en la República Argentina, en cuyo foro ejerce su profesión con notable éxito

Nuevo embajador de Francia



Mr. Jorge Clinchant, nuevo embajador de Francia, en nuestro país, saliendo de la casa de gobierno después de presentar sus credenciales al presidente de la República

Bibliografía



Señor Manuel Benavente, autor del libro de versos "En la red del silencio", recientemente aparecido.

CONFERENCIA DEL EMBAJADOR DE ESPAÑA, DON RAMIRO DE MAEZTU





En los salones del Club Español y ante una numerosa y selecta concurrencia, el embajador de España, don Ramiro de Maeztu, pronunció su anunciada conferencia sobre el tema "La Ciudad Universitaria". — A la izquierda: vista parcial del auditorio que siguió con vivo interés la palabra del distinguido diplomático. — A la derecha: el señor de Maeztu durante su disertación

En el Club Sueco



Para celebrar el cumpleaños del rey Gustavo V de Suecia, el Club Sueco organizó una comida que se sirvió en sus salones y que fué presidida por el ministro de dicho país, señor Eric Einar Ekstrand. — Vista de algunos de los comensales

Biblioteca Argentina de Ciegos



En los salones del Savoy Hotel se realizó un te danzante organizado a beneficio de la Biblioteca Argentina de Ciegos. — Un núcleo de familias concurrentes, en un intervalo del baile



En honor del doctor Justo López de Gomara.

Los miembros del Directorio de la Redacción y de la Administración de nuestro colega "El Diario Español" y un grupo de amigos particulares, organizaron una comida en honor del doctor Justo López de Gomara, con motivo de su partida para Europa. — El obsequiado y algunas de las personas que tomaron parte en la demostración de referencia, que tuvo efecto en el Gran Hotel España.

Colaboradores de "Fray Mocho"



De izquierda a derecha: señores Osvaldo Vargas Molteni, Francis Brydon Smith, y Juan Hurtado, cuyo concurso se incorpora a ésta revista; los dos primeros, en carácter de colaboradores literarios y el último como colaborador artístico.







EN EL CIRCULO BELGA





El encargado de negocios económicos de Bélgica, profesor señor Georges Rouma, pronunció una interesante disertación que versó sobre el tema: "La estabilización de la moneda argentina y belga y las favorables perspectivas de intensificación de las relaciones económicas e intelectuales entre los dos países" — A la izquierda: el conferenciante haciendo uso de la palabra — A la derecha: un aspecto del auditorio.

Banquete al doctor Adolfo Fiorito



Con motivo de la terminación de sus estudios universitarios, el doctor Adolfo Fiorito fué obsequiado con un banquete servido en su honor y organizado por un grupo de amigos. — El obsequiado y los comensales que tomaron parte en la demostración.

Concertista



La notable pianista argentina, señorita Elena Larrieu, que acaba de ser contratada para dar cien conciertos en una extensa jira por Europa, que iniciará en el próximo diciembre.

Disertación



Señor Ramón de Castro Estéves, que pronunció una aplaudida conferencia sobre el tema "Amado Nervo en la literatura americana", bajo los auspicios de la agrupación de artes y letras "Intip Raymi"

Nota de arte



El escultor Francisco Laperuta, dando los últimos toques a una "cabeza de niño", obra que exhibirá en el próximo Salón Nacional

Vida policial



Señor José Silva, ex empleado de la sección Robos y Hurtos que acaba de ser objeto de un homenaje, con motivo de su reciente jubilación.



TRES HORAS

Por M. Edington

La mujer con el cabello más negro que el azabache miraba a todos los transeuntes con profunda atención. Sus vestidos, ya viejos, habían sido en otros tiempos de muy buena calidad, y sobre la cabeza llevaba un miserable sombrero. Sus ojos tenían un brillo misterioso y siniestro. Su cara estaba pálida y descolorida. Arrastrando los pies, como una persona cansada y perseguida, imploraba la caridad pública.

En la terraza de un conocido club estaba un hombre de buena estatura, y ancho de espaldas. Su empaque revelaba con elocuencia que tenía mucho dinero. Desde su elevada posición miraba el movimiento de la gran ciudad; se podía deducir, dado el gran interés que demostraba, que le era totalmente desconocido. Cuando la mendiga pasó ante él se le quedó mirando y poco a poco, se acercó.

El hombre estaba reflexionando. De seguro era extranjero y parecía que tenía dinero. En ese momento bajaba las escaleras y caminaba elásticamente, llevando el abrigo sobre el brazo. Para acercarse a su lado, la mendiga aceleró el paso y cuando estaba junto a él, murmuró:

—Una pequeña dádiva, señor. Hoy es el día de mi cumpleaños.

—¡Qué mentira más absurda!, — pensó él.

Con voz un tanto dura la rechazó:

—¡Déjeme usted en paz!

Pero mientras decía esto sus miradas se encontraron. Ella tenía muy bonitos ojos. Por un instante pareció que se iba a conmover y llevó la mano a la cartera, pero bruscamente la quitó. No le gustaba que los mendigos le pidiesen.

Con la cabeza en alto siguió su camino. Delante se había congregado una multitud que presenciaba un atropellamiento. Llegaron los policías para dispersar a la muchedumbre. No tenía él gran prisa y miraba los acontecimientos sin especial atención. Mas cuando quiso continuar la marcha, involuntariamente se llevó la mano a la cartera y notó que había desaparecido.

—¡Imbécil de mí...!

Esta exclamación le salió del corazón. Rápidamente descubrió a la mendiga que quería escapar lo más pronto posible. ¿Por qué corría [illegible]?

La siguió. Ella metiéndose entre autos y peatones, seguía corriendo y de pronto llamó un taxi. Pero él tuvo suerte. Otro taxi pasaba en ese momento y también estaba desocupado. Saltó e hizo una seña al chofer para que siguiese al auto que iba delante.

Fué una extraña cacería. Frente a la irradiante luz [illegible] auto donde iba la mujer. Vió por la ventanilla [illegible] iso instante en que la mujer se bajaba dando al chofer [illegible] [illegible]ciones y entraba a la tienda.

El taxi se dirigió a la otra acera y allí se detuvo. De manera que ella había dicho que la esperasen y él decidió hacer lo mismo.

Habría pasado una media hora cuando salió con un elegante abrigo de piel de seda, negro; brillantes zapatos de charol con llamativas hebillas de oro.

Lo único que inexplicablemente había conservado era el miserable sombrero.

El perseguidor todavía no hizo ningún ademán para mandarla detener, y llevarla a la comisaría.

Volvió a subir al auto, y la singular persecución tornó con mayor fuerza. Delante de una joyería se repitió la escena y después el auto se detuvo delante de la puerta de un salón de belleza. Aquí ella despidió el auto. El siguió su ejemplo y penetró un poco después en el elegante recibidor. Cuando el ascensor lo hubo llevado arriba, se sentó y tuvo que esperar... una hora completa. Sonó la campanilla del ascensor. Este subió para volver a bajar inmediatamente. Esta vez era ella, pero buen trabajo le costó reconocerla, pues había dejado el sombrero viejo y llevaba un hermoso traje de noche. El abrigo de seda estaba un poco abierto en el escote y en las diminutas orejas lucía brillantes. El pardo tono del color de su cara estaba cambiado por un blanco más puro que el de la nieve. Sus mejillas tenían un color de rosa tan fresco, que parecía otra mujer. Sus labios eran una grana partida en dos. También las manos habían sido cuidadas; verdaderamente se trataba de una mujer muy hermosa.

Por un instante se quedó titubeando: ¡Dios mío, qué desgracia! Esta mujer... Pero el hombre no conocía la piedad. La vida había endurecido su corazón. Recobró las fuerzas y en el mismo instante en que salía, corrió tras ella, dispuesto a todo.

—¿Un auto, señor? — preguntó servicial el mozo; pues supuso que esas dos personas iban juntas. Aceptó y el coche se detuvo frente al edificio. Ella estaba frente a él como sumida en sueños, sólo cuando él la tomó del brazo volvió bruscamente la cabeza y se le quedó mirando como si fuese un espectro. Se asustó de tal modo, que creyó oír los latidos de su propio corazón.

¿Por qué no gritaba, se defendía o lloraba? Toda su fuerza de voluntad parecía abandonarle. Permanecía muda, humilde y resignada delante de él. Se sonrió:

-Bueno; ¿ya gastó todo el dinero? [illegible]. Pero [illegible] riente, era cortante y sin ninguna piedad. El mozo todavía [illegible] abierta la puerta del coche. El hombre rico miró a [illegible]

—Iremos a la primera comisaría de policía [illegible] le parece a usted?

Entonces, como si despertase de una pesadilla, volvió de nuevo a la vida y llena de miedo dijo:

—Déjeme usted un poco de tiempo, se lo imploro.

Esto parecía ponerse interesante. Siempre aprende uno cosas nuevas en la vida.

—¡Vaya usted primero por el parque,—gritó al chofer, — después diré a dónde.

Al mozo le dió una moneda de oro, pero no soltó el brazo de la ladrona.

Era una bella mujer y su modo de obrar tendría quizás sus motivos...

Cuando la obscuridad del parque los envolvió, preguntó el extranjero:

—La he perseguido y observado desde el momento en que me sacó usted la cartera en medio de la muchedumbre. Quiero saber cómo lo llevó usted a cabo.

Ella le miró con ojos que expresaban un profundo terror.

—¿Para reírse de mí?

—Quizás.

—Cuando usted se negó a darme algo, lo seguí...

—¿Por qué le pareció que a mí podría sacarme algo?

—Porque lo tomé por un extranjero, un hacendado rico, o algo parecido.

—En efecto, soy australiano, y estoy aquí de paseo.

—Así es que no me había equivocado. Lo seguí confiando que algo iba a suceder. Yo misma no sabía qué. Y entonces llegó — como enviado del cielo para mi salvación — el atropellamiento y la aglomeración de gente. Yo lo seguía a usted muy de cerca. Por unos instantes se llevó usted la mano al sombrero para componerlo, y aprovechando ese instante, pasé mi brazo bajo el suyo y poco después tenía en mis manos lo que tanto había ambicionado. Fué verdaderamente un juego de niños y tan terriblemente excitante...!

—¿Excitante...? Para usted, ya ha de haber perdido la emoción y el sabor, pues de seguro no era la primera vez...

—¡Era la primera vez!

El se sonrió.

—Ahora iremos derecho a la comisaría.

Y entonces pareció que se despertaba en ella la [illegible] Estaba en sus brazos, la boca casi pegada a la suya. Con ardiente exc[illegible] dijo:

[illegible]

[illegible]

[illegible]

Konigsallee número 14. Tengo... que ver a alguien. ¡Oh, Dios mío el destino no puede ser tan cruel! ¡Tan cerca ya de la meta!...

—A las nueve, bien puede usted estar allí. Pero si ahora la invito a usted a comer, tengo que irme a mudar de traje, ya que — sonrió ferozmente — ya que usted se ha emperifollado a mi costa.

Gritó al chofer unas cuantas palabras.

—¿Qué le dijo usted? — preguntó ella llena de desconfianza.

—Mi domicilio. De fuerza o por gana tendrá usted que subir conmigo a mis habitaciones cuando me cambie.

El australiano la llevó ayudándola a subir las escaleras que conducían a sus cuartos. Al criado que las abrió le dijo:

—Lleve usted a la señora a la sala. ¿Está mi traje de calle listo?

—Todo está arreglado, señor.

Un cuarto de hora después se reunía con ella. Estaba sumida en miles de ideas sentada sobre el pequeño sofá junto a la estufa. Se había quitado el abrigo y él pudo apreciar la blancura de sus hombros. A su entrada se levantó con la apariencia de estar muy cansada. Quizás ni siquiera ha comido, pensó él al verla tan abatida. Conocía lo que era eso, pues también había pasado por instantes bastante críticos. Amaba el dinero porque cada centavo lo había adquirido por medio de amargo y pesado trabajo.

En el bien alumbrado salón de un restaurante se sentaron en una mesita, lo más apartada posible. El ordenó el menú. La comida del verdugo, pasó por su mente.

—¿No tiene usted miedo? — preguntó.

—¿Miedo de qué?

—De la cárcel.

—¡Oh, no! — contestó ella sencillamente y dejó vagar por el salón su mirada hermosa.

Notó asombrado que los ojos que tenían antes una expresión de martirio, ahora brillaban llenos de felicidad.

—Lo que suceda después de tres horas me es completamente indiferente.

—Dígame usted — iquirió él tenazmente — ¿qué tres horas son esas de que está usted hablando constantemente?

—En una hora debo estar en la Konigsallee. Este es mi antiguo hogar donde hace 18 años entré como joven y feliz esposa. Desde hace 17 años estoy esperando este instante. Mi esposo se divorció de mí en ese tiempo, pues yo huí con otro. Lo amaba y lo creía un Dios.

—¿Y se casó usted con él?

—Gracias a Dios, no.

(Continúa en la pág. 35).

SOCIALES



ENLACES. — Capital federal. — Zenaída Molfino - Raúl Nogués de la Fuente.



Dora Martínez - Alfredo Hudson (hijo)



Jorgelina C. Navarro - Alfredo Arandia



Blanca Eugenia Velarde - Tomás Alfredo Lynch



María Angélica Percivati - Conrado Camilloni



Herminia Cerutti - Rodolfo R. Savorelli



ROSARIO. — María Alba Groppo-Martín S. Ansaldi



Angélica Stodart Carreras - ingeniero Mario Morgantini



Adriana Parisod Oliver - Enrique Yorg



Haydée Tolosa Rassol - Ernesto Linares



Carmen Cricca - Héctor M. Flores



Domingo Roldán - Roque Lanchellotti



Ernestina Carli - Alberto Bozzo



Luisa E. Paletta - Eduardo Suárez Costa



Leonor Tedaldi - José Biggeri



Carmen Rodríguez - Alberto Anastasio Campot



María Elena Garré-José Vila



María Pérez-Alfredo Gabutti

:: Actualidades :: cinematográficas



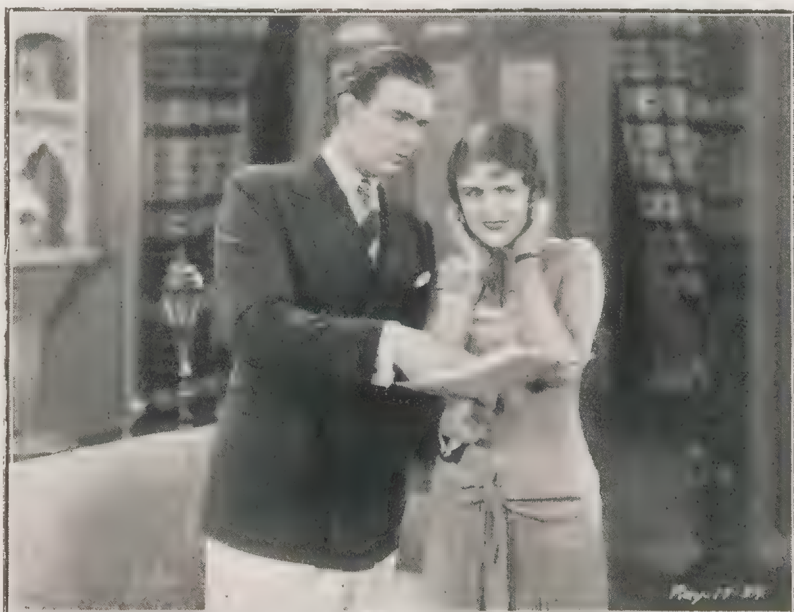
La admirable actriz mejicana Dolores del Río, en el notable film "Ramona", que comienza a exibir Artistas Unidos



Francis X. Bushmann, Claire Mc Dowell y Kathleen Key en "Ben Hur", super-maravilla Metro-Goldwyn-Mayer que se exhibe con gran éxito en el Porteño



Norman Kerry y Mary Philbin en "Amame y el mundo es mío", nueva obra de Dupont el director de "Varieté" que exhibe con éxito la Universal.



William Russell y June Collier en "Las odio a todas", que la Fox presenta desde el jueves último



Henry B. Walthall y la nueva actriz Charlotte Stevens, protagonistas de "El paraíso terrenal", que la Corporación exhibe desde anteayer



Escena de "Entre los hielos de las islas Orcadas", que la cinematográfica Valle estrenará en breve: los expedicionarios celebran el 25 de mayo.



Leila Hyams y Monte Blue, en "Al primer round", que la General exhibe desde el viernes

INFORMACION GRAFICA DEL INTERIOR



TANDIL. — Niñas y caballeros que interpretaron la obra "El unitario", expresamente escrita por el ingeniero J. Molina Massey para la velada del 24 de mayo, realizada en el teatro Unión Italiana



PUENTE DEL INCA. — Las familias de Villarroel, Dielh, Peña, Vivanco, Oliva, Erbiti, Larquía y Zaefferer Toro, durante una excursión al lago Los Orcones.



GENERAL PAZ. — Los esposos Manuel González Cores y Josefa Barosela, rodeados de sus hijos, nietos y biznietos, al cumplir sus bodas de oro matrimoniales



SALADILLO. — La señora Ana Alberti con sus hijas Matilde E. de Jorge y María Margarita, y la señora Adelina de Luengo, durante un paseo campeste



Señor Juan Jorge, destacado comerciante de Saladillo





SAN RAFAEL (Mendoza). — Dos instantáneas obtenidas mientras se realizaba la tradicional procesión del Corpus Christi.



Gran concentración del partido Irigoyenista, en el cementerio de San Rafael, con objeto de rendir un homenaje ante la tumba de los caídos en los sucesos de General Alvear, por la causa del partido



SUNCHALES. — Una vista de la estación del ferrocarril Central Argentino.

El rayo prodigioso

Por H. Ashton Wolfe

(INTERPRETE DE LOS TRIBUNALES)

NOTA DEL AUTOR

Mi profesión de intérprete me ha puesto constantemente en contacto con los grandes centros de investigación criminal del mundo, y muchas veces he tenido que intimar con interesantes bandidos de la época moderna.

En los cuentos que tengo preparados, todos ellos auténticos no he hecho sino cambiar algunos detalles para evitar molestias y abrir nuevas heridas.

En todos ellos he tomado parte de una manera u otra, y es curioso ver en muchos de ellos la ingenuidad demostrada, ya por los criminales, ya por los investigadores.

—

Llevaba una larga temporada de un trabajo incesante y abrumador, y respiré con alegría cuando me concedieron mis vacaciones de verano.



Aquel año había proyectado visitar los lagos de Lombardía, y pocos días antes de emprender el viaje me invitó monsieur Dufresne a una comida en honor a un compañero italiano, signore Lanfranchi.

Llevaba yo charlando un buen rato con este famoso "detective" y jefe de la "Questura" de Milán, cuando entró Dufresne sonriente, se sentó a mi lado y me dijo:

—¿No pensaba usted pasar sus vacaciones en el Mediodía?

—Sí — repliqué. — Acababa de decir el señor Lanfranchi que pensaba atravesar Suiza a pie y entrar en Italia por el paso del "Simplón".

Dufresne aprobó con un gesto, exclamando: — Hermoso paseo. Venga a verme mañana a la oficina; tengo algo que decirle.

Al día siguiente por la mañana fuí a ver a mi amigo, como habíamos convenido, y allí le encontré en compañía de un señor enormemente grueso y voluminoso, asmático evidentemente a juzgar por el penetrante e intenso olor de los vapores que llenaban la atmósfera y por los preparativos que se hacían al lado nuestro.

Dufresne, al presentármelo, me dijo que era el señor Saillard, ingeniero jefe de la fábrica de torpedos Whitehead de San Tropes, en el Mediterráneo.

El jefe de la Policía de París añadió que el ingeniero estaba muy interesado en el invento de un joven italiano llamado Mario Donati, que pretendía haber inventado un rayo misterioso por medio del cual se podían hacer explotar minas y torpedos a muchos kilómetros de distancia.

La famosa Compañía de la que monsieur Saillard era representante le había dado poderes para comprar el invento, después de obtener pruebas satisfactorias de su eficacia.

El inventor había exigido una buena suma como garantía de la buena fe de los compradores y para terminar de construir su modelo, suma de dinero que el ingeniero ya había entregado a Donati, y ahora se dirigía a Italia para hacer las pruebas del aparato, por el que habían de pagar varios millones de francos si los resultados eran satisfactorios.

Ciertas informaciones particulares, ciertos detalles referentes a Mario Donati tenían un tanto intranquilo y desconfiado al ingeniero, y se había dirigido al Jefe de Policía, pariente suyo, para que le procurase un agente de confianza que hablase bien el italiano y le acompañase para protegerle en caso de que el negocio no se presentase con la debida claridad.

—Usted comprenderá — me dijo monsieur Dufresne — que he pensado en usted; pero como yo no puedo enviarle oficialmente, puede aceptar o renunciar la comisión. Nosotros no podemos meternos en lo que haga un italiano en Italia; para ello está la "Questura", y de ello he hablado a Lanfranchi, que hoy mismo regresa a Milán; pero este ingeniero es muy buen amigo mío y yo le agradecería mucho que usted aceptase lo que le proponga. Además, tenía usted pensado ir a Italia, y, por consiguiente, en poco se modifican sus planes. Viaja usted con Saillard como intérprete, y por ello recibirá una buena recompensa. ¿Acepta, o no?

—Aun sin el cebo de la recompensa celebraré mucho acompañarle; acepto — repliqué.

—Muy bien, "mon ami". Pues, entonces prepare el viaje para dentro de dos días. Le recomiendo el expreso de las siete treinta para Lyon. Se reunirá usted con mi pariente en el Hotel Regina de Stressa y seguirán juntos hasta Como, en cuyo lago se harán las pruebas del invento.

II

En el restaurante de la estación del París-Lyon-Mediterráneo tragaba, más que comía aprisa, un almuerzo, sin pensar en el rayo prodigioso y recreándome con la idea del viaje a los lagos, cuando con gran sorpresa mía oí una voz conocida que partía de una mesa a mis espaldas, y con el marcado acento de los yankis decía:

—Pues mire usted, Jennings; si no fuera por el empeño que el tal Donati muestra por procurarse dinero antes de hacer las pruebas, tendría mucho más fe en su invento.

—Y yo también — repliqué, inclinándome en mi silla y alargando la mano sonriendo amistosamente.

—Ha puesto usted el dedo en la llaga — amigo Bannister. — ¿Pero qué hace usted aquí?

—¡Qué sorpresa! — exclamó Bannister levantándose para estrechar mi mano. — ¡Venga, venga aquí, siéntese con nosotros, almorzaremos juntos. Tengo el gusto de presentarle al señor Ezra P. Jennings, del Trust Continental y Americano.

Después de las frases de cajón cambiadas, aquel yanki alto, delgado, de finos labios, continuó diciendo:

—Vamos a Como, y por lo visto ya sabe usted a qué; por consiguiente, no hace falta que se lo diga.

Ordené al camarero que me sirviese en la mesa de mi amigo.

No me parecía prudente indicar el motivo de mi viaje en presencia de una persona extraña, y Bannister me pareció ser de la misma opinión; pero el nuevo conocido dió la solución a nuestra incertidumbre diciendo:

—Bueno, señores; creo que lo mejor que puedo hacer es hablar claro, y quizas así aprenda algo que valga la pena.

Y mirándonos fijamente repetidas veces, continuó:

—Yo no soy más que agente; pero soy responsable del dinero que hemos adelantado. He adquirido la opción de cierto invento y he dado una fuerte suma por conseguir ese privilegio, y ahora voy a ver las pruebas y si vale la pena de comprarlo.

Mi amigo Bannister me acompaña, enviado también por la casa que representó, para que no me engañen. Y ahora que usted sabe todo con respecto a nosotros, ¿qué más puede usted añadir?

—Pues yo voy a lo mismo y en las mismas condiciones, representando a un individuo, de diferente nacionalidad, que también ha pagado una importante suma por la misma invención.

Bannister sacudió la cabeza de arriba abajo, y llenando nuestras copas de vino, nos dijo:

—Bebamos a la salud de nuestro viaje. Por lo visto vamos a viajar juntos. Yo creo que ese italiano tiene un invento que lo quiere vender y procura asegurar un comprador; pero si no es así, si la cosa fuese un timo, me parece que entre nosotros tres podemos desbaratarle el negocio.

Convinimos en que nos reuniríamos en Como y nos hospedaríamos en el Hotel del Lago, pero ocultando nuestra amistad, pues así no despertaríamos sospecha y nos sería más fácil descubrir la verdad cotejando nuestras observaciones hechas por separado.

Decidí no decir a Saillard el hecho de que Ezra Jennis era también un comprador.

Cuando llegué al Hotel Regina ya estaba allí, aguardándome, Saillard, el que me presentó a un joven alto, airoso, apuesto, al italiano signor Donati, el inventor del rayo prodigioso.

III

Mario Donati era uno de los hombres más hermosos que he visto en mi vida. Moreno, pelo rizado muy negro y facciones perfectas, de estatua clásica. La frente amplia indicaba gran inteligencia, y su sonrisa era franca, atractiva, llena de simpatía. Me agradó en cuanto le vi, y comprendí que aquel hombre debía hacer destrozos en el bello sexo. Me pareció que cuanto mujeres le trataran tenían que enamorarse de él. Aquel otro Mario, el protagonista de la "Tosca", debió ser como él.

Con el inventor se hallaba una muchacha siciliana, alta y muy bonita. Leonor Fiori, que nos presentó como su prometida. ¡Fiori!: el apellido le sentaba a las mil maravillas: era un manojo de flores.

Mientras Donati hablaba con la vivacidad y fluencia oratoria que tanto abundan entre los de su raza, yo me fijaba en la joven, que contemplaba al inventor con mirada llena de adoración, que se trocaba en dura y fulgurante cuando el italiano se fijaba en las hermosas mujeres que desfilaban por el "hall".

En estos casos, su mirada, la contracción de labios, el gesto de hembra ofendida, me daban ganas de aconsejar a Donati que se protegiese con una cota de malla si pensaba jugar con el amor de aquella mujer.

Saillard estaba impaciente por ver las pruebas del invento, y se acordó hacerlas al día siguiente.

Propuse yo que el señor Donati tomaría el tren para Milán, vía Arona, y desde allí seguir hasta Como, lo que le daría tiempo para preparar su aparato, mientras que nosotros iríamos por el vapor del lago a Luino, Lugano y Como, viaje más largo, pero más interesante y agradable.

En realidad, yo no pensaba hacer tal cosa.

Mario, me gusta este nombre pintoresco, nos acompañó hasta el muelle y nos vió embarcar; pero al llegar a Laveno salté a tierra, después de explicar mi proyecto a Saillard, aquilé un auto, y por Varese me dirigí directamente a Como, adonde llegaría por lo menos dos horas antes que Donati, suponiendo que el tren no llegase con retraso, como de costumbre.

Encontré a Bannister y a Jennings instalados en el Hotel del Lago y les propuse que el primero y yo nos fuésemos a un pueblecillo cercano, dejando allí a Jennings, que no hablaba el italiano, al cuidado de Mario.

Yo había tenido buen cuidado de expresarme muy mal en italiano y demostrar mi ignorancia total en los dialectos del país.

He hecho la observación de que en mi profesión es más útil conocer los dialectos que el idioma oficial de un país pues los que quieren conservar en secreto delante de personas extrañas lo hacen en alguno de ellos, pues no se figuran que los extranjeros pueden conocerlos. Hasta cierto punto tienen razón, pues creo que por bien que una persona extraña hable el inglés, no entenderá una palabra de gaélico, por ejemplo. Por esto me había yo dedicado a aprender el provenzal, el milanés y el napolitano.

Antes de la llegada del tren de Mario, Bannister y yo nos apostamos en una pequeña taberna, desde donde habríamos de ver a todos los que salieran de la estación.

Vimos salir a Donati con la miliciana y un hombre desconocido, que por el aspecto me pareció napolitano.

Después de una corta conversación entre los tres, Mario se dirigió hacia el lago, mientras que Leonor y el desconocido montaban en un auto, y desaparecieron.

Seguimos al inventor hasta el hotel, en donde le vimos saludar a Jennings, sentándose luego en la terraza aguardando la llegada del vapor.

Yo me escurrí entre la gente del embarcadero, reunime son Saillard y penetramos juntos en el hotel.

Allí Donati, después de saludarnos, nos presentó al americano.

—Diga a su jefe—me dijo—que el señor Jennings desea ver las pruebas de mi invento, pues si monsieur Saillard no llegase a comprar ni patente, este señor lo haría. A todo esto, ¿habla usted el inglés?

—No — repliqué —. Leyéndolo comprendo algo; pero nada más. Es un idioma muy difícil para un francés. — Y dicho esto traduje a mi amigo las palabras de Donati.

—¿Cuándo van a ser las pruebas? —preguntó Saillard.

—Hasta mañana por la noche no es posible—contestó—, porque Su Excelencia el Caballero José Ricci-Ferroni, almirante de nuestra Armada, llega mañana por la tarde para poner a mi disposición algunas minas flotantes para que yo las haga explotar con mi rayo. Ya comprenderán ustedes que sin su influencia no me hubiera permitido al Gobierno hacer las pruebas en el lago. El almirante cree que voy a vender mi invento a Italia —exclamó Mario soltando una carcajada—. Pero me ofrecen una miseria, casi nada. Solamente se lo vendería al Gobierno italiano si ninguno de ustedes lo quisiese.

—Por lo visto—dijo Saillard agitando su enorme mole con marcadas muestras de desagrado—, usted está jugando con nosotros al mejor postor. Esto es una especie de subasta; pero tenga cuidado, monsieur, acuérdese de que le he pagado un adelanto.

—Que está depositado en la "Banca Italiana" y que ahora mismo se lo puedo devolver si usted quiere.

Los ojos de Mario echaban chispas de rabia, y con violento movimiento sacó de su bolsillo un talonario de cheques.

Saillard calló, haciendo un gesto de indiferencia y encogiéndose de hombros.

—Bueno; ¿y esas bombas vienen por tierra?—pregunté yo, haciéndome el ignorante en materais científicas.

—¡Ah, no! Sería peligrosísimo; están aquí ya, en un depósito del Gobierno cerca de Bellaggio. Uno de los hombres del almirante las remolcará hasta el centro del lago y las dejará allí ancladas. Yo me situaré en la colina detrás de la Villa Carlotta, en Cadenabbia, y cuando el batelero haga una señal con una linterna, enviaré mi rayo y haré explotar la mina. Mañana, cuando esté aquí el almirante Ricci-Ferroni, les enseñaré el generador de mi rayo y les daré algunos detalles del aparato.

Al terminar una melancólica cena de hotel, Donati nos deseó las buenas noches y se retiró, pues según me dijo tenía mucho que hacer.

Aguardé hasta que vi a Bannister desaparecer tras el inventor, y yo me dirigí hacia el lago, donde había de encontrar algún bote de alquiler.

No me quería confiar el primer venido, pues desconfiaba mucho de Donati; así es que alquilé un bote, diciendo al batelero que deseaba pasear un par de horas en el lago aprovechando aquella hermosa noche de verano.

Al cabo de un rato, al pasar por delante de un pueblecillo, dije a mi hombre que quería desembarcar allí, pues había despertado mi curiosidad aquel pintoresco rincón y que podía retirarse, pues regresaría tarde.

Tan pronto como se alejó me dirigí a un puerto donde se alquilaban gasolineras, y me hice llevar en una de ellas a Bellaggio, en el lado opuesto del lago.

El rápido vehículo me transportó en muy poco tiempo. Dije a mi hombre que me aguardase allí, y me senté a la orilla del agua, en un lugar donde no podía ser visto.

Una hora después vi llegar una magnífica lancha de motor que se deslizaba por entre los postes de amarre. En ella llegaba Mario solo.

No era cosa fácil de seguirle sin ser visto; sin embargo, yo había tomado la precaución de ponerme zapatos con suela de goma y vestirme un traje oscuro. Además, yo conocía el pueblo de Bellagio como mi misma casa, y sólo había una calle principal que iba a las afueras.

Media hora de camino nos llevó a un lugar solitario, rodeado de frondosos árboles, en donde se alzaba un edificio octogonal de pie-



—Y ¿qué te decía tu novio con tanta animación?
—¡Ay, mamá!... Son cosas que a tu edad no debes oír.

EL PILOTO

Dirigiendo su nao vagabunda,
al caprichoso ritmo de las olas,
lanza al viento sus tristes barcarolas
con voz doliente y emoción profunda.

O cuando la borrasca furibunda
al mar ciñe de blancas aureolas,
sueña el piloto con las playas solas
y los bosques de América fecunda.

Allá tras de las nieblas, su deseo
finge rubios Cipangos, donde oro
rueda el río entre fúlgidas arenas;

y evoca en indolente fantaseo,
el vago y dulce y legendario coro
que en la noche levantan las sirenas.

Leopoldo DIAZ

dra, sin ventanas y con sólo una fuerte y pesada puerta.

Al acercarse Donati empezó a silbar una canción popular, evidentemente una señal, pues a poco un bulto oscuro salió de entre la enramada. No podía ver su cara. Era una mujer, y en su tipo no me cupo duda de que era la encantadora Leonor. Mario la saludó cariñosa y efusivamente, y después de examinar un objeto metálico, a juzgar por el sonido que producía al manipularlo, abrieron la puerta del edificio y penetraron en su interior.

No me atreví a acercarme para ver lo que hacían en lo que yo suponía depósito de minas, por temor a que notasen mi presencia; así es que regresé al embarcadero, y una hora después entraba en el hotel.

Allí estaba Bannister muy disgustado por no haber podido seguir los pasos a Donati.

Por él que supe que la gasolinera en la que el inventor había llegado a Bellaggio estaba guardada en un tinglado a bastante distancia de la ciudad, y yo le conté lo que había hecho y el descubrimiento del depósito de minas. Quedamos convencidos de que Mario hacía algo con aquellas máquinas explosivas; pero no nos imaginábamos el qué.

IV

En la mañana del siguiente día llegó al hotel un importante personaje, que, a juzgar por los saludos y reverencias que desde el portero al administrador le prodigaban, debía ser persona de alta categoría. En efecto, era el almirante Ricci Ferroni, un hombrecillo moreno, grueso, petulante, que andaba con la cómica prosopopeya de un pavo al hacer la rueda, pero al que todos miraban con gran respeto. Su presencia llegó a impresionar al mismo Jennings.

Acompañaba al almirante una joven de tan extraordinaria belleza, que me costó trabajo creer fuese la hija del marino: Josefina Ricci-Ferroni.

El saludo cambiado entre la linda flor de Italia y el joven Donati, la significativa mirada de Josefina a Mario, me hicieron comprender que si aquella no tenía interés alguno en el invento, estaba muy interesada por el inventor.

Me acordé al instante de la siciliana. ¿Qué haría cuando viese a la encantadora hija del almirante y sorprendiese el cambio de lánguidas y apasionadas miradas entre su amante y la recién llegada?

Nos presentaron al almirante y a su hija; ignoro con qué disculpa se xeplicó nuestra presencia allí; pero el fastuoso señor, por lo menos, toleró nuestra compañía.

Por la tarde, un camión trajo un voluminoso aparato, que, por orden del almirante, fué colocado en un cuarto desocupado del hotel, y en él nos reunimos todos para escuchar las explicaciones que nos había prometido Donati.

Bannister, que prudentemente se había conservado a cierta distancia, como en segunda línea, no se encontraba presente.

Cuando todos hubimos ocupado nuestros respectivos asientos, Mario quitó una envoltura de lienzo y apareció un complicado mecanismo, compuesto en su mayoría por unos espejos cóncavos y convexos que giraban sobre sus ejes. En el centro había como una cúpula o fanal de cristal.

La conferencia fué una serie de frases técnicas, para mí incomprensibles, pero que parecían interesar grandemente al almirante.

En cuanto a Saillard, me pareció que cada vez se acentuaba más su escepticismo.

Traduje, como pude, al francés la larga explicacióu, y así Ezra Jennings, que conocía este idioma, pudo enterarse de lo que el inventor decía.

El "quid", la clave del invento, en resumen, estaba en una nota musical producida por el fanal de cristal por fricción, nota que era transmitida a distancia de varios kilómetros por un haz de rayos ultravioletas, cuyas vibraciones estaban calculadas de manera que hiciesen explotar una sustancia inestable como la melenita. Estas vibraciones y la manera de transmitirlas en un rayo invisible eran el secreto del inventor.

Durante el tiempo que duró la conferencia no dejé de observar a Josefina un solo momento, y no tardé en convencerme de que pronto sería una nueva víctima del hermoso Mario.

Nos esperaban días de emoción, estaba seguro de ello, y no hacía falta ningún rayo musical misterioso para que se produjese la explosión. Esta se verificaría tan pronto como las dos muchachas enamoradas se encontrasen.

Un bote llevó el aparto a Cadenabbi, eminencia que se alzaba a algunos kilómetros tierra adentro, adonde legó otro vehículo con una batería de acumuladores, un conversor y varios transformadores de alta tensión.

Poco después de cenar partió Mario para hacer los preparativos necesarios y nosotros le seguimos en otro bote.

Me las arreglé para que Bannister nos acompañara. El y yo habíamos convenido en no hablar sino en francés.

Hablábamos poco o nada. Donati y la encantadora Josefina se habían sentado cerca del aparato maravilloso. De repente Saillard se puso de pie y con sus potentes gemelos escudriñó el lago.

—Veo una embarcación con un farol—exclamó. En aquel momento la campana del reloj de una iglesia cercana daba las doce.

Mario se levantó, arrojó el cigarrillo que estaba fumando, se acercó al aparato y empezó a manipular. Una bombilla se iluminó con rojiza luz. El inventor tocó unos conmutadores, unió unos alambres apagó la bombilla y dijo: — Va bene, dígame cuando el batelero oscila el farol.

Aguardamos en silencio emocionados.

Saillard que seguía mirando con sus gemelos exclamó:

—Ya, ahora veo la señal.

En el momento oímos que el aparato producía un zumbido y enseguida una vibración cristalina, una nota musical clara y distinta. Tres segundos después, vimos que de la superficie del lago se elevaba una llamarada rojiza y un momento después oímos la detonación de una explosión. El almirante excitadísimo se puso de pie gritando:

—¡E fatto, e fatto! ¡La mina ha explotado. Señor Donati, es usted un genio.

Jennings y Saillard también aprobaron pero con menos entusiasmo.

—Insisto en que se hagan más pruebas. Quiero que esto se repita—dijo el yanki.

—Lo mismo digo — añadió el francés, — pero ante todo quiero examinar las minas antes de que las lleve el bote al lago. Yo he traído conmigo un tubo que contiene un explosivo. Es flotante y quiero que se haga la prueba con mi pequeña mina.

—Bennissimo — replicó Donati. —Si el caballero Ricci-Ferrati nos lo permite, mañana por la noche, colocaremos varias minas a diferentes distancia y también, pondremos el tubo de "monsieur". Yo les haré explotar a todas.

Esta afirmación desconcertó un tanto a Jennings y al francés y noté un marcado cambio en el tono de voz con que desde entonces se dirigían al inventor.

V

Todos regresamos al hotel, del que pronto salimos Bannister y yo para colocarnos en un puesto de observación desde donde podíamos ver lo que pasaba en los alrededores sin ser vistos.

Apenas había pasado media hora cuando vimos al salir a Mario por una puerta trasera del hotel y en lugar de ir al tinglado de las embarcaciones como suponíamos, se escondió a la sombra de un árbol y dió un silbido. En el momento, una de las ventanas de las habitaciones que ocupaba el almirante se abrió y Josefina se asomó.

A poco, vimos que el italiano venía hacia nosotros tarareando una canción en voz baja.

Cuando llegó a la orilla del lago, un hombre salió a su encuentro y los dos entablaron una conversación en dialecto napolitano. Donato le decía que iban a continuar las pruebas y luego oí esta frase significativa:

—Ten cuidado y prepara todo bien y dile a esa que espere que yo le hable por teléfono—y dando las buenas noches, Mario se dirigió hacia el hotel.

Nosotros hicimos lo mismo, pensando que ya habíamos ganado unas horas de descanso, y quedamos en ir a Bellaggio inmediatamente después de desayunar.

Bannister, sin muy grandes dificultades consiguió abrir la puerta del depósito de minas, y para evitar una sorpresa se quedó fuera oculto entre unos árboles mientras yo examinaba el lugar. Una señal convenida me avisaría si alguien se acercaba.

Dentro de aquella estancia octogonal, que sólo recibía la luz del día por una claraboja y en el techo, había seis bombas redondas y achatadas de acero pero sin detonadores.

LA MADRE

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin césar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla, se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo.

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la misera estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca ancha ventosa sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta. — En vez de dar el seno a su hijo, le dió, las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil, y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó hasta el fin.

Rafael BARRET

La claraboya, me sugirió una idea.

Regresamos Bannister y yo a Como y fuí a ver a Saillard para explicarle el plan que había ideado.

Si Donati le pedía la bomba especial que había traído de Francia para depositarla en el edificio octogonal con las otras minas, accedería a ello. Por otro lado, si el inventor no la reclamaba, habríamos de admitir que nuestras sospechas eran infundadas y convencernos de que no había trampa alguna.

No habíamos vuelto a ver al hombre desconocido ni a la siciliana, pero suponíamos que estaban en algún sitio de Bellaggio.

Almorzamos todos juntos con el inventor y de sobremesa el francés me deslizó un papel en la mano al alargarme un cigarrillo, en el que me decía: "Voy con Donati a Bellaggio, en cuanto escriba unas cartas".

Ya sabía yo que lo de las cartas era una disculpa para darme tiempo y pudiese llegar allí antes que Donati.

Salí, compré un gancho de hierro en una ferretería, me procuré unos metros de cuerda y sin ser vistos, pudimos embarcar en uno de los vaporcitos del lago que a poco nos dejó en Bellaggio.

Llegamos al depósito y después de unos cuantos instantes lanzando la cuerda y el gancho, conseguimos que éste se enganchase en una piedra del tejado y a los pocos momentos, Bannister y yo nos hallábamos tendidos boca abajo al lado de la claraboya.

No había pasado mucho tiempo cuando vimos venir a Saillard con Mario y un hombre de uniforme que abrió la puerta del depósito de minas.

El francés traía su bomba cilíndrica en un maletín, la colocó en el suelo junto a las otras minas y volvieron a salir cerrando la puerta tras ellos.

Acababa de anochecer cuando un ruido de pasos nos dió a entender que alguien se acercaba y a poco oímos claramente el sonido producido por la cerradura. Acababan de abrir la puerta.

Miramos atentamente por la claraboya y vimos a Mario con el hombre que le había acompañado a Como y a la joven Leonor que les alumbraba con una linterna.

Entraron los tres, cerraron la puerta y el desconocido sacó un berbiquí y durante largo tiempo estuvo trabajando en la bomba cilíndrica. El trabajo parecía penoso y varias veces tuvo que cambiar de barrena. Por último se levantó, sacó una substancia de un tubo de cristal y la metió por el agujero abierto en la mina. No sabía la substancia que allí metía, sólo sí que la cantidad era pequeña pues el agujero era diminuto. Después con un alambre muy fino acabó por introducirla dentro del cilindro.

—¡Qué expuesto es esto!—me dijo Bannister al oído—¡Si eso explotase ahora!

—Se lo iríamos a contar a las estrellas—repliqué.— ¿Pero qué demonio es lo que han metido ahí?

Terminado el trabajo, salieron, al parecer muy satisfechos de su obra, cerraron la puerta y desaparecieron. Nosotros esperamos cerca de media hora al cabo de la cual nos deslizamos por la cuerda, soltamos el gancho con unas cuantas sacudidas y abandonamos el lugar.

De no haber visto hacer el agujero, nos hubiera sido imposible descubrirlo pues era pequeñísimo, como hecho con una aguja y tan admirablemente tapado con una substancia del mismo color que el metal, que nos costó mucho trabajo localizarlo.

VI

Aquella misma noche, se repitió la comedia del día anterior.

Saillard, a quién nada habíamos dicho de nuestras investigaciones y de su resultado, examinó su bomba antes de llevarla al bote que la había de colocar en el lago con as otras minas y se dió por satisfecho. Estaba convencido de que no la habían tocado para nada.

A poco de dar las doce de la noche, Donati empezó a manipular en su aparato, abriendo y cerrando conmutadores, y después del zumbido se produjo la nota musical, clara y cristalina, que ya conocíamos. Dos segundos después las tres minas cedidas por el gobierno italiano explotaron con intervalos regulares, y, por último, una larga y amarillenta llamarada iluminó las aguas del lago, a la que siguió una fuerte detonación. Era la bombla cilíndrica del francés, que acababa de explotar.

En aquella mañana me había yo puesto en comunicación con la "Questura de Milán", y el señor Lanfranchi me prometió enviarme un detective y dos "carabinieri" con la correspondiente orden de detención de Donati.

Bannister y yo fuimos a la estación a recibirles, y dejamos a Jennings acompañando a Mario en el hotel y entreteniéndole, de acuerdo con nuestras instrucciones.

Era necesario que se mostrase muy entusiasmado con el éxito de las pruebas y decidido a comprar la patente, por la que ofrecería una suma mucho mayor que la convenida, con objeto de despertar la avaricia de Mario. Además, diría al inventor que podía recibir el dinero al momento, pero con la condición de que también hiciese explotar una mina en tierra y de que el experimento se hiciese aquella misma tarde.

En el momento en que el italiano aceptase aquella condición, Jennings había de separarse de él con la disculpa de ir a Milán y sacar dinero del Banco para entregarle la suma convenida y así dejar tiempo a Mario para que hablase libremente con el francés y el almirante, a los que también trataría de vender su "invento", sacando así dinero de tres incautos.

Al ver al detective que nos enviaba la Questura, no pudimos contener un gesto de desagrado.

Era un hombrachón enorme, de grandes bigotazos y terrible aspecto, y para que se supiese mejor quien era le acompañaban dos gendarmes que parecían coristas de una ópera cómica. Aquello no era un agente de la Policía secreta, sino un anuncio de su profesión.

—Si Mario tiene algún cómplice que mire por él, este estúpido personaje lo va a echar todo a perder —exclamó Bannister.

Afortunadamente, el policía se separó de los carabinieri en la estación y se dirigió sólo a pie a un modesto hotel donde habíamos convenido conferenciar.

Pronto le explicamos todo y nos pusimos de acuerdo.

El y Bannister habían de ir por el lago a Bellaggio y allí detener a los dos confederados mientras operaban en el depósito de minas del gobierno, pues era indudable que habrían de hacer alguna alteración en la preparación de las bombas para hacer el experimento en tierra, pues lo que había causado las explosiones en las pruebas anteriores era, a no dudarlo, el agua, al penetrar por los agujeros abiertos en ellas.

Cuando regresé al hotel, Jennings me dijo que Donati había aceptado hacer la prueba final en tierra y que había invitado al americano a que le acompañara a Bellaggio a recoger la mina.

Poco después de salir ambos, Bannister me comunicó por teléfono que la muchacha siciliana y el hombre desconocido habían sido detenidos en el momento en que marcaban con una crucesita una de las tres minas que quedaban.

Los dos estaban detenidos en el retén de policía.

En el depósito se habían hecho desaparecer todas las señales y huellas que pudieran indicar la intervención de personas extrañas y la lucha sostenida al hacer la detención. Además, me dijo mi amigo que había borrado la señal he-

LAS DISTRACCIONES

Preocupado por uno de los problemas que tenía que resolver en su laboratorio, Claudio Lixtinec volvió a su casa a pie, sin reparar en la pesada lluvia que caía.

—¡Qué mojado vienes! — le dijo Cecilia, su mujer—. ¡Estás hecho una sopa!

—¡Ah!, ¿pero... llueve?... No me había dado cuenta...

—¡Qué distraído eres!

Y al decir esto su mujer, le besó amorosamente y le despojó del abrigo, que, realmente, estaba chorreando.

Cenaron, y en cuanto tomaron el café, Claudio se levantó, como todas las noches.

—Voy a mi despacho; tengo que trabajar — dijo a su mujercita.

Desde hacía cuatro años que se habían casado, noche por noche se repetía la misma escena. Al acabar de cenar, el marido se ponía a trabajar en su despacho hasta horas bastante avanzadas de la madrugada.

Unos minutos después volvió a comparecer Claudio, llamando a la criada:

—Mis zapatillas. ¿Dónde están mis zapatillas? — preguntó.

La doncella salió presurosa para buscarlas. También lo hizo su esposa, que en el pasillo encontróse con él.

—¿Qué te sucede?

—Llevo más de un cuarto de hora buscando mis zapatillas y no las encuentro. ¡Qué fastidio!

¡Pero si las llevas puestas!

Era verdad.

—Eres cada día más distraído — le regañó su esposa —. No sé adónde vamos a parar. ¡Parece mentira: un hombre joven!...

—Soy menos distraído de lo que crees — repuso Claudio, algo molesto.

—¡Menos distraído!... Si sales a la calle, lo haces muchas veces sin la corbata; si quedamos citados para ir a alguna visita, se te olvida venir a buscarme... ¿Quieres más?...

Y siguió regañándole por sus distracciones hasta que él volvió a su despacho. Cecilia recordó entonces haber leído la historia de un hombre célebre, y a quien su mujer cogía diariamente una pequeña cantidad, con la que consiguió formar la dote de una hija. Y se dispuso a imitarla.

En efecto: todas las mañanas le sustraía del bolsillo del pantalón una pequeña suma, con la que al cabo del tiempo tenía pensado comprarle un reloj de oro, y que iba a ser para Claudio la prueba más patente de su distracción.

Pasaron los días, las semanas y los meses; la cantidad de que Cecilia había logrado apoderarse aumentaba rápidamente, y a medida que aumentaba disminuía la intención de comprarle un reloj a su esposo y se hacía cada vez más firme su deseo de tener un abrigo de pieles.

Y llegó diciembre, la época en que Claudio tenía la costumbre de hacer un obsequio en metálico a su mujer, y éste no pareció acordarse de semejante cosa.

—Será otra distracción más — se dijo Cecilia—; pero yo se lo recordaré.

Y en efecto, aquella misma noche le dijo:

—Claudio: veo que ya no soy para ti lo que era antes... ¿Te has olvidado de mi regalo anual?... Veo que ya no te preocupas de mí.

Y al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas. Claudio protestó:

—¡No tienes razón!... Te aseguro que no he olvidado el obsequio. Desde el famoso día de las zapatillas hice decisión, para no molestarte, de no ser ya un hombre distraído. Por consiguiente, he ido sumando cuidadosamente el dinero que me has cogido del pantalón... Debes tener unos dos mil francos... ¿no?

—¡Antes eras un distraído, pero ahora eres un hipócrita!— chilló ella.

Y llorando a lágrima viva, fué a encerrarse en su gabinete.

Federico BOUTET

cha en una de las bombas y había puesto una crucesita igual en una de las otras.

Como esperábamos, al hacer la prueba, ni la nota musical ni el rayo prodigioso surtieron efecto alguno; la explosión no se produjo.

Donati manipulaba en balde su aparato durante largo tiempo; hizo que fundiese un plomo, y dijo al americano que uno de los espejos se había descentralizado y era necesario arreglarlo.

Jennings y Donati regresaron al hotel de noche, ya tarde, discutiendo nerviosamente.

El inventor insistía en que la culpa era de los espejos y que las baterías no funcionaban bien.

A la mañana siguiente se procuraría otras; lo arreglaría todo y probaría que su invento daba tan buenos resultados en tierra como en agua.

Para ello era preciso que fuese a Cadenabbia, examinar bien su aparato y convencerse de que no había ningún otro desperfecto en la máquina.

Durante la ausencia de Jennings y Donati invitamos al francés y al almirante a que pasasen a mi habitación, y allí les conté todo lo que había hecho y descubierto. El almirante se resistía a creerme, y por fin nos confesó que él también había adelantado a Donati una suma importante y que el tal le había dicho que nosotros no teníamos nada que ver con la venta de la patente, sino que estábamos allí como meros testigos científicos interesados en el invento. Cuando más tarde Jennings se reunió con nosotros, el francés, el americano y el almirante, los tres mostraron los recibos del dinero entregado al mixtificador.

Les rogué que me acompañasen a Bellaggio para que viesen algo curioso.

Llegados aquí, coloqué una de las minas en un bote y ordené al batelero que la echase al agua, como había hecho con las otras. Diez minutos después la bomba explotaba.

El almirante se desesperaba de rabia. Al momento dió órdenes para que se detuviese a Donati inmediatamente.

VII

Nos dirigimos al retén de policía, y el almirante dió orden para que los prisioneros fuesen trasladados a Como.

Cuando llegamos nos dijeron que el agente de policía y los dos gendarmes andaban por el bosque buscando al aparato generador del rayo prodigioso.

A media mañana nos informaron de que la gasolinera propiedad de Donati había desaparecido.

Al momento empezaron a funcionar los teléfonos dando órdenes a todos los lugares del lago y sus alrededores para que se detuviese al impostor.

Era probable que Mario, al oir la explosión de nuestra mina, comprendiese que su juego había sido descubierto y había huído por agua internándose en Suiza.

Estábamos en el comedor del hotel desayunándonos cuando el almirante, todo descompuesto entró precipitadamente agitando un papel en la mano.

El pobre hombre, rojo de cólera, con los ojos fuera de las órbitas, se acercó a nuestra mesa gritando:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ha sido la que ha dado el soplo a ese "truffatore", a ese ladrón. Yo le había contado lo ocurrido antes de ir a Bellaggio, y ahora..., ¡ahora ha huído con él..., con él mi Josefina! — y el infeliz cayó desplomado en una butaca sollozando convulsivamente.

Cogí el papel que me alargaba y leí lo siguiente:

"Querido papá: Amo a Mario y me voy con él. No le persigas con tu venganza, pues me harás muy desgraciada. En el momento en que lo detengan me suicidaré. Vamos a emprender una nueva vida. Nos casaremos en seguida."

No quise leer más; aquello bastaba.

En el aquel momento el policía inglés penetró en el comedor. Venía sucio, deteriorado, desgreñado, con el bigote lleno de polvo y briznas de hierba seca. Tras él entraron los gendarmes provistos de esposas. Habían pasado toda la noche recorriendo el bosque.

Aquella escena tenía bastante de ridículo. Bannister y yo no pudimos contener una carcajada, por lo que pedimos perdón al atribulado padre. No sé lo que hablaron con el almirante; pero éste, con gesto de disgusto, les volvió la espalda haciéndoles señas de que se retirasen. Los tres funcionarios así lo hicieron cabizbajos y macilentos.

Con gran sorpresa mía, Jennings lo tomó por lo alegre, y no hacía sino comentar el caso burlonamente y reir con frecuencia.

Unas horas después trajeron a nuestra presencia a la joven siciliana, a la que preguntamos de qué medios se servía Mario para hacer explotar las bombas. La muchacha se negó a dar explicaciones. Mientras tratábamos en balde de hacerla hablar, entraron con un telegrama para el almirante Ricci-Ferroni, que éste se apresuró a abrir, y dijo en voz alta:

—Es de mi hijita, que con ese infame de Donati se encuentran ya camino de América. Me dice que se casarán hoy mismo en el trasatlántico que los lleva.

Entonces, como una furia, Leonor arrancó el telegrama al infortunado padre, lo leyó,y su rabia se desató terriblemente.

Gracias a ella supimos lo que deseábamos.

Donati abría un agujero en las bombas y por él introducía sodio. Cerraba el agujero con una sustancia que se deshacía poco a poco al contacto del agua, y en cuanto ésta entraba incendiaba el sodio y la explosión se producía. El aparato con los espejos no sería más que para el engaño, lo que, si no le había servido para vender su invento, le había procurado más de cien mil pesos de adelantos.

Aquella misma noche llegó otro telegrama diciendo que el casamiento se había ya verificado y que la señorita Ricci-Ferroni era ya la señora de Mario Donati.

Jennings se sonrió; dijo:

—En cuanto ponga un pie en Nueva York, la policía de allí, a la que ya he avisado por cable, le echará mano y le pondrá a la sombra, en un sitio donde no podrá engañar a más tontos durante unos cuantos años.

El almirante saltó de su asiento, exclamando:

—¡No, por Dios, no, caballero; no haga usted eso! Yo le daré a usted el dinero que le ha estafado ese infame, que, al fin y al cabo, es ahora mi hijo político.

Durante unos segundos el norteamericano permaneció en silencio, al cabo de los cuales exclamó:

—Bueno, sea como usted quiera; pero arrégleselas de manera que el señor Saillard y yo recuperemos nuestro dinero, y en paz; pero, en ese caso, también nosotros exigimos que deje usted en libertad a Leonor Fiori. Pobre muchacha me dá lástima, y además me gusta mucho. ¡Eh! ¡Camarero! Una botella de champaña para beberla a la salud de los novios. Es afortunado ese demonio de Mario. De todos modos, no le perderé de vista mientras esté en los Estados Unidos, pues no quiero que haga desgraciada a la hija del almirante.

¡Señores, a la salud de los novios!

REMEMBER

Salí de paseo, nostálgico y mudo,
la noche era tibia, fragante y nupcial,
y al ver a la luna le envié mi saludo,
pues sólo la luna conoce mi mal.

Sintiéndome triste, con esa amargura
que es zumo borroso y acre del dolor,
marché, taumaturgo de la noche pura,
bordando floridas quimeras de amor.

Guiaban mis pasos por mágicas huellas
las últimas luces del cielo gentil;
movíanse solas o en haz las estrellas,
el aire era claro, la brisa sutil.

Vagué largas horas, sin rumbo y sin tino,
eterno romero de amor e ilusión,
y así, sin pensarlo, llegué a aquel divino
palacio que fuera tu regia mansión.

Miré a la ventana de alféizar saliente,
la tuya, la tuya, princesa sin par,
¿recuerdas ahora la cuita doliente
de aquel mi romance, de aquel mi cantar?

Estaba aún el tiesto con flores marchitas
que oyó mi plegaria, que oyó mi rondel,
el marco era el mismo vernal de las citas,
el mismo poema y el mismo dosel.

Más no, que no estaba tu rostro sedeño,
tus ojos azules de vago temblor,
ni en flébil arrullo la voz de tu dueño
cantábate dulces canciones de amor.

La luz de los astros ¡cuán pálida ahora!
su pena de siglos traduje y sentí.
¡Dolor incesante que el alma devora!
¡Rescoldo del fuego que encendiste en mí!

Faltaban los héroes que en suave alboroto,
con goces discretos el cuadro animó,
la miel de tus labios vertida en un voto
y el ávido cauce que la recogió.

Allí, recordando la dicha perdida,
lloré sin consuelo, como un colegial,
en torno, ¡oh, contraste! llamaba a la vida
la noche amorosa, fragante y nupcial.

Angel Rogelio DURO.

Los rayos ultravioleta y su importancia

En los paises norteños y en las grandes ciudades se ha notado que la mortandad en invierno y a principios de primavera es mucho mayor que en el verano, y de los estudios llevados a cabo para explicarse este fenómeno, resulta que la causa está en los rayos ultravioleta.

Experimentos hechos en Chicago y otras grandes ciudades de norteamérica prueban que desde noviembre a abril los habitantes de esos grandes centros se ven privados de aquellos necesarios y vitales rayos salutíferos.

Hace mucho tiempo que los médicos venían notando el aplanamiento, la laxitud, el cansancio de la gente a fines del invierno y el gran consumo que a principios de primavera se hacía de tónicos y reconstituyentes.

Hasta estos últimos años no se ha conocido la influencia que los rayos ultravioleta tenían sobre la salud de la humanidad. La Naturaleza hizo al hombre y a los demás animales para que comiesen los productos vegetales y animales que da la tierra, bebiesen el agua de sus fuentes y corrientes y recibiesen la bienhechora acción de los rayos solares, pero recientemente se ha sabido que la luz del sol es necesaria para el perfecto funcionamiento de la máquina humana. Esto se ha demostrado palpablemente, y de ella ha nacido la helioterapia, la cura por el sol, que hace prodigios combatiendo el raquitismo en los niños y hasta en la tuberculosis incipiente, y maravillosas curas, que ni la cirugía ni la medicina han podido lograr.

Es, pues, natural que los individuos que durante cinco meses se han visto privados de los rayos del sol se encuentren con falta de salud y energías.

Durante el verano, los rayos solares bañan con abundancia a la humanidad; en otoño, ya no son tan abundantes, van poco a poco disminuyendo, y por último, en invierno, apenas si son perceptibles.

La luz del sol no solamente contiene rayos luminosos: los siete colores que vemos en el Espectro, sino otros colores invisibles, uno de los cuales es el ultravioleta, cuya existencia no se conocía hasta hace poco tiempo. Estos y otros rayos que el sol emite constantemente hacen habitable nuestro planeta al procurarle luz, mas los rayos ultravioleta, que no vemos y que son los que causan las quemaduras en la piel en el verano.

Afortunadamente, la tierra está envuelta en una atmósfera que no es completamente transparente a los rayos ultravioleta. De no ser así, estos rayos llegarían a nosotros en su totalidad y su efecto sería perjudicial en lugar de bienhechor. La atmósfera, al absorber y rechazar parte de estos rayos, nos hace un gran favor.

Los que pasan largo tiempo en las elevadas montañas y los aviadores, que se remontan a grandes alturas, saben que los rayos solares causan más quemaduras que en los valles, y es porque, siendo la atmósfera menos densa, los rayos ultravioletas pasan con mayor abundancia y efectividad.

Es, pues, la atmósfera una especie de válvula, o un cedazo, que sólo deja llegar al cuerpo humano la cantidad necesaria, la proporción que puede soportar.

Desgraciadamente, desde que el hombre ha empezado a ensuciar la atmósfera con polvo y humo, la gran válvula se ha estropeado, funciona mal y no deja pasar toda la cantidad necesaria de rayos ultravioleta.

Cuidadosas medidas llevadas a cabo por los ingleses han demostrado que en un día de niebla en Londres, hay flotando en la atmósfera 7.000 toneladas de carbón en polvo, lo que forma una especie de manta que no deja pasar un sólo rayo ultravioleta, ni aún en los meses de verano.

Los diferentes colores del arco iris contenidos en la luz del sol, difieren unos de los otros en la longitud de las ondas. En lugar de medir estas longitudes por metros o centímetros, la ciencia emplea una unidad llamada "Angstrom" por el nombre del sabio sueco que se ocupó de estas medidas.

Estas unidades son tan pequeñas que ni con el microscopio se alcanza a ver la extensión de cien de ellas.

El color rojo emite ondas de 7.000 angstroms y las más cortas de los colores visibles: el violeta miden 3.500 angstroms de largo. Los curativos rayos ultravioleta invisibles, son aún de ondas más cortas: 3.000 angstroms y de ahí van bajando hasta los 2.700.

Al principio, cuando se descubrió la gran importancia de los rayos ultravioleta en la salud del cuerpo humano, se creyó que existía a suficiente cantidad de toda clase de rayos solares en los diferentes lugares del globo y en todas las estaciones, pero posteriormente se ha sabido que no es así.

Durante el invierno de 1926 a 1927 varios individuos del departamento de Física de la Universidad de Chicago, llevaron a cabo interesantes experimentos para determinar la cantidad de radiación ultravioleta y se vió que en los meses de invierno esta radiación era casi nula.

Otra afirmación es la de que los rayos ultravioleta se absorben casi por completo por el humo contenido en la atmósfera de las grandes ciudades.

Los experimentos llevados a cabo en el Observatorio del monte Wilsoe en Pasadenas, California, se ha comprobado que si bien en invierno, los rayos ultravioleta son menos abundantes que en verano, en todas las épocas del año aun en las más desfavorables, llegan a nosotros en la proporción suficiente y necesaria.



TEMAS

LA FUENTE

En su surgir constante
el chorro de la fuente
va diciendo las cosas
como el alma las siente.

HOMBRE QUE SOLLOZAS...

Hombre que sollozas: La estrella que ve
todo lo que sufres, se enciende de fe...

INTERMEDIO LIRICO

Página sin palabras
y sin versos...
Hondura de la pausa:
Pensamiento.

Carlos María PODESTA

EL OPTIMISMO

Seamos optimistas. La gente, en su mayor parte, es de hecho optimista, por su modo de conducirse en la vida; de buscar constantemente ocasiones y motivos de placer, de satisfacción; de conservar en su espíritu la complacencia por los momentos de alegría y dejar pronto en el olvido las horas de dolor y las causas de tristeza.

No es necesario ser filósofo ni saber aplicarse el análisis de estos sentimientos, para practicar la moderación. Muchos, en verdad, son optimistas sin saberlo.

Los otros, los que saben que no son optimistas o temen no serlo más, deben forzarse por conseguirlo. Se aprende a leer, cantar, bailar, no siempre perfectamente a pensar, y raramente a vivir, a vivir bien. Parece, no obstante, que éste debiera ser el primer conocimiento del hombre. Conocer su vida y saber encauzarla y apreciarla, mejorarla, y conservarla. No es ésta una ciencia de escasa importancia. Pero el conócete de los antiguos no es un precepto al que no se presta mucha más atención ahora que en otros tiempos.

Sin embargo, si vivir es bueno, vivir bien es mejor.

Y el optimismo es el maestro de esta ciencia. En el viaje de la vida, tomadlo como guía, como palanca de la energía, camarada de la voluntad, estímulo del trabajo, base de la sangre fría, del valor, de la audacia; estribo de la confianza en sí mismo, amigo de la jovialidad y hermano de la moderación; prenda y favorito del éxito, sostén de la saña ambición, creador de belleza, aliento del ideal, terror de las enfermedades; el optimismo es, a la vez que bálsamo del sufrimiento y el mejor tónico y reconstituyente moral, freno del dolor; en fin, el mejor factor de la dignidad humana.

Marcelo BENOIT

Cosas raras de Persia

Aparte del desierto de la Persia Central y de las orillas del Golfo Pérsico, aquel país es una tierra de fértiles valles, grandes montañas y cristalinos ríos.

El clima es bueno, no abruma el calor en verano y en invierno, la nieve cubre las montañas sin que el frío sea exagerado.

La población es blanca, abundando la nariz aguileña y el tipo moreno, sin que falten rubios que se creería ser originarios de Escandinavia.

De los diez millones de habitantes con que cuenta Persia, tres cuartas partes son agricultores. Viven agrupados en pueblos de población variable, desde trescientos hasta tres mil habitantes, en casuchas hechas de adobes, con techo ligeramente inclinado para que corran las aguas.

Como la madera es escasa y cara, solo los ricos la emplean como combustible. La inmensa mayoría de los persas emplean para la calefacción y para la cocina estiércol de vaca, caballo y cabra que recogen durante el verano y las mujeres amasan con agua y barro en panes que almacenan para las necesidades del invierno.

Casi todos los campesinos poseen rebaños de cabras y ovejas cuya leche emplean en la fabricación de quesos, guardando el suero para beberlo.

La carne es un lujo y solo se come en las grandes solemnidades.

Aparte de contadas excepciones, la mujer persa va siempre con el rostro cubierto por un velo; las campesinas llevan trajes de brillantes colores; las de las ciudades visten siempre de negro, y tanto unas como otras, llevan anchos calzones, amplia blusa y larga pieza de tela a manera de manto, con la que se cubren el rostro en presencia de los hombres. Estos llevan también anchos pantalones de fabricación casera que les llegan a los tobillos y un largo levitón. Un turbante o un gorro que parece una pecera, y unas abarcas completan su indumento.

El jornal del obrero campesino es escasamente suficiente para atender a su mísera sustentación.

Las épocas de hambre puede decirse que son periódicas y el campesino se ayuda con el grano que le dan y los veinte o cuarenta pesos oro en metálico por año, con lo cual tiene lo estrictamente necesario para no morir de inanición. Además, como ayuda para sobrevivir a estas penurias, todo campesino tiene una vaca, unas cabras o unas gallinas.

Los asesinatos no son raros y tan frecuente como ellos, que el que asesinó quede en libertad si entrega cierta cantidad de dinero a los herederos de la víctima.

El matrimonio, como en la mayoría de países musulmanes, es un servilismo para la mujer. El hombre puede tener cuatro mujeres y cuantas concubinas pueda sostener.

Hay dos clases de matrimonios: el "siger" o casamiento temporal y el casamiento propiamente dicho. El primero consiste en un contrato en el que se estipula la cantidad que hay que pagar al disolverse el matrimonio, lo que se hace sin más ceremonias que la de enviar la mujer a su casa.

El divorcio en el matrimonio formal es más difícil, pues no basta con enviar la mujer a su casa, sino que hay que echarla de casa diciéndoselo tres veces delante de un testigo.

Tanto en unos como en otros matrimonios los hijos no llevan estigma alguno. El hijo mayor de un individuo hereda el nombre y los bienes de su padre lo mismo si ha nacido en legítimo matrimonio que de una concubina de días. La madre se va a su casa o a donde pueda y los hijos quedan con su padre.

En general, los persas, sobre todo los que ocupan una buena posición social, compadecen a los europeos.

Lo general cuando hacen amistad con uno y adquieren confianza, es preguntarles cuantas veces se han casado y cuantas mujeres han tenido. Al enterarse de que sólo se ha casado uno una sola vez y que sigue viviendo con la que aceptó como esposa, hace cinco, diez o quince años, se quedan asombrados.

Hazte mahometano, suelen decir, y aunque solo tengas tres mujeres como yo y cinco concubinas, verás como la vida vale más que la que lleváis con vuestras pobres costumbres.

Cuando un europeo visita aquellos lugares con su esposa, la admiración es grande, pues la inmensa mayoría de los habitantes, tanto hombres como mujeres, no están acostumbrados a ver una mujer con la cara descubierta.

Lo general, es que se formen corros alrededor de la europea y la dificulten el paso; es un animal raro al que quieren contemplar de cerca. La miran, la palpan, tocan todo lo que lleva y hasta la levantan las faldas para ver si es tan blanca como ellas, pues las más curiosas siempre son las mujeres.

No respetan en absoluto a la mujer y no comprenden que el marido, padre o hermano, salga en su defensa y la haga respetar. La mujer no merece respeto y es dificilísimo hacerlas comprender que es una mujer "sahil". Hombres, "sahil" o amos, están acostumbrados a verlos, pero una mujer con la categoría de amo o señor, no lo pueden concebir.

Al pasar por las calles un europeo, sobre todo si tiene algún cargo oficial, todos los hombres se levantan, se inclinan haciendo zalemas, rindiendo homenaje y dando muestras de obediencia y respeto, pero no se mueven al pasar una dama, siguen tumbados fumando, riendo y bromeando y hasta burlándose de ella.

Con frecuencia los europeos se han visto obligados a apelar a la fuerza para hacer respetar a sus mujeres e hijas, y si lo han conseguido ha sido por el terror, pero sin comprender el que un hombre se tome la molestia de enfadarse para hacer respetar a un ser que en su concepto jamás mereció respeto.

He aquí una muestra de lo que es el matrimonio en el país del Cha.

El criado de un oficial inglés, Yadulah, tenía una linda mujer. Mientras el funcionario británico estaba en su despacho ocupado en asuntos diplomáticos con varios personajes, la hermosa mujer de Yadulah entró precipitadamente en la estancia dando gritos y presa de un ataque de histerismo y mostró ante la autoridad su mano ensangrentada.

Según explicó, una negra había entrado en su casa y le había robado una brazada de leña. La joven esposa de Yadulah, le hizo frente para quitárselo; se entabló la lucha, y la negra mordió la mano de la muchacha.

Los allí presentes se conformaron con compadecerla y avisar al marido de la joven para que se las arreglara con la negra y no les molestasen en sus trabajos.

Un par de días después el funcionario británico preguntó a Yadulah si había castigado a la negra.

La contestación del joven fué: Ya la castigaré, me voy a casar con ella.

¿Qué locura pretendes hacer? ¡Vaya una manera de castigarla!

—Sí, sahil; el europeo no comprende nuestras costumbres.

—Pues explica eso.

—Mire, sahil; si yo apaleo a esa mujer, sin ser mi esposa, el Mullah, puede castigarme; no tengo derecho a ello; pero esa negra, tiene muchos trajes y bastante dinero. Mañana por la mañana me caso con ella; me llevo a casa todo lo que tiene, y a ella también, la doy una paliza, y la echo de casa. Definitivo.

Cuando llegan allí los funcionarios ingleses, todos son ofrecimientos. Todo allí es corrupción, y les choca que los europeos no se presten al soborno y a la prevaricación.

Cuenta un joven funcionario, que un día, al siguiente de llegar y tomar posesión de su cargo, llegó a su casa un Nahih, con el solo objeto, según él decía, de presentarle sus respetos, y al mismo tiempo para que interviniera en un feo asunto, sobre la propiedad de un bosque, que le disputaba un vecino. En el asunto, la razón estaba de parte del ausente.

El Nahih saludó, se fué, y como si lo olvidase dejó sobre la mesa del funcionario británico una bolsa de cuero que contenía cincuenta libras de oro turcas.

El oficial creyendo que era un olvido, envió corriendo tras el Nahih a un intérprete para que le devolviera el saco, pero el truchimán regresó con el dinero diciéndole que el Nahih había dejado aquella suma como regalo y para que fallase en su favor en el asunto del bosque.

El funcionario inglés falló, precisamente lo contrario de lo que se le pedía y todo el mundo se manifestó contra él. Tanta guerra le hicieron, tanta molestia le causaron, tal adversión le mostraron que le hicieron la vida imposible, y el inglés tuvo que presentar la dimisión de su cargo.

De seguir allí, en lugar de sanear las costumbres, hubiese tenido que corromperse como todo el mundo. Lo contrario no lo podían comprender aquella gente.

SOLEDAD

El campo sin rumores, la fronda sin trinos, los árboles sin hojas... El silencio, rey del Ensueño, al decir de Carlyle, impera soberano sobre esta desolación. Las raíces nudosas que se extienden a flor de tierra, emergiendo como dedos yertos, el cielo nublado, que evoca en nuestra imaginación la melancolía de los países sin sol, el aire sutil que nos hiere con sus invisibles agujas, nos entristecen, envolviendo el espíritu en grises veladuras.

Tristeza, soledad silencio. Quien pudiera invocar a la diosa primavera, para que en un instante, al conjuro de su varita mágica, el yermo floreciera milagrosamente, el buen sol prodigara por doquier su pincelada de oro y los pájaros entonaran su himno en la fronda reverdecida.

Así, quien pudiera poblar de arrullos, de ensueños milagrosos y de nobles aspiraciones, las almas desoladas, como este paisaje yermo.

Las almas solitarias, abandonadas, como rosas sin perfume, como frondas sin trinos, como nidos sin ave.

Isabel CREUS

Geografía e historia del dinero

Por F. de Casas Gancedo

Hoy en las Bolsas, Lonjas y Bancos de Europa, como en el bazar de Bagdad y los zocos de Marruecos, como cuando Judas vendió a Cristo y Marcopolo vió a los chinos haciendo billetes de Banco con hojas de morera, el hombre sueña con dinero y habla de él con preferencia a todos los tópicos.

El dinero nació cuando la civilización empezó a dar sus primeros pasos. Piedras, semillas anzuelos, conchas, muchachas esclavas, todo servía como medio de cambio. Los antiguos indios de América emplearon el tabaco y los granos de café.

El estudio del dinero es interesantísimo, pues en él va comprendido el arte, la heráldica, la mitología, la economía, la política y la historia. Al aparecer nuevos reinos aparecían nuevas monedas, y al caer las dinastías, sus monedas desaparecían. Nada trastorna a una nación tanto como la depreciación de su moneda. El pulso de la nación se toma por el cambio de su dinero y su aceptación en el mercado mundial. La busca del oro y de la plata fueron en gran parte lo que motivó las exploraciones del Nuevo Mundo, de Australia y del Africa del Sur.

La moneda en discos metálicos nació en Lidia, al Este del Mediterráneo, hace 2.600 años.

Las bonitas monedas de concha de las islas del Pacífico han sido durante muchos siglos las rivales de las monedas de metal. Hoy ya sólo se usan en comunidades aisladas, como en el archipiélago de Salomón. Estas monedas han sido manejadas en otras épocas más que los discos metálicos en todas sus variedades. Estas monedas, llamadas "cauris", son la concha de un pequeño molusco que vive en las aguas bajas del Océano Indico. Son de color blanco o amarillento muy limpias y brilantes y de dos a tres centímetros de diámetro. Probablemente fueron las primeras monedas de uso más generalizado en el mundo. Hace una generación se empleaban aún en el Africa occidental, en la India y en las islas del mar del Sur, donde aún están en curso. Las monedas chinas agujereadas aún se usan en muchas regiones de Asia; algunas de ellas datan del año 1115 antes de Jesucristo.

El "tao" de China fué una de las primeras monedas de metal que se conocieron. La palabra significa cuchilla, y se dió ese nombre a las monedas de forma de hoja de cuchillo que había en la antigua China. A las primitivas monedas del extremo Oriente se les asigna una edad de más de 2.000 años.

La necesidad de llevar dinero de una a otra parte hizo que naciesen las monedas agujereadas para ensartarlas en una cuerda.

Los clavos eran en una época tan raros, que en Escocia y en Inglaterra se utilizaron como moneda, y durante los postguerra también se emplearon en Alemania como moneda de vellón.

En muchos sitios de Etiopía sirven de moneda la sal y barritas de cristal. La primera la llevan en terrones, y es costumbre al encontrar un amigo presentarle la sal para que pase la lengua por ella. De esa manera el dinero se va usando, sin gastarlo. En la isla de Jap, una de las Carolinas, se emplea una de las más raras monedas conocidas. Son de piedra, y cada pieza mide cerca de cuatro metros de diámetro y pesan cientos de kilos. Lo notable de esta moneda es que la piedra con que se hacen procede de canteras de otra isla distante de la de Jap cientos de kilómetros.

Hoy día, el tipo de la moneda moderna es el de metal conocido ya en todas las regiones del globo

Hace 3.000 años, en los tiempos de Homero, no se conocía la moneda. No se compraba nada; todo se cambiaba. No había una medida de valor establecida. Para ello era necesario encontrar algo que representase el dinero y que fuese deseado y necesitado por todos. El buey fué lo que más se acercó a este tipo, y así lo fué en el año 1.000 antes de Jesucristo, en Grecia Egipto y Palestina. Como pueblos pastores, la riqueza eran los rebaños, y la unidad para medirla fué el buey. Con diez bueyes se compraba una armadura completa.

La palabra moderna pecuniario viene de "pecus", ganado. Los carneros eran moneda menor; diez de ellos equivalían a un buey.

Después se encontró la manera de extraer metal de la tierra en la isla de Chipre, en latín Cyprus, nombre que los romanos adulteraron en "cupro", cobre. Las vasijas de este metal sirvieron de moneda durante algún tiempo, y luego se utilizó solamente el metal con que se fabrican en forma de láminas, a las que llamaron "óbolo".

Más tarde se adaptó en Italia una unidad de cobre como medida del dinero, unidad que se llamó "as", que tenía el valor de 12 "unciaes".

Las monedas de cobre se generalizaron, pero su transporte era molesto y su peso grande. Entonces aparecieron las monedas de plata, metal que España empezaba a producir, y dos siglos antes de César era ya el metal preferido para la fabricación de moneda, predominando durante 2.000 años. En la Edad Media, Carlomagno decretó que la libra de plata fuese la unidad monetaria. Por eso en Francia la palabra "argent" significa dinero y plata.

Después del descubrimiento de América, el dinero español procedente de los metales extraídos de las minas de Méjico y Perú gobernó el mundo; sus pesos, doblas y doblones se codiciaban en todas partes, invadiendo toda la América hasta las colonias inglesas del Norte del Nuevo Mundo, hasta llegar a hacerse el peso la unidad monetaria de lo que hoy es Canadá y Estados Unidos, hasta que en 1794 apareció en Norteamérica el "dóllar", tomado de nuestro peso o pieza de a ocho.

Otra gran evolución monetaria ha sido el dominio del oro sobre la plata.

La plata reinó desde 2000 años antes de César hasta la segunda mitad del siglo XIX, aunque siempre el oro se consideró como el metal más ambicionado y el emblema de la riqueza; pero el oro en los mercados era la excepción. La plata había sido la representante del dinero, y conservó su puesto tanto tiempo porque era más manejable que el cobre; pero cuando las transacciones comerciales se hicieron mayores, la plata, con su relativo poco valor, no bastaba. Las grandes sumas de dinero se hacían difíciles de manejar y transportar.

Entonces se presentó el oro como sustituto.

En 1844 se descubrió que había de este precioso metal en California, y tres años después se encontraba en Australia, y en 1885 se descubrieron las minas del Africa del Sur.

Otro gran acontecimiento en la historia del oro fué el desarrollo de los procedimientos químicos para sacar el metal del mineral aurífero.

En 1890 se introdujo este procedimiento en las minas del Band, en el Sur de Africa, y se pudo trabajar el metal, que antes no se podía utilizar.

La producción del oro aumentó considerablemente.

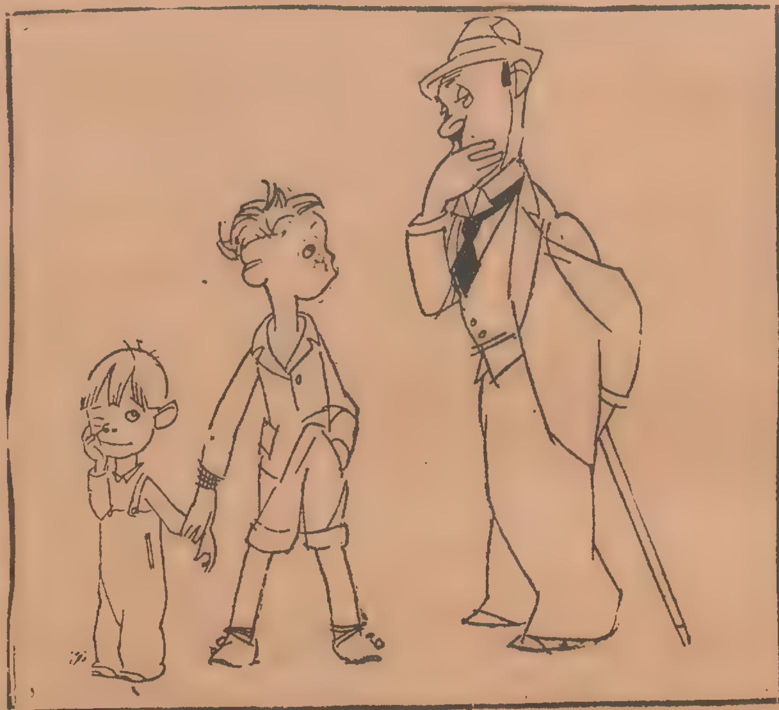
Desde 1801 a 1810 la producción mundial de oro fué de 118.152.000 duros. En 1910, es decir en un solo año, la producción fué de duros 454.703.900, casi cuatro veces más que lo producido en nueve años a principios del siglo pasado.

Los Gobiernos compran todo el oro que se les presenta y lo pagan en papel moneda. El oro que adquieren las naciones y lo guardan en las cuevas de sus Bancos les cuesta muy poco dinero. Un millón de duros en oro se paga con cinco millones de pesetas en papel; pero, en realidad, el Gobierno no es el dueño de aquel precioso metal. La persona que tenga un documento que le autorice cobrarlo es su dueño. Ese documento es el papel moneda o billete de Banco, que puede cambiarse en oro cuando el portador lo desee. Claro es que se trata de los países que tienen el patrón oro.

En concepto del crédito, los objetos que sirven para el cambio, sean conchas, cuentas de vidrio, piedras, bueyes, pesetas, onzas o billetes de Banco, todos son buenos, todos son moneda. El símbolo del dinero será el objeto que tenga aceptación general, que satisfaga a todos, que todos deseen. El valor de lo que llamamos dinero se mide con el metro del crédito.

Los campesinos rusos, en 1921, vieron, cuando la depredación del rubro, que cambiaban algo que tenía un valor intrínseco, su trigo, que se podía comer, por unos papeles que no servían para nada. En consecuencia, se negó a dar trigo por rublos, y prefirió convertir el grano en vodka, que era trigo concentrado, fácil de conservar, gustado de todos, que tenía un mercado de un radio ilimitado.

Los judíos, al sufrir las persecuciones de la Edad Media, inventaron las letras de cambio para el envío y cambio de dinero invisiblemente. Hoy las transacciones comerciales se hacen en pocos segundos, gracias al telégrafo, a distancias enormes. Hoy, los discos metálicos no representan sino una parte fraccionaria del dinero. Los cheques, las letras de cambio, los billetes, desempeñan las mismas funciones que la moneda contante y sonante. El Indostán es uno de los países más pobres, con muy poca circulación de plata, y, sin embargo, el oro guardado pasa de dos mil millones y medio de duros, más de la mitad de lo que poseen los Estados Unidos; en la Lidia el oro se amontona y guarda; no produce nada.



—¿No sabe hablar tu hermanito?
—¡Cómo no! Ya sabe decir "gracias"; pero hay que darle primero una moneda.

Continuación de "Tres horas"

—¿Y dónde ha pasado usted su vida?

—Aquí y allá. Por fin arribé a París. Allí recibí entonces la carta de mi ex marido.

—¿Le escribió a usted?

—Sí. Como contestación a mi petición anual que le hacía. Le rogaba yo siempre cada año un poco antes de mi cumpleaños, que me dejara ver a mi hijita querida. Ahora él ha escrito por primera vez, de repente y sin ninguna preparación, y a las nueve debo verla. Con mis últimos centavos pagué mi pasaje. Mendigaba yo en las calles para aparecer siquiera bien vestida ante los ojos de mi niña.

—Alcanzó usted lo que se proponía — dijo todavía en son de burla el australiano — pues verdaderamente va usted muy bien arreglada.

Ella no oyó la burla.

—Le agradezco su generosidad. En toda mi vida no olvidaré que me concedió usted estas tres horas de tiempo.

El se decía: por lo menos es una artista formidable. Por mi parte que lleve a cabo su comedia. Pero en su interior se movía un sentimiento de vergüenza. Lo rechazó con fuerza, tildándolo de imbécil sentimentalidad. Ella había robado y tenía que ser castigada.

El auto se detuvo. Bajaron y se encontraron en un edificio que más bien parecía un palacio que una mansión. El australiano, sin pensarlo mucho, apretó el timbre. Un joven sirviente de librea abrió la puerta. Ella titubeó un instante y después dijo su nombre: era el mismo que estaba grabado en la placa de bronce sobre la puerta.

Uua vez que habían penetrado en el vasto salón al que los condujeron, se abrió de pronto una puerta lateral, y salió un hombre con la cabeza cubierta completamente de canas. El australiano, que estaba acostumbrado a juzgar a los hombres por la primera impresión que le causaban, se dijo: un hombre rencoroso y vengativo. La señora avanzó un paso. Estaba transformada. Cada paso, cada movimiento revelaba que era toda una persona de alta sociedad.

—Querido Max — empezó — después de tantos y tan largos años...

El hombre de la cabeza cana se rió ferozmente.

—Pero qué bien te encuentras querida mía. Y a mí que me habían contado... —Con una risa artificial interrumpió el curso de sus ideas.— Pero a mí también me va perfectamente, como ves.

—El tiempo corre ¿no quieres, por fin?...

—Veo que no vienes sola.

—Me permites que te presente al señor... murmuró unas cuantas palabras incomprensibles y después dijo con voz impregnada de angustia: ¿A dónde está? ¡Déjame que la vea!

El viejo se dirigió hacia otro salón seguido de sus visitantes.

—¿Sabe que vine? ¿Le han hablado de mí? — preguntó ella sobresaltada.

—¡No sabe nada! Te puedes convencer ahora mismo.

Cuando abrió la puerta un grito horroroso resonó por toda la casa, rompiendo el austero silencio que la embargaba.

Sobre la cama estaba tendida una jovencita y todavía en la muerte se advertía su belleza arrebatadora y admirable. Como a través de una niebla llegaron a los oídos del australiano las palabras sin entonación del hombre de la cabeza cana:

—Sucedió la desgracia hace tres días, casi en el momento que recibía tu anual petición. En estas circunstancias ya no podías hacerme ningún daño y por eso te escribí mandándote llamar.

El australiano pasó como un torbellino a su lado y penetró en el cuarto mortuorio, y tomando del brazo a la infeliz mujer la llevó fuera de la casa. Sólo cuando ya estuvieron en la calle, soltó el brazo que había tenido apretado con mano de acero.

—Las tres horas han pasado, murmuró él.

Ella lo miró con ojos que revelaban que no comprendía nada de lo que en ese momento estaba pasando. Su mente estaba en otra parte... El la llevó suavemente al interior del coche, gritando al chofer:

—¡Vamos... adonde a usted le dé la gana!

Se inclinó sobre la desdichada y tomando su rígida y helada cara entre sus manos callosas de trabajador le dijo.

—Es suficiente con que uno solo ejecute la venganza. Me ha quitado el placer que antes me causaba. La tarea de mi vida será de hoy en adelante, ponerte otra vez alegre. Aquí, en Europa, has pasado muchas tristezas. Ven conmigo a Australia. Te quiero enseñar cuán bella es mi patria. ¿Quieres venir a pasar tu vida a mi lado, quieres?

Ella asintió con la cabeza bañada en lágrimas.

FRASE CELEBRE

En uno de los memorables consejos de estado y contestando a ciertas murmuraciones cortesanas, dijo Napoleón, en alta voz y en un tono no exento de energía:

—¿Quién se atreverá a decir que Bonaparte ha usurpado la corona?... Yo, en todo caso, la he libertado sacándola del cenegal en que yacía. El pueblo es quien la ha colocado sobre mi cabeza; por lo tanto, deben respetarse sus leyes.

SED DE AMOR

Harapiento, triste, con los pies llagados, llevando a cuestas un gran dolor, iba por el mundo, desconsolado, un hombre que anheaba paz para sus hermanos tan lejanos del Amor.

Y una tarde serena como la frente de un dios, el triste vagabundo, besando una imágen pura, de esta manera imploró:

Señor!

Dame un poco de calma y otro poco de amor con rocío de cielo y pureza de flor, y será menos hondo este injusto dolor que viéneme lacerando el cansado corazón!

Entonces lleno de fé, derramaré sobre las testas rústicas de mis hermanos, el agua incomparable de tu Piedad, y a los peregrinos que encuentre en los caminos de la desilusión, les calmaré las penas, les daré esperanzas, les quitaré el dolor... que infunde la Maldad!...

Y en tu santo nombre, con profunda humildad, les ofrendaré lo único que encierra mi afiebrado pecho: ¡mi amor, mis lágrimas ardientes y mi amistad!...

Después todos los hombres con ansias de libertad, podrán vivir en armonía, llenos de felicidad!

¡Y habrá menos perversos y reinará la Paz!...

Señor!

Has de ver entonces como los que sienten la dicha de vivir, bendecirán tu Amor y tu Grandeza, y pensarán que el morir no es más que el sosiego del marchito corazón!...

¡Porque la Muerte no infunde miedo cuando en Tí se tiene fé y en tu Palabra se cree con honda unción!...

Oh Señor!

Tengo sed de amor... Sed de fraternidad!...

Quiero sentir un amor que me lleve hasta tu Bondad!

Dame un poco de calma y otro poco de amor, así mi estrella interior tendrá más ternuras y más esplendor, y más perfumes la brisa y más bellezas el sol...!

Y la Igualdad, ahora tan lejana y tan esquiva rodeará las tristes frentes de tus hijos dolientes, henchidos de ansiedad!

¡Y sabrán del amor, de las intensas dulzuras y de la fraternidad que Tú predicabas en el largo Calvario para salvar a la ingrata, perdida humanidad!...

Señor!

Tengo sed de amor, de consuelo y de hermandad!

No puedo ver tanta injusticia derramada por la tierra y entre los hombres tanta maldad!

Señor!

Dame un poco de calma y otro poco de amor con rocío de cielo y pureza de flor, y seguiré mi ruta oscura y misteriosa, y llegaré a la fosa pensando en Tí: me matarán los años, me matará la vida, pero venceré el dolor de ver tanta maldad, y la fraternidad será una luz intensa que a todos bañará!...

Y el triste peregrino, lleno de fé y de emoción, prosiguió su árida senda sin sentir aquel dolor que hacía vacilar su paso y llagaba su corazón!...

LA FE

Y dijo el hombre incrédulo con profunda humildad:

Señor!

Qué ingrata es la vida sin amor!

Vivir encadenado a un signo inescrutable, con la duda en el alma e intranquilo el corazón...: sin saber a qué he venido ni cómo tendré que ir!...

Ah Señor!...

¿Para que he venido al mundo si luego he de morir...?

Esta idea de la muerte es un cartigo que no puedo resistir...

Infúndeme aliento, Señor!

O dame vida más dichosa, o dame muerte mejor!

Y una voz, — su conciencia, puede ser, — creyó sentir:

Ah hombre necio por tu ignorancia y desdichado por tu placer! No tengas miedo a la muerte!... Envuélvete en puro amor!...

Sé generoso con los humildes y rebelde ante el dolor!...

Y como arma sagrada, toma, hombre necio, la fe! No la abandones nunca si no quieres padecer!...

T. M. González Barbé

Tuito trampa y engaño

Por Juan Bautto

—No, Nemesio, no lo creo; no puedo creerlo.

—Sí, hermano, has de creerlo; si estoy siguro como que no voy a sacar la lotería.

—Güeno, pues; ya que ansí lo asigurás decime: ¿Quién te lo dijo? ¿Cómo estás enterao?

—Mirá: se dice el pecao pero nunca el que lo hizo, ¿entendés?

—No me vengas con falsía, che. Ya que se te dentró la idea de abordar ese tema tenés que decirlo, o sino dejás e' ser mi amigo pa siempre.

—Comprendé, Amando. No sías ansina; no ves que me comprometés. ¿Cómo te vía decir quien jué que me reveló ese secreto cuando me pidió con tuita l' alma que no lo descubriera?

—Una sola prigunta te hago yo: Figurate, mejor dicho ponete vos en mi circunstancia y contestame: si tuvieras vos una china a quien amaras con tuito el corazón, que eya, en fin, juera lo que amaras más sobre tuito el mundo, que juera tu más grande querer, y que te reselaran una historia de la naturaleza que vos me contás, ¿No quisieras saber a viva juerza quién jué que lo dijo? ¿No quisieras tenerlo delante tuyo pa que sostuviera y probara lo que dijo en cualquier campo y momento?

—Estudeo el caso, hermano; pero yo como güen amigo que soy, y sabiendo e' la juente que vienen las noticias te puedo asigurar y mantener lo dicho.

—Es la primera vez que me hablás en esa forma tan mesteriosa; nunca te he notao que me mintieras; he créido siempre tuito lo que m' has dicho y, como menor d' e dá, he escuchao tus consejos, pero, decime: ¿Será posible que a un enamorao tan barbaramente, tan fieramente e' una mujer le digan tal o cual cosa de eya y que él se caye, que no averigüe?

—No porque tengás menos experiencia e' la vida te he faltao el respeto, nunca; al contrario, como ricién te he recordao, t' he dao ejemplos y consejos sabios, de un amigo lial, de un amigo viejo y honrao.

—El amor es juerte; rompe la soga e' l' amistá más vieja. No quisiera perder yo el cariño a un amigo que he hecho infinidá e' cosas güenas por mí, pero la e' romper; sí, romperla del tuito, como se rompe una cosa para nunca más arreglarla.

—Mal hecho, hermano. M' has tenío confianza en el pedazo grande e' vida qu' hemos vivido juntos, y ahura por una mujer, que no es siquiera honesta, una vulgar chinita e' tuitos abandonás a este pedazo e' tu vida como l' has declarao en muchas ocasiones, y con motivo fundao, modestia a un lao. No te dejés dominar por esa pasión, Amando. Pensá bien, cavilá mucho, despacito, y dispués fayará tu corazón pal lao e' la razón.

—No puedo: esa duda me tortura l' alma; no puedo creer qui eya, mi china, me haiga mentido tan canayescamente, dispués de jurarme por su tata finao, a quien eya quería con amor filial verdadero, que yo era l' único amor suyo, la verdadera ilusión, que l' hacía vivir penando por mi querer.

—No creás en renguera e' perro y juramento e' mujer; acordate e' l' historia e' tu íntimo, yo, del que te habla con sentido e' quien sabe y oservó la vida desde un mirador especial: la experencia. Yo lo viá dicir en cuatro palabras, que aunque no son léidas en un libro e' cencia, son léidas en un libro mejor: la vida, porque es el libro del que se copia. Vos naciste pobre como yo; dende la muerte e' tu padre, cuando entoavía eras borrego has andao caminando por áhi como perro atorrante, vagando sin rumbo, sin idea fija, sin dengún idial que te yevara a'lguna estación e' la vida ande pudieras radicarte, ande pudieras formar un nido como nos dan el ejemplo hasta el más disgraciao piojo. Picoteaste como un pájaro en muchos campos, pero en denguno te quedaste; en fin, anduviste sin orientación llevao por los malos amigos, endevidos sin experencia como vos; y así hubieras seguido siempre si no hubieras encontrao un confidente, un corazón sano, juerte, que te pudo sacar a flote, que te apreceó. Has trabajao junto con este azotao por los lonjazos e'la suerte perra; te hayás con unos pesitos ahorraos, cabayo, rancho, y coraje, pujanza, juventu... Entonce: ¿Pa qué te acobardás? ¿Pa qué claudicás? Yo entiendo así y, ¡cuidao qu'entiendo! Porque; si vos seguís chalao po esa mala mujer, te dejás yevar por tu estinto, sos hombre perdido, has perdido lo prencepal: el honor. Te vas a'semejar a un animal muy conocido que yeva en la cabeza unos güesos sobresalientes.

Apesadumbrado, mirando fijamente el pavimento del rancho estaba Amando. Nervioso; había cogido una estaca, y hacía rayas y más rayas en el suelo. Mirábalas sin ver; después la apretaba con fuerza contra el suelo, la clavaba y suspiraba de cuando en cuando, mordiéndose el labio inferior con rabia. Nada decía, más en su alma se desarrollaba una contienda enorme, bestial... Por un lado, el amor pasional posesionado de su alma toda como una fiera que se aferrara a un cuerpo para devorarlo; por otro, la verdad desnuda, verdadera, dicha por el camarada fiel, leal y verdadero. Por una parte, la impetuosa pasión por una mujer que la imagina sana de cuerpo y alma, buena, que le a jurado amor puro y verdadero; por otra, una revelación inaudita, elocuente por sí sola, un castillo que se derrumba cuando más seguro estaba de su estabilidad.

—Fumá, Amando, qu'el cigarro es l'amigo cuando hay pena, el que l'ispira muchas veces la solución del problema más difícil. Dicen qu'el tabaco es malo. Mas malo es l'alcohol y sin embargo dicen que mata las penas y las hace olvidar.

—... O las recuerda; lo intrestece, le crea sentimiento al endevido, o por lo menos los dispierta.

—No creás; eso sucede en espíretos flojos, en personas que carecen e'carater, que se pierden por una bicoca, por ejemplo: una mujer...

—Desculpá Nemesio, pero, ¿quien tiene o conserva el caráter cuando l'imbarga una pena inmensa como la mía? ¿Ande s'encuentre un espíreto juerte en trance semejante?

—Pa muestra basta un botón, dicen y... ese botón soy yo. Te conté una vez: Quise y me quisieron... o yo creí que jué ansina. Me engañó... ¿Con quién? Lo de siempre con l'amigo canaya y sin concencia e'hombre. Total: se engañó sola... Ansina tras e'ser vos, juerte, macho, titán...

—Hablando un poco e'tuito. Vos nunca me dijiste quien jué eya, no tendrás inconveniente...

—¿Inconveniente?... ¡Fartaría más! Denguno, hermano. ¡Ta güeno! ¿Sabés quien jué? La madre, e'... tu china.

—¿La madre e'mi prenda?...

—Sí m'hijo; de tal palo tal astiya... Eya jué; me engañó con el amigo e'más confeanza, dispués... dispués se casó con el "tata" e'tu... güeno, no digo tu china porque... y ¡claro! nació la muchacha, la adulterina, la hija e'otro qu'el finao Flores creyó siempre juera su hija y eya tamién qu'era su padre. Si me permitís..., ahora acontecía la mesma historia; el amigo engañao... en fin, ¡cha que cosa!, la indina haciéndole crer a su marido qu'el gurí era d'él... ¡Qué asco, Amando, qué asco! Ansina es la vida, triste y zonza, tuito trampa y engaño; ¡tuito porquería, Amando!

—Venga ese abrazo Nemesio. Venga ese abrazo de hermano, más que de hermano, de... Y se echó a llorar como un niño, en brazos de su amigo, que lo acariciaba como a un hijo.

EL AMOR DE MIS AMORES (1)

(A UNA NO, A TODAS)

Quiero mucho a los libros
porque ellos me enseñaron
a descifrar misterios,
a descubrir engaños.

Quiero mucho a las flores
porque en ellas encuentro
los perfumes más gratos,
los colores más bellos.

Quiero mucho a las aves
porque ellas me enseñaron
a rendir neto culto
al Sol, que es fuego santo.

Quiero mucho a las bestias
porque sienten cual siento
dolores corporales,
cansancios y deseos.

Quiero mucho a las fieras
porque en las fieras hallo
algo que me conmueve
más que el trueno y que el rayo.

Quiero mucho a los hombres
porque, como yo, sienten
del amor las dulzuras,
de los celos las hieles.

Quiero mucho a la vida
y más quiero a mi padre,
porque llevo su nombre,
porque llevo su sangre.

Quiero mucho a todo,
lo que cobija el cielo,
porque querer es algo
excelsamente bello.

Pero eclipsando a tantos
amores capitales
se encuentra el que me inspira
Eva, mujer y madre.

José Pavia R. — Jaén

(1) Para recitar en tono de salmodia.

PARA TENER VOLUNTAD

Sobre todo es preciso eliminar de la mente por el poder de una resuelta y dominadora voluntad los pensamientos de que derivan las siniestras emociones de cólera, iracundia, desaliento, envidia, tristeza, tedio y melancolía. No sólo perturban el ánimo, sino que dañan gravemente el cuerpo hasta el punto de provocar enfermedades fisiológicas, porque alteran el funcionamiento de las células, trastornan la circulación de la sangre y aun la corrompen con los ponzoñosos y mortíferos humores que en el organismo engendran.

Por otra parte, las emociones siniestras debilitan las facultades mentales, incitan al pesimismo, desvanecen la esperanza, matan la fe, enfrían el espíritu, determinando condiciones fisiológicas de todo punto hostiles a la voluntad.

Las hemos de expulsar como se expulsa a un intruso impertinente de modo que no vuelvan a importunarnos jamás. Así se robustecerá la voluntad de grado en grado hasta ser dueña y señora de mente y ánimo.

C. HADDOCK

El alumbrado por gas y la odisea de su inventor

Este gran progreso del alumbrado, que produjo una verdadera revolución en el mundo a principios del pasado siglo, se debe a los estudios y perseverante labor de Felipe Lebón, nacido en Brochay el 29 de mayo de 1767. A los veinte años ingresó en la Escuela de Ingenieros de Puentes y Caminos, cuya carrera acabó con brillantez, habiéndose distinguido siempre por su clara inteligencia y laboriosidad.

Apenas terminó su carrera en 1792, obtuvo un premio de 2.000 libras por sus primeros estudios sobre las máquinas de vapor, y para que continuase las experiencias que había comenzado para el perfeccionamiento de aquéllas. Hallándose en Brochay y empezó a pensar en el alumbrado por gas. Un día echó un poco de serrín de madera en un matraz de vidrio y lo puso al fuego, observando que se desprendía un humo abundante que se inflamó súbitamente produciendo una espléndida llama luminosa. Esta fué la primera lámpara de gas obtenida por Lebón, señalando este experimento notable uno de los descubrimientos más trascendentales para la industria, y de inmensos beneficios para la Humanidad, puesto que había de transformar radicalmente el alumbrado de las poblaciones, tan malo y escaso hasta entonces.

Felipe Lebón se dió perfecta cuenta de la importancia y trascendencia de su descubrimiento, y se dedicó con ahinco a seguir sus estudios y ensayos, comprobando que la madera y los combustibles, bajo la acción del calor, desprendían un gas capaz de producir alumbrado y calefacción. Observó que a ese gas le acompañaban otras materias extrañas y que requería por tanto una depuración que practicó, haciendo construir un aparato de ladrillos para la destilación de la madera, provisto de un depurador de agua para separar el alquitrán y el ácido acético, y a la salida del depurador se escapaba el gas por la extremidad de un tubo, donde o encendía produciendo una preciosa llama luminosa, que sus vecinos y amigos observaron con admiración.

Un año después, y luego de haber comunicado el resultado de sus experiencias a Fourcroy, Prony y otros sabios de su época, el 6 de Vendimiario (28 de septiembre de 1799), obtuvo un privilegio de invención, en cuya memoria se describía su *termo-lámpara* detalladamente, por medio de la cual producía un gas apto para el alumbrado, a la vez que obtenía alquitrán de madera y ácido acético piroleñoso. En dicha memoria indicaba asimismo que la hulla era materia adecuada para reemplazar a la madera. Con tal convicción exponía los hechos y resultados de sus experiencias, que no podía dudarse del porvenir que había de tener su invento.

Desgraciadamente, Felipe Lebón no podía dedicar todo el tiempo necesario a los estudios que requería su descubrimiento; sin otros medios de vida que su profesión, tuvo que marchar a desempeñar un destino oficial como Ingeniero de Puentes y Caminos a Angulema. Fué blando de la envidia como pocos. Siempre que podía marchaba a Brochay para seguir sus estudios sobre su reciente descubrimiento. Su jefe inmediato, que le tenía una gran envidia, al apreciar en él una inteligencia extraordinaria, se quejó de su falta de asiduidad en el destino que desempeñaba, denunciándole a la Superioridad. Ello motivó la formación de un expediente, del cual no resultó cargo alguno contra Lebón, que fué repuesto en su destino.

Pero la guerra agotaba los recursos del Tesoro, y la República, mientras que Napoleón seguía en Italia su campaña, dejó de pagar a muchos de sus empleados. Lebón, necesitado, recurrió al ministro, rogándole que le abonasen los haberes que se le debían. Su esposa fué a París, y todas sus gestiones realizadas con tal objeto resultaron infructruosas; ni siquiera atendió el ministro una carta suplicante de Madame Lebón, en que le exponía su situación angustiosa.

En 1801 fué llamado Lebón a París a las órdenes de Mr. Blin, Ingeniero Jefe del servicio de Pavimentos; esto mejoró algo su situación y obtuvo entonces otra patente de invención, cuya memoria, que era una verdadera obra científica, establecía las bases de la industria de la fabricación del gas, describiendo todos los aparatos necesarios para ella y hasta los mecheros para utilizar el gas, indicando su posible aplicación a los motores y a los globos aerostáticos.

Propuso Lebón al Gobierno la construcción de un aparato para el alumbrado y calefacción de algunos edificios públicos, pero se rechazó su propuesta. Abatido el infortunado inventor por el fracaso de sus intentos, se decidió a recurrir al público para convencerle de la utilidad de su invento. Con tal objeto, alquiló el Hotel Signalay, en la calle de Santo Domingo y San Germán, instalando en él un aparato de producción de gas, con el cual alumbraba y producía la calefacción de todas las habitaciones y dependencia del hotel, habiendo instalado en el patio y jardín un brillante alumbrado con millares de mecheros de gas de formas caprichosas, e iluminó una fuente con tal habilidad que el agua de los surtidores parecía luminosa. De todas partes acudía un público numerosísimo a conocer la nueva invención que elogiaban sin reservas, reconociéndola como una maravilla.

Animado Lebón por este éxito publicó un folleto descriptivo de su invento exponiendo toda la trascendencia que tendría su aplicación al alumbrado y a la calefacción de los edificios. Al fin rindieron homenaje al ilustre inventor y una Comisión nombrada por el ministro declaró que los favorables resultados que habían dado las experiencias realizadas por Lebón, habían superado a todas las esperanzas de los sabios.

Napoleón I otorgó a Lebón una concesión en el bosque de Rouvray para que estableciera la industria de destilación de la madera y fabricación del gas del alumbrado. Esto proporcionó a Lebón un trabajo abrumador que realizaba con gusto, confiando en que llegaría a ver desarrollado todo el gran porvenir de su invento. La fábrica fué visitada por numerosos sabios y personalidades distinguidas; entre éstas los Príncipes rusos Galitzin y Dolgorowski, que propusieron al inventor, en nombre de su Gobierno, transportar sus aparatos a Rusia, diciéndole que fijara las condiciones que quisiera para ello. Felipe Lebón rechazó tan brillante ofrecimiento, contestándoles en un noble arranque de patriotismo, que su descubrimiento pertenecía a su patria y que ningún otro país se beneficiaría de sus trabajos antes que Francia.

Pronto se desvanecieron las esperanzas de Lebón. Competidores envidiosos y enemigos solapados le proporcionaron mil contrariedades, y hasta los elementos de la Naturaleza parecía que se habían concitado contra él, pues un huracán derribó la casa que habitaba, y poco después un incendio destruyó una parte de su fábrica. Mas a pesar de que la fatalidad le perseguía, Lebón, animoso y secundado por su esposa, mujer de gran mérito y energía, no se rendía y perseveraba con ahinco en sus trabajos venciendo todos los obstáculos; y cuando se acercaba la ocasión de ver realizado su proyecto de alumbrado en gran escala, sucumbió en una trágica y misteriosa muerte. El mismo día de la coronación del Emperador NapoleónI, el 2 de diciembre de 1804, se encontró a Felipe Lebón asesinado en los Campos Elíseos: de trece puñaladas había quedado muerto y exangüe.

Tal fué el triste fin que tuvo aquel hombre tan inteligente, generoso y leal, y tan buen patriota, víctima de la envidia y la perfidia humanas, y cuyo descubrimiento tanto bien ha producido.

Poemas

Las tres fases del amor

I

Venían por la senda tomados de la mano, mirándose en los ojos, bebiéndose el alma!... Caminaban despaciosamente y su hablar se semejaba al trino de las aves, al susurro de las hojas, acaso al murmullo de alguna fuente lejana. Parecían perderse en la senda; tal vez iban poseídos por el sol matinal, por el azul del cielo, de un azul tan puro como el amor que los guiaba. Mirábanse largamente, se besaban dulcemente con la mirada.. Se perdían en la senda... Eran como una pequeña mancha que se esfumaba.

Yo me dije: Hoy la senda quedará alumbrada por la llama del amor!

II

Venía caminando y traía de compañera a la soledad; llevaba la cabeza baja y los brazos caían a lo largo del cuerpo como cansados de sostener una dicha demasiado en alto. Por primera vez en aquella primavera el sol se había negado a salir y la senda estaba opaca. Cuando pasó a mi lado había en sus mejillas huellas de lágrimas. En la tierra cálida había quedado una huella de pisadas. Proseguía andando y su cuerpo se iba balanceando como una flor próxima a romperse. Después mis ojos se volvieron para contemplarle, pero esa pequeña paloma herida ya no estaba. Entonces dije: Hoy ha pasado por mi senda el desengaño.

III

Venían cantando, traían la alegría de una mañana de enero. El sol había entrado hasta lo más obscuro de sus almas y había luz, mucha luz en sus ojos, en sus rostros ha poco tan tristes. Venían cantando las dos, sus manos sostenían un cántaro de agua fresca, sus cabellos habían sido adornados con flores silvestres. Reían y sus risas puras como el agua se confundían. Se alejaban cantando, sus ecos se perdían entre el gorjeo de los pájaros. Yo me dije: Hoy por mi senda ha pasado el Olvido y ha nacido el árbol de la buena esperanza.

Délia Esther VISILLAC

Cuento judío

Es la costumbre que durante una de las ceremonias religiosas de los judíos, al llegar el momento que ellos conocen por *Kaddisch*, los fieles cierren los ojos un momento.

Y últimamente, sobre uno de los muros de una gran sinagoga se ha colocado el siguiente letrero, impreso en gruesos caracteres:

"Aviso: Durante la ceremonia del *Kaddisch*, la administración del templo no responde del extravío de los reclinatorios.

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Para impermeabilizar el calzado se echan en un puchero veinte onzas de aceite puro, cuatro onzas de resina y otras cuatro de cera de abejas, y se pone todo al baño maría, moviéndolo hasta disolver todos los ingredientes. Una vez frío la mezcla se aplica al calzado.

Los guantes de lana después de lavados hay que aclararlos con agua ligeramente jabonosa, porque si se emplea agua clara se quedan rígidos al secarse.

Barniz encarnado al azufre. — Muchas veces se emplea un barniz obtenido por la ebullición del aceite de linaza bruto con el azufre. Para dar un tinte rojo a este barniz, no hay más que agregarle una cantidad suficiente de disolución de sangre de drago en benzol.

Para limpiar las chimeneas de mármol se mezclan dos partes de sosa del comercio, una parte de greda finamente pulverizada y otra parte de piedra pómez. Todo ello se pasa por un tamiz fino, y el polvo resultante se mezcla con un poco de agua. La masa obtenida se extiende sobre el mármol y las manchas desaparecen.

Para sacar brillo a la piedra, hay que darle un lavado con tierra de batán y agua caliente.

Patina verde y oscura del bronce. — Con el procedimiento que vamos á indicar, se obtiene primeramente una pátina verde aceituna, que se oscurece enseguida y que resiste fuertes temperaturas.

Se lava, ante todo, el objeto de bronce en una solución de dos partes de sal de amoníaco y una de cardenillo cristalizado, en 26 partes de agua, y se pone á secar junto á la lumbre hasta que comienza á desaparecer el color verde. Después se repite la operación con una solución que contenga los ingredientes arriba citados, pero disueltos en 600 partes de agua.

Hay que renovar el baño de diez á veinte veces observando el tinte que da.

Al magullarse un dedo, lo primero que debe hacerse es meterlo en agua todo lo caliente que se pueda resistir, pues por efecto del calor la uña se dilata, se pone flexible y facilita la salida de la sangre por entre ella y la carne, aminorando el dolor, y luego se envuelve el dedo en una cataplasma de pan humedecido en agua.

Las magulladuras de los dedos no deben descuidarse, porque pueden ser fatales para el hueso.

Para ahuyentar los ratones basta en muchos casos poner unos trapos empapados en trementina cerca de los agujeros por donde salen los roedores.

Contra las hormigas. — Cuando estos insectos invaden un chinero, se coloca en éste una esponja húmeda espolvoreada con azúcar. Al cabo de algunas horas, las hormigas habrán llenado la esponja metiéndose por todos los orificios. Entonces se llena un cubo de agua hirviendo y se echa la esponja en él. Repitiendo este procedimiento unas cuantas veces, las hormigas acabarán por no volver al mueble.

El cristal roto se compone perfectamente con resina de cerezo. Una vez reblandecida, se untan con ella los bordes de la parte rota, se unen con cuidado y se deja secar durante unas cuantas horas, al cabo de las cuales es tan perfecta la pegadura que antes se romperá el objeto compuesto por otro lado, que por ella.

Polvos para platear. — Las personas que deseen convertir, por ejemplo, una estatua de cobre en estatua de plata, deben emplear esta receta:

Nitrato de plata	1 parte
Blanco de España, en polvo	2 —
Cianuro de potasio . . .	2 —

Se machaca y mezcla todo en un mortero.

En el momento de usarlo se humedece un poco de polvo y se aplica con un pincel sobre el objeto que se quiera platear, cuidando de limpiarlo previamente para que no tenga nada de grasa.

Hay que tener cuidado con el cianuro, porque es muy venenoso.

Para platear las maderas, pieles, tejidos, etc. — Cuando se trata de platear madera se procede, en primer término, a su alisado con piedra pómez, y después se recubre de una ligerísima capa de estuco hecho con yeso finamente pulverizado y agua de cola. Sobre esto se extiende un barniz hecho con 10 partes de goma laca disueltas en 100 de alcohol, á fin de quitar á la superficie toda su porosidad y evitar que el mordiente se seque con demasiada rapidez, pues no es otra cosa que aceite de linaza cocido hasta que en densidad se ha añadido un poco de óxido de cinc para darle más blancura á la plata.

Ya preparada la madera que se ha de platear, se coloca sobre ella la hojuela o pan de plata, que previamente se ha cortado del tamaño deseado por medio de una espátula de hierro sobre una almohadilla de gamuza, y la cual se comprime ligeramente con una muñequilla de algodón en rama.

La operación termina bruñendo la superficie plateada con bruñidores de ágata.

En los tejidos y pieles el mordiente será, ó una mezcla de albúmina (clara de huevo) y agua en proporción igual, ó un barniz en el que entrarán:

Goma laca	125 gramos
Sandaraca	60 "
Almáciga	30 "
Elemí	30 "
Alcohol	1.000 "
Esencia de espliego .	250 "

Barnizada con el mordiente la superficie objeto de la plateadura y colocada la hoja de metal, se comprimirá fuertemente, usando para ello un hierro muy caliente y que puede llevar grabadas letras ó dibujos, pues sólo quedará adherida la plata que comprime el hierro.

Para restaurar las pieles. — El siguiente procedimiento se usa mucho en Rusia, donde tanto uso se hace de las pieles ricas. Se calienta un poco de harina de centeno, hasta que su temperatura casi impida poner la mano encima; échese entonces la harina sobre la piel, déjese así por un cuarto de hora y luego sacúdase o cepíllese bien el pelo, que quedará entonces limpio y lustroso.

Barniz para el linóleum. — Puede hacerse uno económico fundiendo primeramente, 80 partes en peso de goma cauri, y preparando por otro lado 40 partes de aceite de linaza, unido á un tanto de cualquier barniz secante.

Cuando esta segunda mixtura haya hervido, se mezcla con la goma cauri y se clarifica todo finalmente con 120 partes de trementina ó de nafta.

Los objetos de hojalata no deben limpiarse con ácidos porque atacan al estaño y dejan al descubierto el hierro que cubre aquel.

Lo mejor es frotarlos primeramente con trípoli y aceite común, y luego con yeso mate y una gamuza.

Los objetos de este material conserban el brillo mucho tiempo teniéndolos en lugares secos; en los sitios húmedos se ennegrecen en seguida.

Para que la madera dure más que el hierro se hecha polvo de carbón en aceite de linaza hirviendo en proporciones suficientes para obtener la consistencia de la pintura y con ella se embadurna la madera y se deja secar.

Los espejos y los cristales de las ventanas se limpian y abrillantan á las mil maravillas dándoles una mano de almidón bastante diluído y frío y frotándolos después con un paño suave.

TU RICUERDO

Silbando sus rencores diba el viento!...
Yo miraba 'e la puerta de mi rancho;
cuando vide que arriba, ¡muy arriba!
diba volando un papelito blanco.

¡Un papel, en el aire, pó'estos campos!
¡Di ánde puchas el viento lo trairía!
Y pa'ayá, rumbo al abra de las sierras,
al poco rato se perdió de vista.

La otra tarde, plantáo, ansí, en la puerta
del rancho de mi alma, taba serio;
cuando en repente atropeyó silbando
el pasáo, hecho viento de ricuerdos.

!Que juersa pá escarbar que había tenido!
Tu nombre, que hace muncho taba muerto,
enterrão por el polvo e' tantos años,
¿di ánde ¡canejo! me lo trujo el viento?

Jué al dentrar el setiembre de mi vida;
hase, ¡ni sé que catervada di años!
cuando bandiastes el alambr'e mi alma
pá dar una güeltita por sus campos.

Y en seguida te juistes a la pucha;
no sé si disparándole a mis perros...
¡La tierra que los años dend'entonces
jueron echando sobre tu ricuerdo!

Y clarito pasó pó'ante mis ojos,
—que asombráos, pá mirarlo, se me abrieron—
igual, ¡lo mesmo! qu'el papel blanquito
qu'el otro día se yevaba el viento!

¡Tu ricuerdo, en el aire, pó'estos campos!...
!Di ande puchas el viento lo trairía!...
Rumbo al abra e'las sierras de la pena,
al poco rato se perdió de vista!...

Guillermo CUADRI

Notas cinematográficas

Dolores del Río, la estrella mejicana, reaparece con "Ramona". — Aún cuando nació en Méjico, y está muy contenta de ello, Dolores cel Río, la genial intérprete de "Resurrección", estrenada el año pasado por Artistas Unidos, es una mujer realmente cosmopolita.

Hija de una muy antigua y aristocrática familia mejicana, conserva como rica heredad su tradición española, y sin embargo, su educación fué francesa, porque la recibió desde muy temprana edad en el famoso colegio de St. Joseph, en la capital de la República.

En un período de tiempo de ocho años, Dolores hizo con su familia distintos viajes a Europa, visitando detenidamente países tan bellos e interesantes como Francia, España, Italia y Suiza.

Cuando se firmó el armisticio en 1918, la señorita del Río y su familia se encontraban en París y aprovecharon la oportunidad para visitar las regiones destruídas por la guerra, y así, a la joven artista le es muy familiar el tipo de muchacha que representa en "El Precio de la Gloria".

Durante su permanencia en España, Dolores estudió baile con Alonso, el celebrado maestro sevillano, completando su aprendizaje de arte de Terpsícore en Madrid, con la famosísima bailarina La Bilbainita.

Al volver a Méjico la familia Asunselo, que es el apellido paterno de Dolores, fué cuando la joven se interesó vivamente en el cinema, trabajando bajo la dirección de Edwin Carewe. Su primer papel fué en "Joanna", siendo poco después designada como una de las llamadas estrellitas Wampas, rara distinción en el mundo del arte mudo para una principiante. Pasado algún tiempo contrajo matrimonio con el señor Jaime Martínez del Río, miembro del cuerpo diplomático mejicano.

Además de ser notabilísima actriz y bailarina, Dolores del Río es una excelente cantante de ópera. Se dió a conocer en reuniones sociales de Ciudad-Méjico, y desde entonces su nombre de artista adquirió mayor relieve.

"Los años que estuve en Europa, dijo recientemente la señorita del Río, son los más preciosos de mi vida. Aprecio especialmente la oportunidad que tuve de estudiar con Alonso en Sevilla y con La Bilbainita en Madrid".

En viajes posteriores, a su primera etapa en Europa, Dolores del Río, visitó Irlanda, Inglaterra, Bélgica, Alemania, Austria y Rusia, y desde luego los Estados Unidos de América, y en todas partes estudió las costumbres de los habitantes, procurando asimilárselas, pensando en su arte y en que algún día pudieran serle útiles aquellos conocimientos.

Su fortuna personal que es de las más sólidas de Méjico, le permite esos dispendiosos viajes, pero no por esa decidida afición al arte y a recorrer el mundo en busca de emociones artísticas, deja de cuidar sus intereses. Todos los años, cuando está en Méjico, visita sus ricas posesiones de Torreón, magníficas haciendas que son propiedad de su familia desde hace más de trescientos años. Ya hemos dicho que la casa de Asunselo es antiquísima en su patria.

El éxito inicial de esta sobresaliente artista, fué el papel de "Katucha", en "Resurrección".

En cuanto a belleza física, basta contemplar los retratos de esta fémina gentilísima. Posee en altísimo grado lo clásico de toda beldad completa, de la raza y de sus facciones; sus líneas, finas y delicadas, de un dibujo perfecto, son dignas por todos conceptos de ser reproducidas por un pincel maestro, un pince español.

"Ramona", fué recientemente estrenada en el programa super-extraordinario, de Artistas Unidos, en los cines Palace Theatre, Petit Splendid y París.

"Amame y el mundo es mío". — Quien vea esta película no se olvidará jamás. No se olvidarán tampoco de este título apasionado y sugeridor. Es una producción todo amor y sentimiento... El anhelo de una muchacha todo corazón que es amada a la vez por dos hombres. Es un poema de amor maravillosamente interpretado por los dos amadores clásicos, la dulce Mary Philbin, mujer toda ojos y corazón y el arrogante Norman Kerry. "Amame y el mundo es mío" deja una plácida y grata emoción. No se sabe qué admirar más, si el sorprendente verismo que todos los personajes infunden a sus respectivos papeles o el prodigioso trabajo del director. Es una bella película.

Nuevas máquinas para el Phonofilm. — A fin de permitir la divulgación de las películas parlantes y facilitar, por lo tanto, su explotación, la Corporación Argentino Americana de Films, está construyendo unas máquinas especiales para el De Forest Phonofilm, que pueden adaptarse a cualquier aparato de proyección, sin distinción de marcas.

Por el antiguo sistema, para poder proyectar el De Forest Phonofilm, se necesitaba instalar una máquina de proyección especial, lo que no solo significaba, un gasto excesivo, sino también que era engorroso trasladarla de un teatro a otro. Con el nuevo sistema se viene a salvar esa dificultad, pues con solo instalar a la máquina común que tenga el teatro, una celda foto-eléctrica y dos cajas amplificadoras, es suficiente para poner en condición la máquina del teatro, para proyectar las películas de De Forest Phonofilm.

Hasta la fecha, ya se han construído, 14 máquinas adaptables y es el propósito de la Corporación, construir un número aún mayor, permitiendo de este modo, que todo teatro tenga su equipo permanente que le permita mensualmente proyectar el programa que esta compañía piensa filmar.

Películas de Tercera Dimensión. Las características de las películas de Tercera Dimensión, marca Tiffany Stahl que muy en breve presentará la Corporación Argentino Americana de Films son las siguientes:

1. — Que para instalar ese invento no hay gasto ninguno ni inconveniente de ninguna especie.

2. — Las máquinas de proyección, cualquier marca que ellas sean, pueden ser utilizadas, sin necesidad de modificación alguna.

3. — Las pantallas, ya sean grandes o chicas, no influyen en nada el efecto de relieve de la proyección.

4. — No se necesita ningún dispositivo especial ni en la platea ni en cada asiento, como era necesario en las anteriores proyecciones de películas en relieve, para poder pasar películas de Tercera Dimensión.

5. — No se requiere escenario. En cualquier sala donde exista máquina de proyección y pantalla, puede ser proyectada la Tercera Dimensión.

6. — No se necesitan decorados. El relieve existe en la película misma y no es necesario decorado de fondo para producir el efecto.

En una palabra la Tercera Dimensión es un maravilloso invento y como toda novedad, será la Corporación Argentino Americana de Films la que distribuirá en la Argentina, Uruguay y Paraguay, estas películas.

Presupuesto de quince millones. El presupuesto de Tiffany para el año 1928, monta 15 millones de dólares, lo cual coloca a esta productora a altura paralela con las más grandes organizaciones cinematográficas de Estados Unidos y del mundo entero, pues cuenta además con una completa organización y dispone de las facilidades necesarias para lanzarse a producir películas de grandes proporciones.

"Atta Boy" con Monty Banks. — Una de las películas que piensa lanzar la Corporación Argentino Americana de Films durante la temporada actual y que sin duda alguna será uno de los mayores éxitos de taquilla, se titula "ATTA BOY", siendo su protagonista el célebre cómico Monty Banks. Esta película es una comedia de metraje y lleva el sello de Pathe New York.

FUEGOS FATUOS

A LOS APRECIABLES SEÑORES JOSE GUGLIETTI Y ROGELIO VITURRO.

Por culpa de una perjura,
Un anciano a un joven vió
Sumido en la desventura
Y, al punto, con la dulzura
De un abuelo, así le habló:

En promesas de mujer
No confíes ciegamente,
Pues la que llega a querer
Está aún por aprender
A mostrarse consecuente.

"Mi opinión, sin petulancia,
Es que, en materia de amor,
La femenina constancia
Dura lo que la fragancia
En el cáliz de una flor.

"Damas hay que, al par que (hermosas,
Son en extremo ladinas
Y, por ende, peligrosas...
¡Al acercarte a las rosas,
Guárdate de tus espinas!

"Tal vez logres encontrar
Una novia linda, tierna
Y fiel... ¡un raro ejemplar!...
¡Pero tendrías que emplear
De Diógenes la linterna!"

R. de Iturriaga y Lopez

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	„ 0.20	N.o suelto	„ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 45 — CHARADA

—*¿Tercia prima prima segunda?*

—*¡Tercia tercia prima prima segunda?* Un *todo*.

N.o 46 — ADIVINANZA

—¿Cuál es la música que se pega más al oído?

N.o 47 — COMPRIMIDO

V RO E

N.o 48 — GEROGLIFICO

TIR A O

N.o 49 — REFRAN



N.o 50 — CHARADA

—No se "tres-dosprima" con nada, y tiene la "todo" de creer que va a morir muy pronto. ¡Pobre "tercera-prima".

N.o 51 — GEROGLIFICO

MI
MI
MI
MI ATON

N.o 52 — ADIVINANZA

—¿Cuál es el ave a la que matan sus propios hijos?

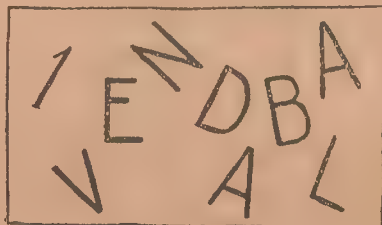
N.o 53 — COMPRIMIDO

LUNESBTII

N.o 54 — GEROGLIFICO



N.o 55 — COMPRIMIDO



N.o 56 — CHARADA

Es un río mi *primera*
mi *dos* nota musical
negación es mi *tercera*
y *uno dos tres* el *total.*

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

N.o 29—Tapete.
„ 30—Partí un día a la ciudad dí la vuelta al otro día pues mi mayor alegría es mi mayor soledad.
„ 31—Granate.
„ 32—Saturno, que está siempre luciendo un anillo.
„ 33—Manía.
„ 34—Sumario.
„ 35—Diademas.
„ 36—Chichoneando.
„ 37—Elector.
„ 38Locura.
„ 39—Cuesta arriba y cuesta abajo.
„ 40—Andar como la mona.
„ 41—Génesis.
„ 42—I Fernán Núñez, II Marino III Jacinto.
„ 43—Batirse en retirado.
„ 44—Los ciegos; porque están diciendo constantemente: "¡Cuánto me alegraría de... ver!

LAS SOBRAS

Por Luis León Martín

Máximo profesaba a Fernando una amistad muy particular. Máximo obraba y Fernando le seguía; Máximo era físicamente un hombre guapo y Fernando un tipo vulgar. Máximo tenía audacia y Fernando era tímido. Máximo era protagonista de mil aventuras, a las que Fernando sólo asistía como testigo. En suma, Máximo vivía dejándose admirar de Fernando. A esto lo llamaba Máximo querer a Fernando.

Máximo se puso en relaciones con Germana Duclos, hija de uno de sus competidores en el negocio a que se dedicaba. No era bonita ni tenía una dote extraordinaria; pero Máximo pensó que uniendo su negocio de importación y exportación al de su futuro suegro no tardaría en verse al frente de una Empresa importante. Durante dos meses las cosas siguieron su curso. Germana se mostraba una novia perfecta, y Duclos, su padre, parecía accesible a estas combinaciones.

Bruscamente, un día Máximo fué a buscar a Fernando.

—¿Por qué no te casas?

Fernando respondió sencillamente:

—No tengo tanta suerte como tú.

Máximo, sonriendo, le preguntó:

—¿Entonces es que te gusta Germana?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque voy a dejarla.

Fernando exclamó:

—¿Estás loco?

Pero Máximo prosiguió:

—¿No buscas una situación?

—Sí.

—¿Tienes algún capital?

—Unos 300.000 francos.

—Entonces — siguió Máximo— te cedo también mi negocio, que produce unos 80.000 francos. ¿Te conviene? Asunto concluído.

Y Máximo siguió hablando ante Fernando, que no salía de su asombro.

—Querido, es preciso comprenderme. Yo no soy como todo el mundo. Me hace falta una existencia a mi medida. Germana es muy linda, y muy atractivas la importanción y la exportación; pero yo aspiro a otra cosa. He recibido proposiciones de un grupo financiero, y sería un tonto si dejase escapar la suerte. Es posible que viaje; es posible que me quede en París. Lo cierto es que me hace falta renovar el aire, lanzar negocios... Al menos tendré la tranquilidad de no haberte olvidado. Toma lo que te doy. Te conozco y estoy seguro de que la mujer y el negocio te sentarán como un guante.

Fernando estaba casi convencido; pero objetó:

—¿Pero... querrá Germana!

—¡Hijo, eso ya es cosa tuya! No voy a traértela de una oreja.

Lo cierto es que Máximo, después de una conversación con Duclos, se había convencido de que su competidor no estaba dispuesto a darle la mano de su hija ni a darle parte en su negocio. En cuanto a Fernando, fué hábil, y tres meses después se casaba con Germana, la cual fué al matrimonio tan contenta como hubiera ido de haberse casado con Máximo.

Fernando trabajó a conciencia, y a la muerte de su suego siguió con el negocio de exportación. De vez en cuanto recibía noticias de Máximo, que estaba en América, haciendo, según decía, una fortuna colosal. Germana y él leían las cartas de Máximo sin envidia. Pero Fernando, que conservaba siempre un fondo de admiración por su amigo, decía:

—¡De todos modos, es un hombre!

Pasaron diez años, y un día Fernando recibió en su oficina el anuncio de la visita de Máximo. Fernando salió a recibirle con los brazos abiertos.

Los dos se miraron. Fernando, grueso, de aspecto saludable, era al símbolo del hombre de vida cómoda, sin inquietudes. Máximo, flaco, envejecido, mal ataviado, parecía muy castigado por la vida. Máximo empezó un relato maravilloso, que poco a poco se extinguió por sí mismo; tan a falso sonaba en aquel despacho de negociante acaudalado. Hubo un silencio.

—¿Y tú? — preguntó Máximo.

—Ya lo ves. Soy feliz.

—¿Tu mujer?

—Bien.

—¿Tus negocios?

—Bien.

—¿Te has asociado con tus suegro?

—No. Ha muerto, y me he puesto al frente del negocio.

Máximo vió todo lo que había perdido: la felicidad que había pasado a su lado, la riqueza que había dejado escapar; todo lo que su impaciencia le hizo desdeñar. Y despechado, dijo:

—Tienes suerte.

Y Fernando, implacible, contestó:

—Hijo, he cogido tus sobras.

PAPEL Y TINTA

"En la red del Silencio", poesías por Manuel Benavente. Paysandú.

Benavente, el sentido poeta uruguayo nos da un nuevo libro de versos. Su musa ha entrado en el camino de la renovación, y sus cantos, chispeantes de una dominadora sencillez, han roto la forma consagrada y se ofrecen libres, espontáneos, armoniosos, con figuras que los reaniman y los vuelven originales.

Ya no canta Benavente en los alejandrinos, ni en el impecable soneto, a su pueblo chico, hoy su alma inquieta, con dos alas al viento de la nueva tendencia, se intensifica en la belleza, la interroga, la siente, y la graba en moldes distintos a los de ayer. Y Benavente en esta nueva escuela que se ha trazado, es feliz, no como muchos, que se vulgarizan, se vuelven simples. El tiene demasiado talento, demasiada alma, demasiada sensibilidad, para saber hacer una cosa nueva en formas nuevas y con metáforas nuevas, como su verso "El Pantano", rotundo y terminado.

Benavente es un poeta de verdad, que la naturaleza, los motivos que se le ofrecen, todo se brinda como un libro abierto para su comprensión, para su espíritu ansioso de lo excelso y puro.

Su libro reciente marca un derrotero distinto al anterior y le da un puesto más alto dentro de la lírica uruguaya, porque en él ha puesto la originalidad y un sentimiento expresado con hondura.

De su libro son dignos de citarse los poemas: "Las nubes", El árbol", "La fuente" y otros de una gran emotividad. Nosotros felicitamos al poeta colaborador y le deseamos un triunfo definitivo con este búcaro sentimental.

V.

"Los caminos de la muerte", por Manuel Galvez. Librería "La Facultad", de J. Roldán y Cía. — 1928.

"Escenas de la guerra del Paraguay", subtitula el autor a su novela, cuyo epígrafe encabeza estas líneas.

Ciertamente, "Los caminos de la muerte" se desarrolla bajo aquella faz histórica, en que nuestro país, es decir, en que la provincia de Corrientes era invadida en 1864, por ejércitos del tirano del Paraguay, Dn. Francisco Solano López, ya en guerra, entonces con el Brasil y el Estado Oriental. Esta reminiscencia, tratada ahora en una novela de subidos quilates, da pie al señor Gálvez para lucir sus condiciones de estudioso, de narrador ameno, de escritor de gran cultura, y excepcionales cualidades de observador perspicaz, a ratos poético, irónico o sentimental.

En esta novela cobra especial importancia la parte descriptiva y social de aquella época. Tanto el ambiente de Bs. Aires como el de la provincia de Corrientes y sus alrededores, referidos por el novelista, se ensamblan de tal manera en sus capítulos que, en verdad, dijérase fuesen esas comarcas distantes, un sólo palmo de tierra.

Después de relatarnos ciertas alternativas de inquietud y zozobra, vividas por los habitantes en luchas, nos describe al gobernador oriental, Gral. Venancio Flores, al almirante brasileño, Vizconde de Tamandaré, al Gral. Bartolomé Mitre, Presidente Argentino, a la sazón, a Urquiza, a Manuel Legraña, etc. Aunque, demás está decir, el señor Gálvez se detiene un poco cuando se refiere al Gral. Mitre; ya lo trate militarmente, ya como gobernante, o bajo su faz civil.

En medio de todo este ambiente bélico, el novelista nos ha tejido algunos idilios, a efectos de interesarnos en su lectura; relatándonos así, atractivos carácteres que mantienen la trama de esta obra. Al lado de un cuadro psicológico, bien observado y mejor descripto, o frente a una escena netamente argentina, el señor Gálvez nos presenta a un personaje, que, dígase lo que se quiera, nos acompaña en todas partes, y aún después de terminada de leer esta novela; nos referimos a Chomito, sujeto sin mayores trascendencias, al parecer, pero simpatiquísimo no bien intimamos con él.

A pesar de habernos ocupado ya de este libro, queríamos, con las precedentes líneas, destacar aún más si cabe, la bondad y méritos que atesoran "Los caminos de la muerte", de Manuel Gálvez.

"Vagando", por Mariano de Vedia. — Librería Cabaut y Cía. — 1928.

"Vagando", como su título mismo lo indica, es un libro de impresiones sobre Italia. Pero, se entiende, no carentes de fuerza emotiva, de belleza de expresión, de oportunas y sagaces consideraciones artísticas, y, en fin, de un sano deseo de transmitir al lector sus impresiones personales, de comprensión y raciocinio, lo que sus ojos han visto en aquellos lugares, tan caros para un artista de corazón, como lo es el señor Mariano de Vedia.

El mismo ya lo dice, en su introducción: "Hay que visitar Italia en cualquier tiempo, a cualquier edad. Lo esencial es no morirse antes de realizar ese ideal, que es un ideal de civilización y de cultura".

Y tiene razón el señor de Vedia. Leyendo sus incursiones de la Ciudad Eterna, nos damos cuenta de lo mucho que interesa ver personalmente, a fin de valorar mejor, apreciar mejor y sentirla más de cerca, y con más hondura, la suprema belleza que encierran éste o aquel monumento, esa o aquella tela magnífica.

El señor de Vedia nos habla de Milán, Venecia, Florencia, Roma, El Duce, Nápoles, Génova, etc. Agréguese a éstos, estos dos capítulos de sumo interés: "Desde la ventanilla del tren" y "Ultimas corridas", y se tendrá en cuenta la calidad intrínseca de esta obra.

José Mauricio PEIXOTO

Música popular

La casa editora de música de don Alfredo Perrotti acaba de poner en circulación una nueva producción de carácter popular, que constituye toda una novedad musical.

"La flor que me diste", que es el nombre de la pieza que hemos recibido, está destinada a destacarse y popularizarse. Es el fruto de la inspiración de dos maestros y artistas de la generación actual.

En los compases de este nuevo vals criollo se ha diluído con acierto y maestría la emoción de una letra amorosa cuyo autor es el conocido escritor Martín Bernal, antigüo colaborador de FRAY MOCHO.

Los autores dedican "La flor que me diste" a los ilustres cultores de nuestro arte nativo señores Alberto Williams, Ricardo Rojas, Miguel Camino y Ana S. de Cabrera.

"Cien ciudades argentinas".

El N.o 7 de esta difundida publicación está consagrado a Jujuy, la bella ciudad que ofrece a los ojos del viajero los paisajes más hermosos. La publicación que nos ocupa rinde un merecido homenaje a la ciudad norteña, incluyendo todo cuanto se relaciona con los últimos adelantos edilicios y el progreso creciente en todos los órdenes de Jujuy, que en el curso de pocos años ha avanzado considerablemente en su camino. Desde el acta de fundación de la ciudad, hasta las últimas mejoras y florecimiento económico, social y espiritual, ha sido insertado en "Cien ciudades argentinas" con celo verdaderamente patriótico.

"Beethoven en la vida y en las sinfonías", por Oreste Schiuma. Editor: Librería "La Minerva", 1928.

Es abundante la bibliografía sobre los grandes músicos, y, entre ellos, Beethoven, un genio reconocido unánimemente, ha sido motivo de numerosas obras. En varias se alude no sólo a su vuelo lírico, sino que se habla de su vida, tan rica en expresiones de dolor, al punto que, como la mayor ironía que pueda concebirse el músico quedó privado del sentido del oído en sus últimos años. La sordera de Beethoven representa una tragedia pocas veces más cruenta en un hombre. Porque cualquiera puede imaginar que significa para un músico no poder oir, y, sin embargo, ello no fué obstáculo para que el sumo pontífice de la música creara la última de sus sinfonías, la novena, verdadero monumento artístico hasta ahora insuperado.

El señor Schiuma, aparte de tener una amplia cultura musical, es poeta y esta circunstancia ha favorecido su labor de intérprete de las nueve sinfonías de Beethoven, que estudia con meticulosa observación artística, vinculando el proceso de su estructura rítmica a los diversos episodios de la vida del artista. Es así cómo su libro resulta originalísimo y de gran valor didáctico. Para escribirlo, ha tenido que seguir paso a paso la existencia desventurada del músico alemán y desentrañar e interpretar con sutileza los pormenores que pudieron gravitar sobre su inspiración. Obra paciente, delicada y tenaz, el señor Schiuma ha conseguido su objeto con toda fortuna. Por eso su libro es un libro nuevo sobre Beethoven, no un libro más.

C. C. S.

TEATROS

"LA CIUDAD TRAGICA Y SONRIENTE", EN EL LICEO

Tres firmas — Alberto J. Ballestero, Arnaldo Malfatti y Fritz de Montepin, apadrinan este folletín escénico, estrenado con éxito en el teatro donde actúa la compañía de Pierina Dealessi y Pepe Ratti.

Los elementos que integran esta pieza son de eficacia innegable para despertar la curiosidad del espectador, llevándole de episodio en episodio como a través de un cuaderno de láminas truculentas, de colores chillones y novelesca leyenda al pié.

Ya en el prólogo se nos alarma y predispone, advirtiéndonos que nos van a poner en contacto con los misterios y maravillas de la vida porteña fuera de ley. El robo el crimen, el adulterio se cierne sobre nosotros.

Un marido cínico y ambicioso. Una esposa adúltera. Un suegro millonario. Varios foragidos que conciertan con el yerno su asesinato. El amante de la esposa, sorprendido en circunstancias en que su caballerosidad le obliga a confesarse autor del crimen para salvar el honor de la dama. El vapor que naufraga. La vida dura y cruel de los penados de Ushuaia. La evasión del condenado inocente y su regreso a la ciudad. La esposa adúltera que ingresa a un convento. Se fragua su asesinato. El evadido la salva. Muerte del esposo y casamiento del amante con la ex monjita.

Todo esto ha sido desarrollado en la pieza de que se trata con destreza y con episodios tan truculentos y tan numerosos, que no dan descanso al espectador, arrastrándolo como en un torbellino de pesadilla desde el principio hasta el fin.

La obra ha sido puesta en escena con propiedad, sacando de sus episodios el mayor partido posible.

Pierina Dealessi, Pepe Ratti y León Zárate, en primer término y todos los demás componentes del elenco, dentro de sus respectivas atribuciones contribuyeron a la excelente acogida que el público dispensó a la obra.

"EL DOCTOR LUCAS GOMEZ", EN EL COMICO

Se sabe que la receta para hacer pochades consiste en buscar dos o más personajes que estén ligados por un fuerte vínculo que se pone a prueba mediante la intervención de factores que vayan complicando la acción, sin que sea necesario tener para nada en cuenta la verosimilitud de los hechos, la lógica de las situaciones ni la más elementa preceptiva que no esté encaminada a provocar la risa del auditorio.

Con estricta sujeción a esta fórmula, Eleodoro Peralta ha escrito la pieza del título que ha sido acogida por el público del Cómico con aplauso.

No es tarea fácil la de sintetizar en una crónica el asunto de piezas de esta índole y aún logrando esquematizarlo, nada se consigue, porque la verdadera eficacia de la pochade está en la frase y en la situación, que no pueden trasladarse al relato. Baste decir que la acción se desarrolla entre dos matrimonios, un atorrante convertido en doctor (el doctor Lúcas Gómez) por obra de la casualidad, una mujer de vida alegre que pasa por la esposa de uno de los protagonistas y algunos personajes más, todos los cuales tienen la virtud de no darse cuenta de nada para que el embrollo pueda alcanzar proporciones de eficacia hilarante.

Pero dentro de esta limitación de propósitos, la pieza de Eleodoro Peralta llena ampliamente su finalidad reidera. Está realizada con agilidad y los incidentes, cada vez más apremiantes, van tejiendo en enredo y dándole cada vez mayor interés. El diálogo es también ligero y chispeante, lo que contribuye a que la pieza llegue al público sin que en ningún momento éste sienta el cansancio que a veces producen tales producciones.

En cuanto a la interpretación cabe afirmar que no decayó en ningún momento, destacándose Luis Arata en un papel de mucha fuerza cómica que encarnó en forma notable, secundado eficazmente por los demás elementos de la compañía.

CONTINENTE Y CONTENIDO

Hasta ahora sabíamos que el teatro Nuevo se encuentra en la calle Corrientes, pero no teníamos la más leve sospecha de que la calle Corrientes pudiera estar en el teatro Nuevo. La diferencia entre continente y contenido, que nos enseñaron de chicos, poníamos a cubierto de cualquier confusión. Pero he aquí que de pronto nos enteramos de que en el cartel del Nuevo figura "La calle Corrientes", lo que nos pone en el trance de rectificar viejos conceptos. Lo haremos en el número próximo.

MUÑECOS EN EL NACIONAL

Martínez Cuitiño, que ha visto sancionada por una opinión francamente halagadora, su obra "El espectador o la cuarta realidad", ha debido de estrenar en el Nacional una producción titulada "Muñecos de ocasión", que comentaremos en el próximo número.

Se ha visto ya que nuestro público es capaz de comprender y aplaudir cualquier clase de concepciones, por novísimas y extrañas que sean, de suerte que si ha rayado a buena altura el autor, le habrá acompañado el éxito.

COMPAÑIA RUGGERO

En el teatro Smart siguen dándose con éxito las piezas "El teniente Peñaloza" y "Un tipo que gusta a las mujeres".

Ya se sabe que el actor Ruggero necesita muy poco esfuerzo para hacer desternillarse de risa a su público y como las obras del cartel tienen gracia, la cosa va como sobre rieles.

LA PAGANO

La aplaudida actriz que ha vuelto a reaparecer entre nosotros, para bien de sus numerosos admiradores, prosigue representando el poema de Capdevila "El amor de Shaharazada", obra en que se lucen los principales intérpretes.

Alternando sus espectáculos con la compañía infantil que dirige la misma actriz, en el Ideal se ha ofrecido la "premiére" de "El ratón Pérez", cuento escénico en cinco jornadas de Carlos Schaeffer Gallo, que jira en torno de las peripecias de cinco años que emprenden un largo camino para llegar a "hablar con Dios". La obra es agradable y se presta en parte a estos espectáculos para niños, con moraleja y enseñanzas de bien. La interpretación del conjunto infantil, muy correcta, destacándose María Navarro y René Cossa,, dos pequeños intérpretes intuitivos.

TEATRO DE VANGUARDIA

En la Comedia continúase brindando, ante salas bien concurridas "El espectador o la cuarta realidad", producción de Martínez Cuitiño que pertenece al teatro de vanguardia o a la "nueva sensibilidad" escénica o al futurismo teatral, que todas estas denominaciones caben en tratándose de nuevas orientaciones literarias llevadas a la luz de las candilejas. Todo lo cual no obsta para afirmar, en honor a la verdad, que la pieza gusta cada vez más y que hasta el presidente de la República ha ido a verla. Entendemos que es esta la primera de una serie de obras de vanguardia que esperan turno para ser estrennadas en diversos escenarios, porque ya se sabe que, cuando "pega" un tipo de pieza, llueven las semejantes.

Y sino, recuérdese las obras de cabaret...

LA DIAZ Y PERDIGUERO

Con "Los cuatro caminos" han encontrado uno solo y bueno los del mayo, pues la pieza del debut prolongó su estada en el cartel. Tanto Mercedes Díaz como su consorte Perdiguero, dicen que con esos caminos el público ha entrado en vereda.... Querrán decir que han entrado en la vereda de la Avenida de Mayo. Lo cual nos place porque se trata de dos artistas simpáticos y estimables.

Anuncian estrenos inminentes.

"GRAN CIRCO RIVOLTA"

Un asunto sentimental de escasa originalidad, pero bien desarrollado, informa la pieza que termina de estrenar en el Buenos Aires la compañía de Enrique Muiño. Se repite un caso de adulterio, del que es protagonista, esta vez, la mujer de un domador que dirige una "troupe" circense. La infidelidad es denunciada por un payaso, ex amante de aquélla; pero el marido engañado, por una razón inverosímil cual es la de mantener la esperanza sentimental en la artista equilibrista, que quiere, precisamente, al que mantiene relaciones con la esposa del domador, calla el dolor de sus desencantos. Al final, los amantes huyen y el capitán Rivolta recibe el consuelo de la palabra de Rosita, la equilibrista que adoptó como hija.

Bien reflejado el ambiente de circo, que siempre interesa al público, la pieza de Romero interesa y en ella los elementos festivos y las notas de emoción están bien combinadas. Muiño en el papel de Rivolta, estuvo muy eficaz, lo mismo que la Poli, Pérez Bilbao y Totón Podestá.

El público aplaudió largamente la pieza.

ESTRENO REVISTERIL

En el Avenida se estrenó el viernes "El país de los deseos", de Padilla, producción con que Valero se fué en fija.

Gustó. La comentaremos en otra edición.

LA OLONA ESTRENO

Internacionalismo a todo pasto en el Marconi. Después de dar varias obras del español Benavente, una del argentino García Lynch y otra del italo-criollo Testena, la Olona estrenó "La sombra que lleva su nombre", versión castellana de "L'altra Nanetta", del italiano Fausto María Martini. Se trata de un drama vigoroso, lleno de humanidad y en el que campea un soplo de dolor que conmueve profundamente. Así lo acreditó el público que asistió al estreno, que aplaudió fuertemente la bella creación de la actriz Sra. Olona, quien en el papel de protagonista realizó una de sus mejores interpretaciones. A su lado actuó muy acertadamente el actor Catalá, a cargo del rol masculino más importante.

Posteriormente reprisó "La mariposa que voló sobre el mar".

EL COHETE DE VILLA BONETE

Sigue estallando el cohete en los dominios de Parravicini. Con su sotana de manso sacerdote y convertido en el paño de lágrimas de la aldehuela, el popular bufo hace las delicias del público que en buen número concurre al Argentino.

Parece que hay cohete para muchas noches, según va "in crescendo il sucesso".

GRAND SPLENDID

Continúa realizando brillantes reuniones sociales los domingos a la noche, este magnífico cine que es el punto de cita de la aristocracia porteña. La selecta concurrencia que acude a ver las hermosas películas que se exhiben diariamente, es atendida solícita y gentilmente por el señor Carmelo Carbone, administrador de la sala, muy estimado por sus prendas personales.

CAPITOL

La superproducción Fox "El sacrificio de una madre", estrenada en exclusiva en este cine, ha sido bien recibida por el público, que ha gustado de su sentimental argumento, bien desarrollado.

Próximamente habrá nuevos estrenos.

GLORIA

Este salón de la Avenida de Mayo ha preparado un excelente programa para la semana en curso, constituído por bellas películas de marcas de prestigio, pudiendo descontarse el éxito de las funciones, a menudo muy pobladas de público.

PARCK

En este importante cine de Palermo, donde acaba de pasarse "Dos viejos verdes", se anuncia para en breve "La fragata invicta" por Pola Negri y "Alma pecadora" por Gloria Swanson, dos buenas producciones estrenadas con éxito en salones del centro y que han de gustar mucho en este.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Modelo Iteb. — Traje para la tarde, confeccionado en crespón romano, color rojo de Saturno. — 2 — Modelo Rolande. — Abrigo de kasha color beige, con trabajo de nervaduras y adornado con piel de lince.— 3 — Modelo Iteb — Traje para la tarde confeccionado en crespón de China marino, adornado con ribetes de crespón plata y hebillas plata en el cinturón.

FUME VD. UN CAMEL



El cigarrillo del cual puede Vd. estar orgulloso.—

"Camel"

R. J. REYNOLDS TOBACCO COMPANY, WINSTON-SALEM, N. C.

Unicos Agentes: MASSALIN y CELASCO - Tacuarí 560 - Bs. As.

A. García y Cía., Perú 1746